FRAY MOCHO



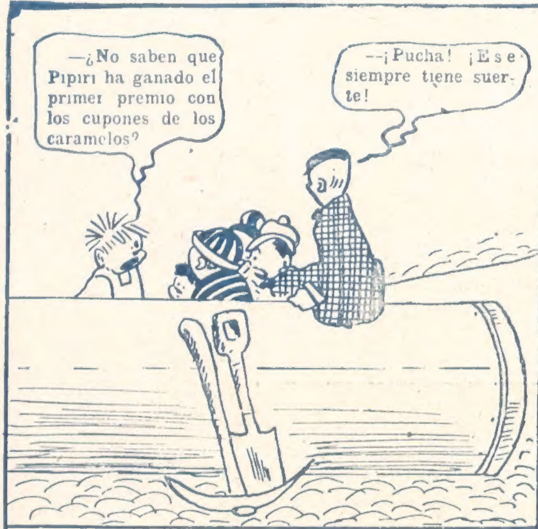
"AÑO NUEVO"

Por Cesáreo Díaz

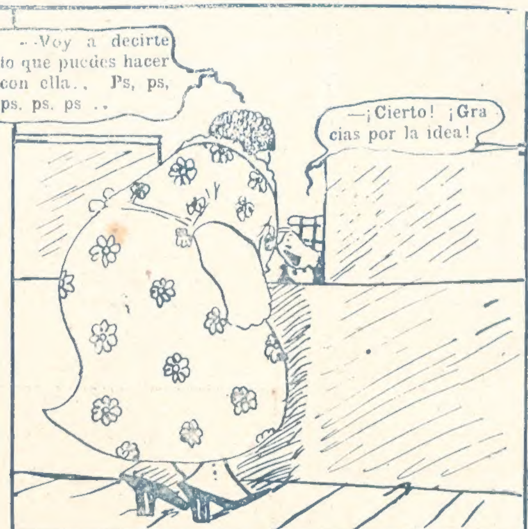
N.º 766

PAGINA INFANTIL

AVENTURAS DE PIPIRI





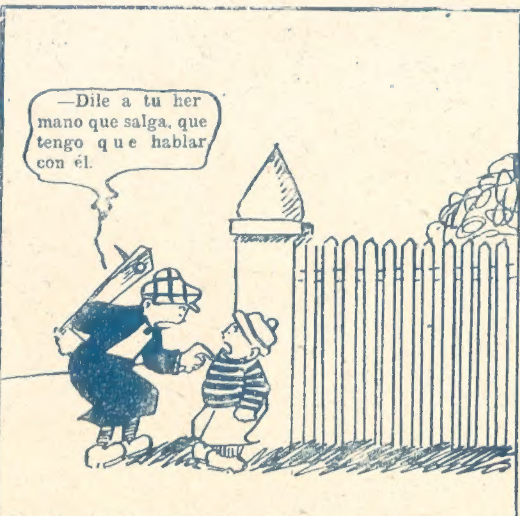




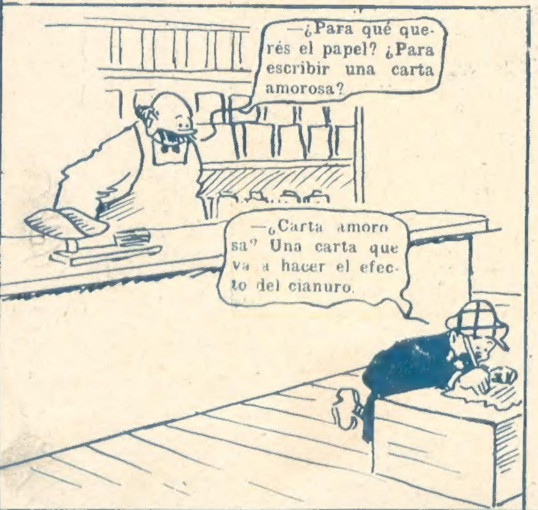




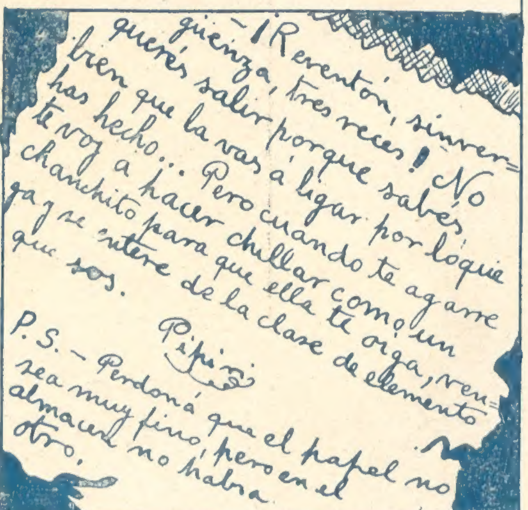
















FRAY MOCHO



Año XV — Buenos Aires, 28 de diciembre de 1926 — N.° 766



AL PASAR, por Rojas

—¡Mis chicos metieron un ruido bárbaro el día de Nochebuena!
—Tirarían cohetes y tiros.
—No; les compré el retrato del príncipe Carol de Rumania, que es lo que ahora suena más.

—Un agricultor de Texas dice haber inventado un receptor de radio que intercepta todas las conversaciones de los vecinos.
—Pues cuando se enteren los vecinos, ya puede prepararse el agricultor a oir las lindezas que le van a dedicar a él y a su familia.

—En 36 días ha aprobado Francia su presupuesto. Eso es rapidez.
—Es que hoy caminamos muy de prisa.

—El célebre caballo Macón, lleva ganados, en quince carreras, 446.000 pesos.
—No gana tanto el presidente de la República.
—¡Es que tampoco hay comparación entre uno y otro!...

—La jefatura de Policía hace muy bien en prohibir que se disparen tiros en Año Nuevo.
—¿Por qué, señora?
—Ya ve usted mi pobre hija lo desgraciada que ha sido en el matrimonio y todo por casarse con una bala perdida.

FLORES DE DURAZNO

Por Leopoldo Lugones

Junto al rancho medio arruinado, hay tres durazneros de avanzada edad, que tiritan de frío al vientecillo de la tarde, porque la escarcha los ha dejado completamente desnudos. El campo, amarillento en la extenuación de sus hierbas marchitas; la casa color de tierra, bastante ladeada, como un animal que cojea; los árboles deshojados, cuyos varillajes recuerdan vagamente destrozados miriñaques del tiempo ido; la inmensidad del horizonte, del cielo claro, bajo el cual se fatiga el silencio, sugieren indefinibles tristezas. El calor prematuro de los últimos días no ha podido conmover la austera taciturnidad de los campos, que continúan pensando en la muerte. Y como apenas una cosa se pone triste, adquiere algo de humano, aquel paisaje cobra aspecto de viudez y los bueyes flacos que por él cruzan, tienen paso de personas. Una carreta ha puesto el colmo a esa melancolía de la triste campaña. Cruzó, rechinando nostalgias, dando barquinazos: parecía reumática. Rudamente, quejábase la madera, achacaba torturas a la azuela indoct. Entre los rayos de las ruedas enormes había pedazos de cielo. Y cuando el vehículo pasó, sus anchos surcos dejaron en la llanura una interminable paralela, que semejaba la persecución infinita de un pensamiento geométrico. Aquello está decididamente melancólico. Lleva mal cariz la meditación de las cosas. Por el lejano camino, el polvo reseco se arremolina con bruscos giros, baila la tromba en pequeño, furioso, mas deshecho, a poco andar, en la aburrida laxitud del ambiente. Pero, ¿no hay algo que se mueve bajo los árboles desnudos, allí, cerca del rancho, al amor de la perezosa resolana? Diríase que son la muchacha dueña de casa y un mozo, que de seguro no pertenece a ésta. Tomados están de las manos, y parece que respetan el vasto silencio de las campiñas, pues no hablan. No hablan, porque tienen los labios ocupados en una deliciosa ocupación. Usted, señorita, creerán que se están besando. Yo no lo sé; pero es lo cierto que los viejos árboles, quienes, no obstante su grave aspecto, sienten la inquietud del extemporáneo calor, a la muchacha, que acaba de apoyarse en ellos distraidamente, los viejos árboles le han cubierto las manos de besos en forma de florecillas rosadas.

Y este año ya no habrá frutos... es decir, duraznos, a lo menos...

Salutación al nuevo año

Luzca un mantel más blanco nuestra mesa
y haya en su centro, un ramo de albas rosas;
derrame el vino su copiosa espuma
de las pequeñas y sonoras copas!...

Y el cascabel sublime de las risas,
como hilo de agua, brote de las bocas,
y en la paz familiar vibren y canten
vuestras almas ansiosas!

El año nuevo empieza! Las campanas
de la vecina iglesia ya salmodian
una salutación; en el lejano
puerto, los transatlánticos blasonan
con un eco profundo; las guitarras
en las viejas casonas
se vuelcan con sonidos y las voces
de los pequeños dan sonoras notas!

¡Preparemos las almas! ¡Preparemos
el corazón y alcemos nuestras copas!

Un año pasa, y otro que se inicia
parece de que augura muchas cosas!

Bienvenido, digámosle, aunque luego
ponga en nuestros espíritu la sombra
de un dolor, y arrebate nuestras risas...

Preparemos las almas y las copas,
luzca un blanco mantel la humilde mesa
y haya en su centro juveniles rosas!

FELIX B. VISILLAC.



SINTÉTICAS

PANAMERICANISMO

El gobierno de los Estados Unidos de Norte América, acaba de dictar una resolución prohibiendo la importación al país de carnes argentinas, so pretexto de que, en nuestra República, existe la fiebre aftosa. Ocupándose del asunto, un colega de la mañana hace resaltar la política francamente egoísta que, de un tiempo a esta parte, viene desarrollando el tío Sam, encaminada, como no podía menos de suceder, a consolidar la supremacía del dólar; y, al efecto, recuerda algunas circunstancias que así lo revelan, como la exigencia de cuotas y obstáculos creados a la entrada de ciudadanos extranjeros; el alza desconsiderada de las tarifas aduaneras con el solo objeto de combatir las importaciones; la ley estimuladora de la formación de trusts norteamericanos en el exterior, mientras son perseguidos y castigados en el propio territorio y, por último, la reciente prohibición de importar carnes congeladas de procedencia argentina, pretextando el temor de que las piezas de frigorífico puedan transmitir la fiebre aftosa.

El colega de referencia, después de hacer notar que el hermano mayor se obstina en cerrar poco a poco sus puertas a los demás, bien que sin desdeñar las ventajas de la hospitalidad generosa y amplia que todavía le brindan los otros, laméntase, diciendo: "No fué semejante estrechez de miras la que inspiró el pensamiento generoso y noble condensado por Monroe en su doctrina célebre".

Creemos que tanto al colega aludido, como a todos los que, por análogas razones, censuran a los norteamericanos, les hace ser injustos un simple error de interpretación histórica, pues

Cuando en comunión de hermanos
Monroe dijo, en un transporte:
"De América, soberanos
Serán los americanos"...
Se refirió a los del Norte.

CULTURA FISICA

Con un intervalo de pocas horas, se realizaron en diferentes ciudades extranjeras, dos interesantes partidos de box: Charles Pegulihan se midió con Elmer Friedman; y Harry Berg enfrentó a Carl Augustine. En el primer encuentro, Pegulihan dejó de existir; y en el segundo, Berg pasó a mejor vida.

Esto quiere decir que la "cultura" física va alcanzando un magnífico grado de perfeccionamiento, ya que es imposible pedir a los "jabs", "swings", "cross", etcétera, mayor eficacia y más concluyente resultado, que los obtenidos en los matchs a que hacemos referencia.

El suceso nos encanta,
Por ser bella realidad,
Que este deporte adelanta
Que es una barbaridad.

LOS AVANCES DE LA MODA

Hace pocos días, a un diario parisién se le ocurrió preguntar por qué los hombres no han de seguir el ejemplo de las damas y exhibir sus pantorrillas. Esto ha bastado para que, de inmediato, se propicie, en la capital de Francia, el uso de pantalones cortos, en la indumentaria masculina, a fin de que los hombres también puedan mostrar todo el esplendor de sus piernas.

Con usos tan inconexos
Como la moda nos crea,
Ya es una ardua tarea
El definir a los sexos.

LA NENITA VUELVE

Por B. González Arrili

I

Aquel día se puso Lucas un blanco chaleco de piqué brillante y almidonado, — resto de su juventud ciudadana, — y mientras anudaba despacio su corbata verdosa, mirándose al pequeño espejo del lavabo, monologaba calmoso:

—Pueden seguir diciéndome lo que les dé la gana. Me tiener harto!... Chismes y anónimos y amenazas... Bah!, que rabien, que me insulten, que revienten si quieren...

En cuanto terminó de vestirse, buscó a su mujer en la cocina, la saludó con un "adiosito" y un beso, y salió.

No tenía que hacer; recorrería el pueblo, caminaría un poco tomando fresco, iría a contemplar desde el final de la calle Mayor cómo se escondía el sol derramando oro y púrpura allá a lo lejos, en el horizonte que recortaban los álamos.

La tarde estaba espléndida. Podía respirarse a pleno pulmón un airecillo delicioso que recompensaba, en parte, el bochorno del día canicular.

No había llegado aún a la plaza, cuando se le cruzó un amigo. Le habló del tema eterno, único, ineludible, de aquel pueblo poltrón, de la menuda política del cacique eternizado en la banca provincial, del cura, del juez de paz, del comisario. Lucas advirtió en aquel amigo el deseo de molestarle. Eran demasiado rudos o de sobra francos para esconder con sutileza una ironía. Al quererla exteriorizar, coceaban. Se les conocía ya en la primera frase el espíritu maligno que les retozaba en el interior, como un bagual.

En cuanto pudo Lucas despedir a aquel amigo, y antes de dar cincuenta pasos, se le acercó otro. Este mulato, le decía siempre, con palmaditas en el hombro, que era su más sincero amigo. Creyéndose amparado en esa mentida sinceridad, se complacía en repetirle lo que oía por el lugar, aumentándolo a veces. Intimamente se deleitaba torturándolo así:

—"Dicen que sos un vendido. Dicen que aquellas tus peroratas en contra de la situación, eran patrañas, y que te callaste como un ahogado en cuantito te dieron un empleo, porque está visto que no buscabas más que eso... prenderte al queso... Que sos así y asado... esto y lo de más allá... Hasta pillo te llaman, fijate vos!... Yo no sé... dicen eso..."

Al principio aquello aturdía a Lucas. Cada frase de las que decían en su contra, al saberle, le hacía al efecto de un mazazo en medio del cráneo. El sabía, estaba seguro, que lo más que le decían no eran sino calumnias, chismes de pueblo chico, desahogos de envenenados, pero sabía también — de ahí su desesperación — que aunque quisiera probar "su verdad", no lo conseguiría jamás. El pueblo entero estaba en su contra. ¡El pueblo aquél por el que había sufrido tanta! ¡Ah, si quisieran recordar algunos de sus tres últimos años de vida, tendrían, acaso, más reparo para insultarlo en plena calle, para mandarle muchachos a que le silbaran tonadas con estribillo...! Pero todos sus sacrificios y penas se iban al olvido en un pueblo donde a fuerza de charlatanerismo sólo las porquerías prosperaban.

Y Lucas se acostumbró — ¿cómo no? — a sentir un "rum-rum" continuo de contrarias voces a su alrededor, y terminó no experimentando el golpe en medio del cráneo, como al principio.

—Eres un vendido, un traidor. Por culpa tuya y de aquellos que desertan de nuestro lado, estamos como estamos. Logrero! Tienen razón en llamarte crápula, negociante, canalla!...

Apresuró el paso por la calle Mayor a cuyos bordes se alzaban los "aguareguays" enormes. Salió del pueblo, dejando atrás los últimos ranchos del suburbio. Una pequeña curva del camino que señalaba melancólicamente el lloro de un sauce, le ocultaba el horizonte. Oscurecía con lentitud. Un fuerte olor de acacias parecía alegrarle el espíritu.

Al término de la calle, el terreno se accidentaba. En una pequeña loma, que bordea a trechos un arroyo de aguas pardas, una olvidada "hachada" le ofrecía rústico asiento en los troncos caídos. Desde ese lugar muchas tardes vió Lucas oscurecer, mientras rememorando sus pasados días, tomaba fuerzas para resistir los embates del pueblo vuelto en su contra. Desde ese lugar no le parecían tan hirientes los dictados de traidor, de vendido, de tránsfuga, que le prodigaban. Dábase a reflexionar que la pasión de los hombres podía tener todo el fuego del sol, pero nunca esa tranquilísima calma del ocaso que le hacía ver la vida amable, la vida buena, la vida que vale la pena de vivir. ¡Oh, si los hombres tuvieran en el corazón aquella calma! ¡Si la hubieran tenido...! Y los ojos de Lucas se iban poblando de lágrimas, lagrimitas tibias, que corrían por el semblante para morir en la comisura de los labios.

¡Si la tuvieran, no se hubiera marchado de su lado aquella nenita rubia que le sonreía con la boquita desdentada!...

* * *

Sacólo de aquellas reflexiones el recuerdo de un papel anónimo recibido aquella mañana y que guardara en el bolsillo apresuradamente para que su mujer no lo leyera.

Volvió a leerlo con todo detenimiento. Decía, en pésima ortografía, con letra de escueletero:

Señor sanguango. Lla sabemos todos porque le dieron el empleo que tiene. Es sonso querernos engañar pues sabemos que un traidor puerco como es usté es capás de cualquier cosa asta la de meter las poyeras de la muger para acomodarse mejor. Ya nos esplotó bastante diciéndonos cosas muy lindas y que eran para que los del gobierno lo vinieran a nombrar. Si tuviera un poquito de vergüensa y corage no permitiría algunas cosas que sabe por conviniensa. Sino las sabe ya está. Aora que lo bisita el comisario en su casa tan a menudo, grandísimo pillo, pongalé un bosal a la lindura de su mujer y átela corto, si no quiere que un día los becinos le den una buena surra para que no se venga a dar malos ejemplos, al pueblo, donde los puercos como usté están de más...

Dejó de leer. Arrugó el papel — que aún contenía muchas otras cosas, más crudamente dichas en idioma bárbaro y canalla, — bajo los dedos crispados. Un momento quiso mirar con enojo a una figura que la imaginación le traía frente a los ojos, con insistencia. Después sonrió levemente y fué rompiendo el papel en pedacitos muy menudos, que el airecillo de la tarde se llevó como mariposas blancas.

Efectivamente, se iba acostumbrando a los anónimos y a los insultos. Acaso le venía pareciendo poco lo que le decían. Parecía esperar algo más fuerte, más terrible, más doloroso, de aquella hostilidad que lo envolvía como el humo que llena una habitación cerrada. ¡Dónde pararían aquellos salvajes, que cansados ya de morder en su carne como perros, creídos de proporcionarle dolores nuevos, íbanse a morder en la reputación intachable de su querida compañera, como serpientes babosas de ponzoña!

II

Cuando Lucas llegó a aquel pueblo, formó en la llamada "oposición" porque le repugnaba el régimen de opresión reflejado en el semblante de todo trabajador, de todo comerciante, de toda autoridad subalterna.

Venía de una ciudad relativamente importante, y habíase criado en la capital del país, acostumbrado a ver transcurrir su existencia sin temor a un atropello policial, desinteresado, casi, por la política, ignorante de que aún imperaba el cacique en alguna parte, especialmente en los rincones poblados y civilizados a medias. No había descendido todavía del tren y ya estaba enterado de que allí no se podía permanecer equidistante de los dos grupos que movían la modorra espiritual del villorrio. O arriba, o abajo, era el dilema. Y Lucas se quedó abajo, se plegó al bando "opositor", al grupo que sufría todas las impertinencias policiales, las arbitrariedades del juez de paz.

Se vivía sin abandonar el revólver, en un ininterrumpido sobreaviso, prevenidos siempre contra un asalto, como si se esperara de un momento a otro la llegada de un malón.

Una noche, un "pagado" — así lo llamaban por allá—ideó una disputa con Lucas y aun cuando éste no dió motivos para que se llegara al enojo, el "pagado" le obligó a dar con el cuerpo sobre una mesa de billar del café en que se hallaban. Lucas sacó entonces su revólver. No le dejaron más tiempo que el necesario para agujerear el cielorraso de un tiro. Cinco o seis manos a la vez se lo arrebataron, mientras otros tantos puños le machucaron la cara. Un instante después se encontró en un calabozo. Allí estuvo tres días, a galleta y agua, sin luz,

UNA MÁS...

Su alegría dichosa — ¡oh, quince primaveras!—
A través de los años mis ilusiones canta
Cuando evoco la Nubia lila de sus ojeras
Y los Alpes nevados de su fina garganta.

Sin embargo, ¿qué ha sido para el fugaz instante?
Todo y nada: el romance de un desliz prematuro,
Del vuelo de la alondra en el alba fragante
Y de las contingencias de un amor inseguro...

Por eso, al final, digo, bajando la cabeza,
(Tales son los designios de la Naturaleza):
¿Una más? ¡Una más!
Corazón, alma, mente:
Un encaje de espuma que se va en la corriente...

SANTOS AGUILERA.

La leona y la zorra

Encomiaba una zorra, cierto día, delante de una leona, la extrema fecundidad de su casa.

—Desde que vivo en ella, — decía, con cierto retintín, — no pasa un año sin que dé a luz una docena, por lo menos, de zorrillos; mientras que hembras conozco yo, que apenas tienen un par de hijuelos en su vida.

La leona, que comprendió el golpe, dijo con dignidad:

—Cierto es, señora, que tenéis muchos hijos y con frecuencia; pero, ¿qué son, al fin? ¡Zorras! Yo tengo sólo uno; pero, ¿qué es, ese uno? ¡Un león!

entre ratas. Después oyó una serie de consejos del comisario, ¡muy paternal el zoquete para aconsejar! Pero como Lucas respondió a algunas frases con palabras de hombre libre, por "malevo", según gráfico calificativo del sumario, le aplicaron un mes de arresto, y de "yapa", multa por portación de armas...

Al abandonar la comisaría, el sargento creyó oportuno endilgarle más consejos, si bien no resultaron tan paternales como los del comisario. Hasta en una "vinería" se le aventuró a decirle el dueño:

—Va a terminar mal, mocito, si le da por toparse con la autoridá... ¡Qué quiere!... es al ñudo... no se puede!

Lucas era un poco terco. Creía que no serían vanos los esfuerzos que hiciera para que cambiara aquel estado de cosas. Aseguraba que no se necesitaba más que voluntad y perseverancia, para abrir los ojos y los oídos al pueblo sojuzgado por un grupo de pillos. En cuanto el pueblo se diera cuenta, se derrumbaría el edificio endeble del caciquismo. Así resultaba en teoría pura; él lo leyera en su ciudad, en muchos libros muy nutridos de tesis.

* * *

Al poco tiempo de estar en aquel lugar, concluyó su dinero y no encontró en qué trabajar. Algunos amigos, "los correligionarios", le ayudaron a pasar el mal durante meses. Uno de ellos le ofreció una pequeña finca, que Lucas, con esfuerzos de chacarero improvisado, sembró de hortalizas... Se perdió todo, porque no le dieron agua en medio año y del cielo no cayó ni gota. Convirtióse con esto en el más decidido y tenaz propagandista de la castigada "oposición". Habló en todas las manifestaciones callejeras, escribió extensos artículos en un periodiquín semanal que secuestraba invariablemente la policía; no desperdició oportunidad para ir inculcando en aquella gente de campo, idea aproximada de la opresión que soportaba, la falta absoluta de la libertad a que les tenía acostumbrados tantos años de caciquismo.

Los pobres, los doloridos, los víctimas, queríanlo mucho. Los timoratos, que veían cómo se alzaba para decir aquellas verdades de a puño le admiraban, aunque en secreto. Descontando a los "oficialistas", que le odiaban, conscientes de lo peligroso que les resultaba, no había en el lugar quien dejara de tributarle un aplauso, siempre a hurtadillas, por temor, por ese temor ridículo y fatal que aprovechan los politiqueros para medrar a costillas del pueblo convertido en rebaño.

Tuvo Lucas su cuarto de hora de popularidad en el villorrio. Su nombre estaba en las casas, en los ranchos, en los boliches, en las bodegas, en la Estación; llegaba zumbando hasta los lejanos "puestos"; tenía eco allá lejos, en las hachadas perdidas en pleno monte. Los viejos hablaban de él moviendo la cabeza de derecha a izquierda, desilusionados antes de ilusionarse, que esa virtud tienen los años que han amontonado desazones y desengaños sobre los corazones gastados. Los jóvenes recordábanlo ensanchándoseles el pecho y alumbrándoles las pupilas como un relámpago de alegrías. Los paisanos, en su jerga, por llamarlo bravo, le decían ¡lindo! Alguno, maltratado por la policía, por el recaudador, o por el juez, callaba, pero iba rogando entre dientes que Dios le prestara fuerzas con que encontrar justicia. Lucas parecía un redentor llovido del cielo; un redentor apedreado por sus enemigos y negado, a tiempo, por sus discípulos y amigos, hasta verlo en la cruz pendiente como un pingajo de ignominia... En los ojos llenos de mansedumbre parecía llevar, como cosa donada desde la cuna, el reflejo mortecino de todas las penas que le reservaban los hombres.

Fué por aquella misma época, en medio de aquel mar revuelto de bajas y pequeñas pasiones, cuando comenzó un amorío, quizá por distracción, acaso por buscar suave consuelo a sus dolores de alma.

Vivía la edad ineludible del amor fuerte, llamita titilante sobre un gran montón de leños, convertida en hoguera al más pequeño descuido. Así le acaeció, sin pensarlo casi. El liviano amorío transformóse en un cariño indestructible, enraigado en lo más profundo de su pecho, con esa manera de aferrarse a la tierra que tienen los árboles que se quedan solos en las llanuras muy azotadas por los vientos.

Ella era una muchachita que semejaba la delicadeza de una rosa carnuda y olorosa, toda rodeada de espinas en el salvaje medio de la selva. Reproducía, una vez más, la parábola maravillosa de los jazmines deleitables nacidos en el linde de un chiquero. No pudo emporcarla nadie, y su almita blanca, cautiva y llorosa, que no atinó nunca a explicarse qué esperaba de la vida y de los hombres, cuando abría sus ojos en una interrogación incontestable al Infinito azul, creyó encontrar al viajero desconocido que esperaba sin saberlo, al extraño príncipe legendario que viene de un país muy remoto, muy rico, muy luminoso, rebosante el pecho de cariños, balbucientes de emoción los labios secos por el polvo del larguísimo camino, cuando conoció a Lucas, presentado en su casa, jinete de un malacara asustadizo y juguetón, en el atardecer lleno de gloria morada de un divino día primaveral, cuando comenzaban a florecer los duraznero, susurraba largos cantos de amor el viento entre las viñas nuevas de brotes, y todos los pajarillos intentaban probar las notas de cristal de sus gargantas infantiles bajo el alero familiar, en los mechinales polvorientos...

La aureola de redentor predestinado a sufrir en carne propia los pecados capitales de sus semejantes aborregados, que parecía llevar Lucas sobre sí como una marca del Destino, la vió ella inconfundible y radiosa, y fué el comienzo de su amor...

El, acucado por dentro, por la pasión avasalladora que le mordía en la misma entraña como un perro; acosado, por fuera, por el encono hostil de aquellos bárbaros, creyó hallar para sus tribulaciones un refugio de paz en los ojos negros entoldados por la seda de unas pestañas inolvidables en aquella cara de mujer tropical. Y, sin mayores dilaciones, casó con la trigueña adorable al comenzar el otoño.

El odio noble y franco que empleaba en su lucha contra los opresores del pueblo, trocábalo para su compañera, a manera de compensación, en un cariño que aumentaba a diario, y que reforzó muchísimo, la llegada — una primavera feliz, — de aquella nenita rubia...

* * *

Y con ella, con la nenita precisamente, vinieron sus días más negros, uno tras otro, como nubes al prepararse la tormenta. Los "correligionarios" fueron abandonándole. Con esa facilidad asombrosa que tienen las cosas malas para procrearse, todo iba empeorando por horas. Llegaron días en que le fué imposible reunir unos centavos para poner al fuego la menguada olla. La resignación, la fuerza de voluntad, el tesonero esfuerzo del convencido, los llevó a él, a trabajar de peón en un almacén, a ella, a ofrecer el zumo divino de sus pechos de madre para nutrir la vida de un hijo cualquiera, restándole alimento a la hija propia, a cambio de unos pesos.

La guerra declarada a Lucas por el cacique y los suyos, era despiadada. En cuanto se sabía que obtenía empleo en una casa, faltaba tiempo para insinuarle al patrón la necesidad de despedirlo de una manera u otra. Comerciante que no lo hiciera, conveníale cerrar su casa; de lo contrario, poco le sería el capital para el pago de multas, y pequeños los días para malgastarlos concurriendo a judiciales oficinas.

Llegó, pues, el momento en que

MÁXIMA

No te alabes jamás de ajenas excelencias. Si un caballo pudiese decir que es hermoso, en su boca sería tolerable. Pero cuando te alabas de tener un hermoso caballo, ¿sabes lo que haces? Te alabas de lo que no te pertenece. ¿Qué es, pues, lo que es tuyo? El uso de lo que está a tu vista. Por esta razón, si miras las cosas conforme a su naturaleza, y juzgas de ellas como debes, entonces te es permitido gloriarte en ellas porque te alegras con un bien que posees efectivamente.

EPICTETO.

Lucas no encontró qué hacer en todo el pueblo. Su voluntad se estrellaba contra una barrera infranqueable de hostilidad. El sabía, de sobra, que esa su voluntad no bastaba. Vióse sin lo más indispensable, viviendo de milagro. La buena compañera sufría en silencio, con la resignación maternal, que es la más santa, puesto que devora su propia angustia.

Acosados por el hambre — ¡el hambre es cosa brava! — Lucas recurrió a sus viejos amigos aquellos que lo aplaudieron tantas veces, solicitando trabajo a cambio de qué comer. No bastó esa mendicidad, porque lo menos que le ofrecían era una diputación... para cuando el partido triunfara, pero no obtenía nada más que la vergüenza que le aparecía en oleadas de sangre a la cara, cada vez que solicitaba la ayuda que no venía.

Atravesósele en su camino, un día, otro "pagado", y le ofreció en forma de un empleo, si adjuraba, el socorro necesario para su situación. Lucas no titubeó. Consideróse ofendido y se trenzó a bofetadas con el que intentaba comprarle su conciencia, hacerle abandonar sus convicciones, encorvarle servilmente frente al ventrudo cacique analfabeto. Pero esta vez, el "pagado" no estaba solo. Dos malencarados vinieron en su ayuda, armados, con un rebenque uno, con un bastón de tala el otro. El se defendió mientras pudo. Diéronle, sin embargo, bastonazos, rebencazos y patadas hasta dejarlo por muerto, cruzado en la vereda, a una cuadra de distancia de la comisaría, socorriéndole un almacenero vecino cuando ya los tres foragidos huyeron.

Desde aquel día — cuando volvió de la ciudad después de tres semanas de hospital — recrudeció la campaña en su contra de una manera formidable. Se le acosó, como a una fiera; se le trató peor, mucho peor que a un perro...

III

La nenita se enfermó. Los pechos de la madre, que alimentaran vidas ajenas, quedaron exhaustos. La hijita tenía hambre un día en que sus padres engañaron los estómagos con unos trozos de pan duro y unos duraznos verdes. La vecina bondadosa que daba cada tarde un jarro de leche de yegua para que bebiera la nena, había salido, y esperándola, para que la nena no llorara, dióle la madre un zoquete de pan que la criaturita reblandeció con saliva, con los apretones de sus encías rosadas, hasta que lo tragó y siguió llorando, no aplacando con aquella engañifa su apetito. Y le dieron, para entretenerla, un pedazo chiquito de durazno, un pedacito insignificante, que bastó para enfermarla.

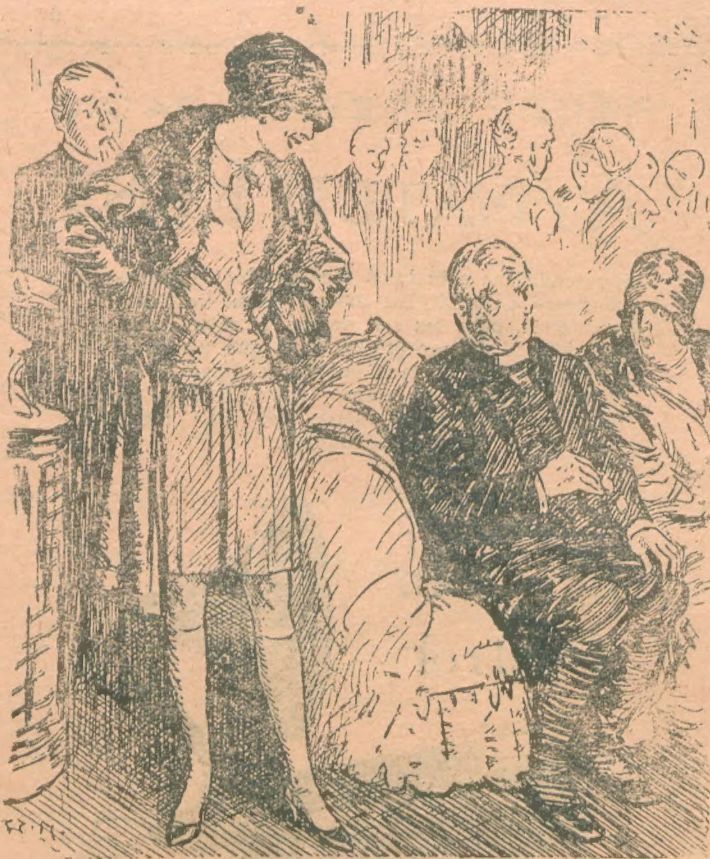
¡Cómo cambió, en horas, la carita vivaracha de la rubia! Se le fueron los colores aquellos del semblante que semejaba una manzanita en sazón, se le sumieron los cachetes regordetes, y dejó ver bajo una piel blanca, transparente, los huesos. Por momentos aquel cuerpecito que martirizaba la fiebre, enflaquecía, se achicaba, se desconocía.

Vecinas más diligentes que avisadas aportaron al dolor de aquella casa sus conocimientos herbolarios. Vinieron otras con sus emplastos y oraciones. Una vieja apergaminada en sus quebrantos de ochentona, recomendó con aspavientos los oficios de una bruja que "media" y curaba con exhortatorias infalibles, porque según ella, lo que sufría la nena, era un "mal de ojo". Hasta un bolichero rememoró viejas fórmulas aceitosas mixturadas con rogativas en la media noche de luna a un predicador de retorta. Pero... ni un médico auscultó aquel montoncito de huesos y carne febriciente, ni un remedio sensato pudo darse a la enfermita.

El médico del lugar, un "autorizado", como decían, que tenía en su magín la idea completa de casarse con la hija mayor del cacique para asegurarse su porvenir de nulidad absoluta con la herencia futura, se negó a visitar a la hija de Lucas si no "le abonaban adelantados sus honorarios"...

Así lo mandó decir por un peoncito pampa que tenía a su servicio... Y el pobre Lucas, que al principio tuvo intención de ir a romper a golpes el cráneo hueco de aquel infame, se dejó estar, porque el calabozo, en tales momentos, se le vino a la memoria como una cosa más pavorosa que la muerte...

Cuatro días la tuvieron, empeorando a ojos vistas, recurriendo a remedios de todas partes, a yuyos de los riscos y de las márgenes de los arroyos, a grasas de muchos riñones, a jarabe de flores y mieles, a pajarracos vivos partidos al medio para cataplasmas inofensivas... y por fin, se fué!



—¿Qué mira, señor obispo? ¿Le parecen poco episcopales mis pantorrillas?

La huída de la hijita adorada, consoladora de toda pena, desgarró el corazón de la madre brutalmente — roto como a zarpazos — y pareció envolverle en plomo el corazón al padre.

No hubo teatrales desesperaciones en aquella casa. ¡Querían ambos tanto a aquel trozo de carnecita que se marchó sin musitar ni el nombre de ellos, con la sonrisa luminosa únicamente, como un rayito de sol en la carita redonda, que hasta las lágrimas les pareció que se petrificaban en los ojos!

Estuvieron cuatro días viéndola irse de sus brazos impotentes para defenderla del mal, contemplaron en una inconsciencia idiota de dolor aproximarse la muerte, habían presentido que aquella insignificante vida se marchaba del mundo y de su lado como si tal angustia de padres viniera a constituir la corona de espinas ineludible que completara la crucifixión amarguísima, dolorosísima, y sin embargo, al expirar la amada nenita rubia les pareció mentira, no querían creerlo... Soñaban ambos despiertos cuando mirábanle la demacrada carita amarillenta, esperando que de un momento a otro abriera sus ojazos para tornar a sonreirles como ella sabía ya hacerlo...

* * *

El entierro fué de lo más pobre y triste que se puede pedir. Las cuatro tablas mal unidas que claveteó de cualquier manera un carpintero "al fiado", dolorido en su egoísmo, por ser padre, ante el espectáculo de la muerte, las forró el mismo Lucas, siguiendo la costumbre de los pobres campiranos, con unos metros de zarasa color de rosa, por el exterior y por dentro, con un retazo de sábana, que hizo también las veces de mortaja.

El velorio lo constituyeron cuatro velas que se encendieron de a una para que duraran más; cuatro velas de sebo, humeantes y pestíferas como un incensario de miseria; y no velaron allí sino Lucas y su mujer, hundidos los ojos secos en la cuenca afilada, amarillento el semblante, rajados los labios secos, temblorosas las ventanas de la nariz por la respiración trabajosa...

¡Pobre Lucas! Cuando el dolor le dejó pensar, su cerebro comenzó como una carrera de locura a través de todo lo imaginable. En cinco minutos fué desde su nacimiento en Buenos Aires hasta su llegada a aquel pueblo, pasando por la infancia juguetona, la fastidiosa escuela, las inolvidables vacaciones, la madrecita canosa que no tuvo nunca más que sonrisas en su cara de Madona, el padre austero, los hermanos cariñosos y unidos; el primer amorío, el primer ensueño, la primera ilusión... su vida entera. Sin saltos bruscos se iba de la niñez a la juventud, para darse a idear utopías con aquellos libros simplones que intoxican el cerebro hablando de una igualdad imposible. Los días románticos de melena y corbatón, cuando la emoción interior florece en versos cansadores y ripiosos. En seguida, los días de anarquismo puro que se llegan a medida que comienzan a fermentar las indigestas doctrinas de unos cuantos parias dinamiteros. Después, las horas de mayor juicio, cuando los años atemperan el ansia de reformar al mundo, y en lugar del deseo de encarrilar a todos, se aspira solamente a encarrilarse uno mismo y a obtener para el terruño días de trabajo, de paz, de libertad. Lo que resultaba, a la larga, otro sueño...

Todo se venía rumoroso, en un tropel de pesadilla, para atormentarlo más. Parecía dormir, y abría los ojos, pasábase las manos por los párpados para quitarse aquellas telarañas del recuerdo, sin conseguirlo. El cajoncito forrado en rosa, sobre la mesa de pino, con su vela humosa en un extremo,

PRELUDIO

Mientras la sombra pasa de un santo amor, hoy quiero
poner un dulce salmo sobre mi viejo atril,
acordaré las notas del órgano severo
al suspirar fragante del pífano de abril.

Madurarán su aroma las pomas otoñales,
la mirra y el incienso salmodiarán su olor;
exhalarán su fresco perfume los rosales,
bajo la paz en sombra del tibio huerto en flor.

Al grave acorde lento de música y aroma,
la sola y vieja y noble razón de mi rezar
levantará su vuelo suave de paloma
y la palabra blanca se elevará a tu altar.

ANTONIO MACHADO.

y aquella pobre mujer como una estatua del dolor, sin poder desahogar su angustia en lágrimas, ponía en su pecho una piedra enorme que parecía querer destrozarle todo, porque rodaba incansablemente... y se marchaba de nuevo su imaginación calenturienta hacia el pasado, a rememorar días mejores, como si aquello fuera su liberación.

Había sido feliz, por instantes, hasta que lo empujó la vida hacia aquella tragedia, para probarlo... ¡La vida! La vida no era mala, pero hacíanla mala los hombres ruines y perversos. La lucha era infame! ¡Cuánto crimen quedaba impune! ¡Cuántas lágrimas escondidas que se tragaban para no dejarlas ver! ¡Cuánta miseria forrada de seda! ¡Cuanta pobre bajo el sonrosado cutis!... ¡Señor!... Ya estaba castigado de sobra. No merecía, en verdad, aquella prueba de fuego...

¡El era bueno! Y si no por él, por ella, la inconsolable madrecita que mordía sus hondas penas a ojos enjutos!... ¡Señor!... Y el hombre era tan imbécil que sacrificaba lo más hermoso de la existencia a un capricho cualquiera, a un embuste, a una mentira!... Y hasta se daba a la fatal Intrusa un hijo, un pedazo de entraña, para quedar por siempre con tal dolor en el alma, encresponada de angustias, sin poder eludir ni por un momento, el reproche eterno de aquel retoño indefenso, recien nacido, abandonado criminalmente a la canalla ajena, a la villana maldad de los otros...

¡Qué noche larga! Fué interminable, agotadora, bestial!...

Próximo al medio día, llegaron dos muchachones prestados para la ocasión por las vecinas.

Ellos, Lucas y su mujer, tomaron el cajoncito por sus lazadas de soga, que a manera de manijas l'evaba a los lados. Iniciada la marcha una vieja rezadora, que portaba la cruz hecha por ella misma con dos trozos desiguales de álamo alisado a cuchillo. Los seguía el perro, "León", con el rabo entre las piernas...

El camposanto distaba casi una legua. El carril que tomaron al principio les dió sombra amable de sauces; el camino que siguieron después les tostó las espaldas con el sol fortísimo, y concluyó de resecarles boca y garganta el polvillo sutil que levantaba con sus alpargatas la vieja de la cruz, rezongona de Ave Marías.

Lucas marchó la mayor parte del trayecto con los ojos cerrados, dejándose guiar como un ciego, por el ataud que encerraba a la hijita neciamente perdida... Apenas podía mover las piernas, dolorosas, resistiéndose a caminar. Tuvo instantes en que creía señar, acaso para aliviar su pena, distrayéndola con aquella suposición. Pero en seguida, abría un poquito los párpados, contemplaba aquella lamentable caravana de tristes, agobiados de pena por dentro y de gloria de sol por fuera, y agachaba aún más su cabeza sobre el pecho, tornaba a cerrar con fuerza los ojos para no ver, y continuaba su marcha como un patibulario...

Cuando sonó, como hueco, el cajoncito a los golpes de la tierra arcillosa, capa de paz perdurable sobre las miserias del mundo, "León" aulló, larga, quejumbrosamente, mirando al cielo, al cielo azul de nubes y dorado de sol, indiferente al dolor humano que lo invoca ansiando consolaciones de misterio para lo inconsolable, al cielo también despreciativo para el dolor agudo de los perros, que rezan al ladrar llorando.

IV

Una semana después de dejar bajo la tierra el cajoncito rosado, y de adornar la cruz, — en la primera visita, — con una corona de papel picado y unas flores bravas del cerco, Lucas, abandonados, por fastidiosos, los escrúpulos, con una tranquilidad de conciencia absoluta, fríamente,— ¡oh, esa frialdad adusta de los que se resuelven a dejarse llevar por la corriente, bien adulzada ya la voluntad por el martilleo inmisericordioso del prójimo,— aceptó un empleo y se anotó en las sucias listas del partido caciquil.

Díjole a su compañera:

—Mi queridita, dame un beso... Así... Ahora seremos malos... Es decir, no!... Aquí todos son así. Formaremos con ellos, marcharemos juntos, seremos unos de tantos... viviremos como los demás, ¿quieres?

Ella dijo que sí con la mirada, una mirada un tanto vaga, una mirada dolorosa... Y se dieron otro beso...

* * *

Comenzaron desde entonces a insultarlo los mismos que lo dejaron solo en los días terribles. Mucho le mortificaron las pullas, al principio. Su orgullo se revelaba contra aquellos denuestos, volvía a sangrar como antes de su fingida claudicación, pero triunfaba sobre su amor propio cuando pensaba en su casa, con divino egoísmo.

Al cobrar su primera mesada, le dijo a su compañera:

—Ves, todo lo que necesitábamos para ser felices, para completar nuestra felicidad, era ésto; unos cuantos papeles roñosos... Ya los tenemos. Ahora trataremos de ser felices otra vez...

Ella se acordó de la nena desaparecida de entre sus brazos, y en sus ojos vió él aquel recuerdo...

Acariciábale la cabellera mientras hablaba. Queríala de tal manera que se le antojaba ser padre de aquella mujer adorable. Su ternura tenía mucho de paternal, en esos momentos en que parecíale sentirse más fuerte.

Estaban los dos sentados juntos, frente a la puerta abierta de la casa, contemplando la polvorienta calleja que serpenteaba bajo el castigo del sol. A l izquierda, en la lejanía, verdeaban las parejas viñas, rota su uniformidad por el lloro de un sauce más lejano, que echaba su melancolía sobre las aguas pardas de una acequia... Al otro lado, alzábase recto como un centinela un álamo blanco... El paisaje era mustio, bajo la luz dorada.

Allá, entre las viñas, divisaron, —los dos en el mismo instante,— la nenita muerta, sonriéndoles, moviendo el cerrado puño con sus deditos como pétalos, en un gesto de saludo alegre.

DEFINICIONES

—Ser vencedor es triunfar en la lucha.

—El hombre virtuoso es el que tiene energía para cumplir sus deberes.

—El hombre templado es el que modera sus deseos.

—El hombre fuerte el que sabe vencer los movimientos de su alma contrarios a la razón.

—El hombre de bien es el hombre perfecto; el que está seguro de su virtud.

—La meditación es la reflexión trabajosa y en silencio.

—La torpeza del espíritu es lo que nos impide hacer rápidos progresos en la ciencia.

—El poder absoluto es un poder justo, pero emancipado de toda investigación.

—La antifilosofía es una disposición de ánimo que induce a odiar la recta razón.

—El miedo es la consternación del alma que espera un mal.

—La ira es un movimiento violento e irreflexivo del alma; la manifestación de un alma desordenada.

—El terror es el miedo a un mal inminente.

—La adulación es un lenguaje se se dirige a agradar sin cuidarse del bien; es una inclinación excesiva a hablar a los demás para agradarles.

—La cólera es un movimiento desordenado del alma que aspira a vengarse.

—El insulto es una injusticia cometida con el propósito de deshonrar a quien lo sufre.

—La intemperancia es una costumbre que nos arrastra, con desprecio de la razón, hacia lo que estimamos placentero.

—El temor es el principio opuesto al impulso del valor.

—La calumnia es un dicho que divide a los amigos.

—La injusticia es el desprecio de las leyes.

PLATON.

Miráronse los padres con infinita ternura. Un rato después, Lucas continuó hablando:

—...No podremos nunca contra ellos, ¿verdad? Si es cierto que tenemos a nuestro favor toda la razón, toda la lógica, y hasta las bendiciones de los pobres que defendíamos, "ellos", en cambio han podido llevarnos nuestro único tesoro... No llores ahora, pobrecita!... Mira, anoche he soñado que la nenita vuelve... volverá, ¿quieres? ¿quieres que vuelva?... Sí, vendrá, y será nuestra, únicamente nuestra, la cuidaremos mucho, mucho, todo será para ella y ella nos querrá con todo su corazoncito...

Que me llamen vendido. ¡Imbéciles! Les di cuanto tenía, todos mis entusiasmos, mis ilusiones, mi tranquilidad y la tuya, mis orgullos, mi persona que puse a la par de la de ellos, degradándola; mis amores, hasta la nena! ¿Qué más querían? Lo sacrifiqué todo inútilmente en bien del pueblo. Allá en la ciudad creemos en una serie de mentiras brillantes, porque la teoría nos da a mamar sus leches... Yo creía quiméricamente, que estos pueblos esclavos, que estos pueblos sin justicia, que estos pueblos castigados por la maldad de los poderosos, podían redimirse, podían libertarse de sus males, vivir con relativa felicidad si un hombre de buena fe les abría los ojos para que vieran no más, y se alzaba escudado en su sinceridad contra el mal!... Sofié!... El egoísmo humano es infinito. La ignorancia los ayuda a ser infames. Son topos. Parece que les gustara dejarse jinetear por un cualquiera que les clave las espuelas en el alma, y les mida su ración de cebada y les curta la piel a fuerza de lonja... Creí que podía hacerles comprender las verdades elementales para un pueblo libre, y me olvidé que ese pueblo no sabía leer... Ese fué mi error, queridita, ese fué mi error que hemos pagado tan caro!... Aquí no hacen falta discursos, sino escuelas. Los tilingos de la capital no saben que la redención de los pueblos agonizantes de suciedad y de miedo bajo la bota bárbara del cacique, está en la escuela. ¡Mentras no sepan leer no serán libres! Tenía razón de sobra Sarmiento. Los analfabetos engendran los tiranos que patean los libros, rebuznan ante las imprentas y quieren hacer romper las plumas que se esgrimen como puñales... Hay plumas para los tiranos más filudas que cuchillos... La ignorancia y la mugre aplasta media república y no nos damos cuenta. Desde la capital queremos regenerar a la patria con discursos, con himnos, con proclamas líricas, en lugar de mandar a estos lugares maestros de escuela, ríos de agua, toneladas de jabón... Exceso de charlatanería en la prensa, en la calle, en el gobierno. Ningún legislador conoce estas panaceash y fabrican todos leyes a granel para que nadie las cumpla. Argumentan sobre la democracia porque no la conocen y se ufanan del subterráneo de Buenos Aires cuando por aquí la gente no come a diario, ni puede abrir el pic sin que se lo cierre de un bofetón el comisario. Si uno lo dice, lo llaman mal patriota, porque así se desprestigia al país... Caramba! ¿Qué importará el prestigio del país a esos tontos que no encienden su cocina porque no hay olla en casa, mientras les está sobrando sala alhajada para engañar a las visitas? ¡Patriotas! ¿Cómo se debe ser patriota? ¿Mintiendo al prójimo para terminar mintiéndonos a nosotros mismos? ¿Así? ¿O buscando el mal para aplicarle remedio, o inquiriendo la verdad para saberla? ¿Eh? ¡Ah, esos abogaditos de la calle Florida, que hablan siempre de Europa y que quieren hacer patria berreando en las plazas públicas! Aquí está el mal, aquí está el dolor...

Y me llaman vendido, ¿vendido a quién?... Zotretas! Si cuando me alcé me dejaron solo, y perdí a mi nena que valía más que todos ellos. contra cincuenta años de servilismo, contra un siglo de ignorancia, ¡tú vales mucho más, mi queridita!... Seré un cobarde, seré un vendido, seré un crápula, me arrastraré por el barro, aún más si quieren, bah! morderán en mi carne hasta sacarle más pedazos pero quedaré entero, porque tu amor me salva, y aunque ellos crean que los abandono por falta de patriotismo, dejaré que acabe la ignorancia de aplanarlos bajo el talero del cacique, para que en el día de la reacción me encuentren, santificado



—Hoy va a hacer buen día, señora.
—¿En qué lo conoces?
—En que el barómetro marca buen tiempo.
—¡Bah! Yo no le tengo fe a esos aparatos; en cuanto llueve o hace viento, cambian de opinión.

Que me digan cobarde ahora que soy un héroe! Cobardía fué dejarla partir, cobardía fuera verte a tí siempre triste, así llorosa, siendo tan buena... Seré cualquier cosa, cualquier cosa, sí, lo que quieran!... Tú vales mucho más que aquellas mis falsas convicciones estrelladas por el amor de mis hijos que serán argentinos de verdad, en la primera fila de los rebeldes... Pero ahora, ¡bárbaros!, muerdan en mi reputación hasta que les duelan las mandíbulas... Anoche he soñado que la nenita vuelve toda cubierta de flores, porque ella no ha muerto, como no mueren las patrias, aunque sus malos hijos les chicoteen las espaldas con sus imbecilidades...!

* * *

Por primera vez, después de tanto tiempo, volvió a iluminarse con la divinidad de una sonrisa la cara de la compañera; al contemplarla él, también sonrió. Se estrecharon fuertemente, en un abrazo de puro amor... ¡Tenían en las retinas la imagen de la nenita rubia!...

LA CRUCIFICADA

Clavada está en la cruz y no la daría por un lecho de blancos jacintos: un clavo en la palma derecha, uno en la palma izquierda, uno en los pies unidos.

El primero es el amor que la llevó hacia tí, sin otra fuerza que la de amarte; el otro es el dolor que la mantiene viva, sin más voz que para llamarte; el tercero es el recuerdo de todos los instantes que nacieron por nosotros en los jardines del sol.

Ahora que estás muerto, que nadie la compadezca: tan sólo su cruz ella ama, tan sólo su cruz ella quiere.

Cuando la sed le resquebraja los labios, bebe en tus labios el gran sorbo que sacia: cuando la muerte le hiele el corazón, morirá en tí, en el signo de tu gracia.

ADA NEGRI.

Las partes vulnerables del cuerpo.

Ciertas partes del cuerpo son más vulnerables que otras. La ciencia moderna ha hecho un estudio acerca de los motivos de dicha vulnerabilidad, siendo una nueva contribución al asunto el trabajo que publica el doctor W. Schweisheiner en el "Kosmos", de Stuttgart.

Después de exponer el conocimiento que se tiene acerca de la vulnerabilidad del corazón, las principales arterias, etc., observa que el arte oriental del jiu-jitsu se funda en el conocimiento de las partes vulnerables del cuerpo. Luego añade:

"La más importante de todas las partes sensibles del cuerpo, es la manzana de Adán. La presión con ambos pulgares sobre la misma puede producir duraderos disturbios en la facultad de hablar y perturban las funciones de respiración y tragar, causando gran tortura.

"Muy dolorosa es también la presión sobre los pequeños hoyos bajo las orejas y detrás de la quijada superior, por afectar dicha presión ciertos nervios del tronco. Un golpe con el canto de la mano sobre los tímpanos de las orejas, puede causar una percusión en el cerebro y aún fracturar el cráneo. Golpes sobre la nuca o la punta de la barba pueden causar la muerte por fracturar la vértebra superior del cuello. Golpes en la base de la nariz y en el septo son igualmente peligrosos.

"Una presión firme en el muslo un poco más arriba de la rodilla, o en el brazo más arriba del codo, producen gran dolor, debido a la presión de un nervio del tronco contra el hueso. Un golpe en el codo, interesa el nervio cubital, siendo sumamente doloroso".

Otras partes susceptibles son el labio superior y el abdómen. Las estadísticas sobre accidentes proporcionan datos interesantes respecto a la vulnerabilidad de las distintas partes del cuerpo. El autor nos da el tanto por ciento derivado del estudio de 300.000 casos de accidentes entre personas de todas clases, que es como sigue:

Cabeza.	4.3 por 100
Ojos.	5.8 por 100
Tronco.	8.1 por 100
Brazo y mano . .	53.0 por 100
Pierna y pie. . .	28.8 por 100

La estadística muestra que los accidentes más peligrosos son los de la cabeza, de los cuales el 22 por 100 resultan fatales, siguiendo en grado de peligro los que afectan al tronco. Los accidentes más comunes, que afectan piernas y manos, rara vez son fatales. Los que afectan a los ojos, aunque rara vez ocasionan la muerte, en la mayoría de los casos producen la ceguera e incapacitan a la víctima para el trabajo.

LA GUIJA

Por Emilia Pardo Bazán

En el pacífico pueblecillo ribereño de Areal, fué enorme el rebullicio causado por el misterioso episodio de la desaparición del chicuelo. ¡Un niño tan guapo, tan sano, tan alegre! ¡Y no saberse nada de él, desde que a la caída de la tarde se le había visto en el playazo, jugando a las guijas o "pelousos"!

La madre, robusta sardinera llamada la Camarona, partía el corazón. Llorando a gritos, mesándose a puñados las greñas incultas, pedía justicia, misericordia... en fin, ¡malaña! que encontrasen a su hijo, su Tomasiño, su joya, su amor. El padre, el patrón Tomás, cerrando los puños, inyectados los ojos, amenazaba... ¿A quién? ¿A qué? ¡Ahí está lo negro! A nadie... Porque no pasaban de conjeturas vagas, muy vagas, las que podían hacerse.

O a Tomasiño se lo había tragado el mar o lo habían robado. Si lo primero, ¿cómo no aparecía el cuerpo? Si lo segundo, ¿cómo no se encontraba rastro del vil ladrón?

Bien pensado, cuando la pena dió espacio a que se reflexionase, lo de haberse ahogado Tomasiño no era ni pizca de verosímil. El rapaz nadaba como un barbo; hacía cada "cole" que aturdía; y que hubiese tormenta, que no la hubiese, él salía a la playa después de una o dos horas de chapuzón, tan fresco y tan colorado. El mar era su elemento, no la tierra. Lo juraba el patrón: no tenía la culpa el mar.

La hipótesis del rapto o secuestro empezó entonces a abrirse camino. La imaginación de los moradores de Areal la patrocinaba. Se habían llevado a la criatura. ¿Quién? ¿A dónde? Aquí tropezaba la indagatoria. Ni la justicia, ni los padres, ni el público lograban en esto adelantar un paso. La Camarona y el patrón no tenían enemigos. En Areal no se cree en brujas, ni en el mal de ojo o envidia. Esas son supersticiones de montaña. Tampoco hay malhechores de oficio. ¿Qué pescador, qué fomentador, qué aldeano de las cercanías, de la bonita vega de Areal, iba a robar a Tomasiño, sin objeto alguno?

Sin embargo, la Camarona, con esa viveza de fantasía de la mujer, sobreexcitada por el instinto maternal, indicó al juez una pista. Veinticuatro horas después de la desaparición de Tomasiño, ella había visto por sus propios ojos, cuando llevaba su cesta de lenguados a vender al mercado de Marineda, un campamento de húngaros en el soto de Lama. Allí estaban los condenados, con unas caras de tigre, como demonios, puesto el pobe a hervir en la hoguera, alimentada con leña del soto, que no era suya. Ya se sabe que los húngaros, a pretexto de remendar sartenes y calderos, viven de robar. Ellos, y nada más que ellos eran los autores de esa fechoría. Apenas prendió en la idea, apresuróse la Camarona a buscar, en el soto de Lama, el sitio en que había reposado y vivaqueado la tribu errante. No tardó en encontrarlo: la hierba pisoteada por los caballos, las ramas rotas y las cenizas de la hoguera, lo delataban. Y en el momento de fijar sus ojos en el residuo, negruzco sobre el verdor del suelo, la madre exhaló un salvaje grito de furor y de certidumbre. Acababa de ver, entre la ceniza, un punto blanco: una china, un "pelouso". Recogiendo aquel indicio, corrió a alborotar el pueblo. ¿Qué duda cabía ya? Tomasiño llevaba siempre en el bolsillo del pantalón las guijas del mar con que jugaba. Eran conocidos, era inconfundible: blancas como la nieve, redonditas como bolas, y tan pulidas que ni hechas a mano. Escogidas; ¡malaña! Las distinguía ella entre mil, las chinas de Tomasiño. Y hubo en Areal exclamaciones de cólera, llantos de simpatía, clamores indignados, descabellados planes... Pero al presentarse al juez de brigancia la Camarona, con la guija en la mano, advirtió que aquel señor no demostraba gran convencimiento. ¿Los húngaros? ¡Bah! De todo se les culpa... ¿Y por una china de la playa se ha de afirmar?... En fin, él enviaría un exhorto... Se avisaría a la guardia civil... ¡Cualquiera acierta con el paradero de esos pajarracos! Hoy están aquí, mañana en Portugal... Bueno, se trataría de echarles el guante.

Se trató, en efecto; sólo que no era la Camarona, no era la desesperada madre, sujeta en Areal por las duras cadenas de la pobreza, quien perseguía a los raptores. ¡Y éstos, y su presa, se encontraban ya muy lejos! Así es que la infeliz pescadora, con su guija siempre entre la mano, se sienta por las tardes en el muelle, a la espera de las lanchas, y dice a las comadres preguntonas:

—¡Si pasa el Juez... se la tiro! ¡Y le acierto en la sien, ¡malaña!

De los apetitos, unos son "naturales y necesarios"; otros, "naturales y no necesarios" y otros "ni naturales ni necesarios, sino movidos".

Son "naturales y necesarios" lo que disuelven las aflicciones, como el de la bebida en la sed; "nturales y no necesarios", los que sólo varían el deleite, mas no quitan la aflicción, como las comidas espléndidas y suntuosas; y no "naturales ni necesarios", las coronas, la erección de estatuas, etc.

EPICURO.

Un aficionado a la mentira

Por Hortensio Lando

Meser Leandro de Traversari, canónigo de Ravegna, gozaba fama de embustero empedernido. Era tal su aversión a la verdad, que cuando le acontecía decirla inadvertidamente se sentía compungido y melancólico como aquel que ha cometido un pecado. Y no se contentaba con cultivar personalmente el arte de mentir, sino que obligaba a sus amigos y a sus deudos a que confirmaran sus falsas aserciones, bajo pena de incurrir en sus rigores espirituales.

Cierto florentino que había entrado recientemente en la casa, al notar esa particularidad en el carácter de su amo, resolvió darle por el gusto, añadiendo, a mayor abundamiento, algo de su propia cosecha. Un día que habían salido a pasear por los jardines del arzobispo, en las afueras de la ciudad, aprovechó la primera ocasión de lucir sus facultades inventivas. Al observar el prelado que el jardinero estaba plantando coliflores, se le ocurrió decir:

—Estas coliflores crecen de un modo que sorprende; el tamaño que alcanzan es realmente prodigioso. No creo que nadie las cultive tan bien como mi jardinero.

Como éste no tuviera motivo para contradecir una afirmación tan halagüeña, Meser Leandro añadió la siguiente observación a la de su superior.

—Tiene razón Su Ilustrísima; pero si hubiera visto las que crecen en Cucagna, éstas no le llamarían tanto la atención.

—¿Pues, de qué tamaño son aquéllas? — preguntó el arzobispo.

—¿De qué tamaño? — replicó Meser Leandro. — No sé si podré dar de él una idea a su Ilustrísima; dicen que en aquel país suele suceder con frecuencia que veinte caballeros montados se cobijan bajo sus hojas gigantescas.

Y como el arzobispo manifestara cierta sorpresa, el astuto florentino acudió en auxilio de su amo, diciendo:

—Su Excelencia no lo extrañará cuando sepa que yo he visto, con mis propios ojos, las magníficas coliflores que crecen en Cucagna; y he visto, además, las inmensas calderas en que las cuecen, las cuales tienen dimensiones tales que no bastan para forjarlas veinte obreros, y el ruido de sus martillazos no se oye de extremo a extremo de tan vastos recipientes.

El noble prelado, cuya inteligencia no debía ser de primer orden, quedó admirado al oir estas palabras, declarando que semejantes cazuelas podrían seguramente contener bastante alimento para toda la población del Cairo...

Mientras estaban conversando, se acercó un individuo que llevaba a cuestas un mono, proponiéndose regalarlo al venerable arzobispo; se volvió éste hacia el canónigo y le hizo notar el parecido que existe entre el hombre y aquel sagaz animal.

—Estoy convencido—dijo, — que si esta bestia fuera un poco más inteligente no habría entre ella y nosotros tanta diferencia como creen algunos.

—Supongo — replicó el digno canónigo, — que su Ilustrísima no se figura que los simios carecen de raciocinio; de ser así, fácilmente podría convencerle de su error, refiriéndole una anécdota que viene muy al caso:

—El noble Almérico, proponiéndose dar un banquete al obispo de Vicenza, dispuso que su cocinero preparara toda clase de manjares delicados. El tal cocinero empleaba un procedimiento para guardar los tesoros que encerraba su cocina: tenía allí un mono adiestrado, cuya misión consistía en vigilar a los que salían y entraban. Ni el ladrón más atrevido habría podido robar cosa alguna en su presencia, hasta que cierto criado, oriundo de sanguinario y glotón como una sanguijuela, no pudiendo reprimir su irresistible inclinación al robo, ideó un método que parecía infalible para burlar la vigilancia del mico. Empezó por hacerse bienquisto de él, divirtiéndole con muecas y piruetas o hartándole de golosinas; en cuanto observó que el simio le imitaba, cogió el villano un pañuelo con el que se vendó ostensiblemente los ojos, entregándolo luego al animal. Tuvo la satisfacción de ver que éste imitaba su gesto, y sin perder tiempo, se apoderó de un magnífico capón, no reparando el mono en el hurto hasta algún rato después. Pero el descuido valióle tal paliza, que redobló desde entonces su cautela. Al presentarse el lacayo para repetir la suerte, le dejó hacer su gesto engañador, pero sin imitarle, y mirando, por el contrario, a todos lados con los ojos muy abiertos, mientras le mostraba sus patas como indicarle que tuviera cuidado en el uso que hacía de sus manos; y el villano tuvo que marcharse sin haber realizado su propósito. Viendo que eran inútiles sus mañas... — Pero al llegar aquí, el arzobispo le interrumpió, exclamando:

—¡Si es cierta esta historia, es la más sorprendente de todas cuantas me han sido referidas!



—¡Un año más! ¡Gran Dios, cómo pasa la vida!...

El incansable florentino salió otra vez en defensa de su amo, diciendo:

—¡Como Dios existe, que es en todo punto cierto lo que acaba de relatar mi señor! Y puesto que veo que a su Ilustrísima le placen esas historias asombrosas y casi inverosímiles, añadiré, con su licencia, una que es digna de figurar entre las mejores:

—Durante la pasada vendimia, servía yo a cierto caballero de Ferraza que se llamaba Libanoro y era muy aficionado a la pesca, recorriendo en busca de ocasiones propicias para entregarse a esa diversión, los lugares más recónditos del valle de San Apolinar. Mi amo poseía un mono mucho más grande que el de su Excelencia, y hallándose en el campo me encargó que lo llevara a Ferrara, junto con un barril de vino y un cerdo muy gordo, pues se proponía regalarlos a un matón que tenía a su servicio. Me embarqué, y mientras bogábamos, una sacudida de la barca derribó al enorme cerdo, haciéndole rodar patas arriba con originales contorsiones. Sus lamentos fueron tan ruidosos que debieron sin duda incomodar al mico, quien, después de procurar en vano taparse la nariz y los oídos, agarró el tapón del barril y se lo metió al cerdo por el gaznate en el momento que éste se aprestaba a lanzar otro espantoso quejido. Tanto el vino como el cerdo corrieron inminente peligro, pues el uno se derramaba y el otro estaba a punto de ahogarse; hice lo que puede para salvar a ambos, aunque la risa que me causo la graciosa ocurrencia del mono, apenas me dejaba movimiento. Su Excelencia se habrá ya convencido— prosiguió el malicioso florentino,— de que mi amo está en lo cierto cuando afirma que estos animales tienen muchísima agudeza.

Al regresar a su casa, díjole a su criado el buen canónigo:

—¡Grandísimo pícaro! Hasta ahora creí que nadie sabía mentir con más desfachatez que yo, pero veo que estaba equivocado, pues eres el príncipe de los embusteros. ¡El mismo padre de la mentira no lograría aventajarte!

—No le sorprenderá esto a vuestra merced — contestó el florentino, — cuando sepa que he practicado en compañía de sastres, molineros y barqueros, gente toda que vive de lo que hace ganar. Pero si de aquí en adelante deseáis que continúe todas las monstruosas mentiras que decís, espero que, en compensación, me aumentaréis el salario.

—Oye, pues, — replicó el amo.— Cuando me proponga mentir de una manera excepcional te avisaré de antemano, y te otorgaré una recompensa adecuada; y si después de comer se me ocurre en la mesa algún cuento extraordinario, confírmalo sin vacilar, pues te aseguro que saldrás ganando.

El criado aceptó el trato, a condición de que el canónigo no se propasaría demasiado imponiendo ciertos límites a su desenfrenada fantasía; el otro prometió que así lo haría, añadiendo que, en caso de ser excesivas sus mentiras, el criado quedaría exento de la obligación de confirmarlas, si devolvía la gratificación.

Un día el canónigo, proponiéndose ensartar una serie de mentiras estupendas, sacó un par de calzones viejos y se los regaló a su criado. Al acompañarle éste al día siguiente a la iglesia, le oyó referir un cuanto a unos clérigos que se lo tragaban todo con muchísima seriedad. Se trataba de cierta isla Bastinaca en que las urracas contraen matrimonio como si fueran personas, y de sus huevos, que empollan durante un mes, salen hombrecillos diminutos, del tamaño de una hormiga, pero muy inteligentes y atrevidos.

Al llegar aquí, el florentino no pudo contenerse por más tiempo, y exclamó ante toda la comunidad:

—Eso ya no puedo confirmarlo; os devuelvo vuestros calzones, señor mío, y podéis desde luego buscar otro que me sustituya.

CURIOSIDADES

El Real Instituto de Veterinaria de Londres cuida de los animales domésticos, les cura las heridas y alimenta. Es la mejor institución de esta clase en el mundo.

* * *

Oro por valor de 4.955.708 libras esterlinas ha sido sacado del vapor *Laurentic*, torpedeado por los submarinos durante la guerra.

* * *

Las minas de plata más ricas del mundo son las de Guanajuato, a doce millas por ferrocarril de la ciudad de Méjico.

* * *

A una pareja extranjera de novios que vivían en Boston (Estados Unidos) les robó la licencia de matrimonio un celoso hermano del prometido. No sabiendo que podían obtener un duplicado de ella, los novios aplazaron la boda durante tres años y medio, hasta que regresó el ladrón.

* * *

El azúcar es el único producto que se vende al consumidor en estado de completa pureza química.

* * *

El número de logias masónicas en los Estados Unidos es de 16.330, y tienen 3.107.229 miembros.

* * *

El vapor *Constance*, un viejo barco del Báltico, construído hace 202 años, es el vapor más antiguos de los que navegan.

* * *

La palabra cielo se deriva de un término que significa jardín.

* * *

A los animales tropicales del Jardín Zoológico de Londres, se les aplicó el pasado invierno los rayos de sol por medio de los rayos ultravioletas.

* * *

Suecia no ha tenido ninguna guerra desde el año 1809.

* * *

Las luciérnagas son enormemente admiradas por los japoneses. En pleno verano y en algunos ríos se celebraban festivales de luciérnagas, durante los cuales se sueltan millares de estos brillantes insectos.

* * *

Los indígenas de Burma no viven en sus casas en cuanto anochece, porque tienen miedo a los espíritus.

* * *

Se acaba de comprobar que el fondo del Atlántico, en los alrededores de la isla de Santa Elena, se ha elevado más de 3.000 metros durante los cinco últimos años.

Un buque cablero, que ha explorado dichos parajes últimamente, ha realizado este interesante descubrimiento durante sus repetidos sondeos, destinados a reparar los daños sufridos por un cable telegráfico colocado en 1899. Resulta, en efecto, que las roturas originadas en el cable proceden de este gigantesco levantamiento del fondo oceánico.

Estas averiguaciones confirman las declaraciones de varios sabios, los cuales han indicado que, a consecuencia de vastas convulsiones submarinas, el nivel del suelo se había levantado considerablemente desde fines del siglo XIX en toda la parte meridional del Atlántico.

* * *

Neg's Head, en la Carolina del Norte, debe su nombre a las tretas de los ladrones que en lejanas épocas infestaban estas costas. Para realizar con éxito sus fraudes, concibieron la idea de atar una linterna en la cabeza de un caballo, cuyos pies estaban trabados. Los marineros a quienes cogía la tormenta en aquellas aguas tomaban la luz por la de un navío que podía auxiliarle, se acercaban seguros y naufragaban, siendo después despojados por aquellos desalmados.

Los panaderos conocen multitud de sencillos procedimientos para averiguar con toda exactitud la temperatura de un horno encendido. A veces prueban el calor metiendo un poco de harina, y cuando van a hacer el pan, hay algunos que echan al horno un pedazo de papel blanco; si se pone al momento parduzco, es señal de que el horno tiene la temperatura conveniente.

* * *

Uno de los pintores chinos más famosos fué Tsao-Ying, y cuéntase de él que en un cuadro dedicado a un emperador pintó algunas moscas, como si estuvieran posadas sobre flores, y con tal perfección dibujó algunos insectos, que el emperador quiso ahuyentarlos con el pañuelo.

* * *

Los huesos de un reptil prehistórico hallados en el territorio de Tangayika (Africa), tienen un tamaño tan grande que fué necesario emplear diez y seis hombres para levantar uno de ellos.

* * *

En las costas de Shleswig, se encontraron recientemente arenques en una cantidad tal que los pescadores los izaban a bordo con baldes.

Afeitarse con piedra pómez, como era la costumbre en la Roma antigua, es la única forma permitida en ciertos hospicios para dementes.

* * *

El peso de la cúpula de la catedral de San Pablo, en Londres, es de cuarenta y cinco mil toneladas, según ha declarado el arquitecto Mervyn Macartuey, encargado de restaurarla.

* * *

Probablemente la mayor calavera del mundo es una que se conserva en el Museo de Historia Natural de Marsella. Mide treinta centímetros, bien cumplidos, de longitud, y su circunferencia es de cerca de un metro.

Tan soberbio cráneo perteneció a un hombre llamado Borghini, nacido en Marsella, y que pudo ser, en vida, considerado como un verdadero fenómeno. Cuando murió, a la edad de cincuenta años, sólo medía un metro y veinte centímetros de estatura. La cabeza le pesaba tanto que para poderla llevar derecha tenía que sostenerla entre dos almohadones, cada uno sujeto sobre un hombro. A pesar de su gran capacidad craneana, la inteligencia de este individuo dejaba bastante que desear.

El día de año nuevo bajo Tiberio

Por Ernesto D'Hervilly

En las calendas del mes puesto bajo el patrocinio de Jano, dios del año (primer día de nuestro enero), Roma presentaba el espectáculo de un movimiento festivo, público y privado, comparable en todo al cuadro que, en idéntica circunstancia, nos ofrecen las grandes capitales de nuestra época.

Levantábanse todos más temprano que de costumbre, y con cara sonriente se cambiaban en cada casa palabras óptimas y votos de prosperidad, acompañando sus saludos y felicitaciones con aquellos simbólicos y simples obsequios llamados *strenae*, que nosotros hemos modificado y aumentado considerablemente bajo el nombre de aguinaldos. Luego corría por la ciudad el rumor de haberse visto, al alba, auspicios favorables, en la colina de los Augures. En la calle, los transeuntes se transmitían, con saludos amables, la buena noticia traída por los *viatores* (peatones) de la Curia, quienes corrían por la ciudad, recordando a los senadores las diferentes ceremonias del día y los lugares de cita para los cortejos oficiales.

Desde la aurora, los vendedores ambulantes cuya mayor parte, a pesar del soplo helado del aquilón, habían pasado la noche en las calles, para no perder las ventas de primera hora, ponían en exposición sus provisiones de humildes *strenae*: juguetes de barro o de madera; manos cerradas, de barro cocido o crudo, para ofrendas en el altar de Jano; dátiles brillantes por su propio jugo o cubiertos con una fina hoja de oro batido; monedas antiguas para ofrecer a los dioses; higos secos; panales de miel blanca; alhajas de bronce, plata y oro; alfileres, broches, y en fin, las raras flores de la estación.

La muchedumbre iba aumentando por momentos en las calles y en las tiendas. Las tabernas no se despejaban nunca. Se tenía solamente buen cuidado de no proferir palabras profanas. Se evitaba, por el contrario, de un modo especial, decir cosas que no fueran congruentes a la solemnidad religiosa de las calendas januarias.

El *tonsor*, cuyo trabajo en aquel día era enorme, podía libremente con su navaja de bronce, en forma de media luna, rasgar la piel del cliente; el paciente quedaba tranquilo y ahogaba las imprecaciones que en otra ocasión habría prodigado.

En una palabra, aquel día estaba consagrado por entero a pláticas agradables, indulgencias conciliadoras, perdón de las ofensas, olvido de los resentimientos de familia, cultos de los dioses y veneración del emperador.

Pero, a las calendas de que hablamos, el emperador en cuestión, Tiberio — fango amasado con sangre, como lo había definido su preceptor, — no juzgó deber suyo quedarse en su casita del monte Palatino, para recibir allí, según costumbre antigua, las felicitaciones y los obsequios de los ciudadanos romanos.

La víspera salió para una de sus villas.

Había resuelto que su silla curul, colocada bajo el pórtico de su casa, viese sola desfilar a su frente senadores, magistrados, pontífices, patricios y caballeros; por último, el rebaño de plebeyos.

Era uno de los antojos despóticos de aquel viejo y cobarde príncipe que condenaba a muerte con toda tranquilidad a un caballero que, acusado de haber satisfecho una necesidad íntima, llevaba un anillo con la imagen del César. Eso constituía crimen de lesa majestad.

Entre paréntesis, no se podía ir a los excusados con una prenda cualquiera alusiva al emperador. Era un crimen.

Tiberio, pues, se hallaba ausente en las calendas januarias de que hablamos, y esto explicaba tal vez, además de la celebración de la fiesta anual, la general alegría.

Los delatores, grandes y pequeños, dejaban de ejercer un día su industria lucrativa. En las grandes familias se respiraba.

Antes de saludar a la silla de Tiberio, se presenciaba la más importante de las ceremonias de las calendas: la recepción de los cónsules designados por el Senado, para reemplazar a los del año anterior.

Estos magistrados supremos, a quienes el pueblo, presidido por los senadores, sacaba de las casas, subían al Capitolio, vestidos de blanco, montados sobre caballos blancos que luego ofrecían a Júpiter — el bondadoso, el grande — en el umbral de su magnífico templo.

Los cónsules salientes los recibían en la entrada, y les tomaban el juramento de práctica. Luego, consumábase el sacrificio de bueyes blancos, cumplido el cual, los nuevos cónsules vestían la toga pretexta y bajaban al Foro, para repetir delante del pueblo, desde los rostros, el juramento de observar las leyes, que ya habían prestado en el Capitolio. Les precedían dos hileras de lictores llevando las fasces.

A la instalación de los cónsules seguían muchas otras ceremonias oficiales. Después de las cuales, cumplíanse los sacrificios y visitas a los diferentes templos. La edícula de bronce de Jano Bifronte — Dios especial del año — era sobre todo concurrida, en el Foro. En el altar colocado frente a la estatua de oro del dios, depositaban los visitantes manos de barro, harina mezclada con sal y viejas monedas con la efigie bicéfala del dios de los pasteles.

Dejando el Foro, el pueblo, que vestía en aquella solemnidad sus más lujosos trajes (togas y túnicas de un blanco inmaculado), subía al Palatino, agolpándose en la plaza cuadrada anterior a la casa imperial de muy modesta apariencia. El desfile se efectuaba en columnas interminables, durante la mañana, delante del pórtico de piedra del edificio. Ante la silla vacía de Tiberio, todos se inclinaban; luego depositaban su ofrenda — generalmente una pequeña moneda de plata — en grandes canastas colocadas al efecto. Nadie hallaba esto ni humillante ni cómico.

Bajo el imperio de Augusto, el obsequio de igual o de doble valor, era devuelto a quien lo había ofrecido. por una guarda del fisco, situado, según dicen, al lado del emperador, continuaba todos los días del mes para los que se hallaran ausentes de Roma. Tiberio, sea por economía, sea porque la ceremonia lo fastidiaba, había declarado que, pasadas las calendas, no recibiría a nadie ni devolvería obsequio alguno.

Por lo que acabamos de exponer, se vé que el rehusaba observar la tradición, hasta el primero de año.

Tomó esta resolución hacia el fin de su reinado cuando se hizo esclavo obediente del terrible Seján.

Una vez saludado el emperador, o más bien, su silla curul, todos, desde los senadores hasta los más obscuros ciudadanos, se apresuraban a volver a la ciudad, cuyas calles eran siempre más concurridas, y hacer visitas antes de la comida a parientes y amigos.

Durante el mes de enero, como sucede aún en nuestros días, se podían devolver las atenciones recibidas en Año Nuevo.

Hechas las primeras visitas, cada uno volvía a su casa, para comer en familia. La comida era completamente íntima. Sólo por la noche, durante la cena, con las copas alzadas, se festejaba en compañía de amigos y clientes la solemnidad. Los segundos y los parásitos, por más pobres que fuesen, concurrían desde la mañana a casa de sus patrones para ofrecerles sus votos y sus humildes obsequios, consistentes en un viejo *as* de bronce o un dátil cubierto por una película de oro en hoja.

Después de la comida, mientras se esperaba la hora de la cena, la costumbre exigía que se atendiera a los negocios, pues Jano, según los teólogos romanos, no quiso que su fiesta fuera día de reposo absoluto, para que el año no empezase bajo los auspicios del ocio; y la segunda mitad de las calendas eran *fastos*. La justicia por ejemplo, que estaba en vacación a la mañana, funcionaba por la tarde; los obreros volvían a su trabajo.

Este trabajo más simbólico que real, del primero de año (que hoy se evita en lo posible), era para el pueblo supersticioso de Roma, uno de los más felices presagios de aquel día solemne que terminaba, como hemos dicho anteriormente, en banquetes y ágapes de la más franca cordialidad.

HIGIENE MORAL

—A la verdad has de acostumbrarte como al aire; de modo que te sientas ahogar en donde no está ella.

—No hay tan blanda almohada como la conciencia tranquila.

—No guardes la vida como un relicario, porque la vida se nos ha dado para gastarla.

—En nuestra mano está ahorrarnos el dolor de los dolores: ver llegar el fin de la vida sin haber hecho a nadie un beneficio.

MENENDEZ Y PELAYO.

JUSTIFICADA ALARMA



—¡Oye, Sabinito, tú que lo sabes todo! ¿Es verdad que el calor dilata los cuerpos?

Escenario político

CARACTERES DEL AMBIENTE

XXX

EL UNICO

No es posible confundirlo. Se puede afirmar, sin temer rectificaciones, que es único en la gran ciudad. La silueta física y moral se destaca límpida, cualquiera que sea la hora y el día en que uno alterna con este sujeto, tan simpáticamente afectivo y tan espontáneamente amanerado. Con su voluntad férrea, ejercida con entereza espartana, se ha forjado una segunda naturaleza, o, para ser más exacto, ha estrangulado el "yo" que palpitaba en sus entrañas, para incubar ese otro "yo" que exterioriza en la vida, con esa contraseña, original y propia, en este ambiente en que pululan dos millones de habitantes.

Inteligencia privilegiada, ilustración asombrosa, incoherente algunas veces, entremezclando principios, teorías y doctrinas contemporáneas y pretéritas, hermanando autores de todos los tiempos, antiguos y modernos, griegos y latinos, poseedor de todas las lenguas vivas, glosador de pensamientos y apotegmas clásicos, liba en todas las flores del saber, para amalgamar, en su mentalidad, las más altas especulaciones metafísicas con las severas investigaciones del laboratorio. Siempre amable, sonriente y expansivo en sus costumbres, confunde el ascetismo cristiano con las francas sensualidades del paganismo. Cree en el Dios Sol, progenitor de la vida, y en el Dios Pan, fascinador de ninfas, predilecto del placer. Vive al aire libre, azotado por la ventisca, fortaleciendo sus músculos, sin temer a los años que se acumulan sobre sus hombros, como la nieve en las altas cumbres, al gravitar con tres cuartos de siglo, sin asomo de cansancio, siempre dispuesto al combate mental o a la lucha que dan renombre al boxeador y al esgrimista.

No hace política, pero es político. Tiene concomitancia con los hombres de todos los partidos, sin que nadie pueda reprocharle una deslealtad o una inconsecuencia en la mezcla abigarrada de intereses que se debaten en el escenario, siempre tormentoso, en la hora incierta en que todos pretenden cubrir su retirada. Tal vez, por esta circunstancia, a su alrededor sugestiona la tranquila serenidad con que sonríe a todas las exhorbitancias y estimula todas las aspiraciones. Juvenil, tiene, cuando habla y cuando actúa, la energía que acrecienta el entusiasmo y enaltece la confianza que radica en la conciencia. Es campeón de todos los ejercicios físicos. Vincula el músculo y la idea con la unidad irreducible que elabora su propia personalidad. Gran señor por derecho de conquista, cuenta, con exceso de inmodestia, sus comienzos angustiosos, para comprobar, en la curva humana, el significado de la voluntad que traduce el viejo adagio: "Querer es poder, cuando se quiere con todas las potencias del alma". Quiso ser y fué, mejor dicho, quiso ser y es único en la gran ciudad. Leal con sus afectos, sincero en sus pasiones, que exhibe con la plena comprensión del bien y del mal, escéptico en apariencia, sentimental y candoroso en su esencia, suele reir por fuera y llorar por dentro. Por eso, muchos creen que son bromas las realidades plásticamente sentimentales que, de vez en cuando, exterioriza en sus vigilias de soñador.

No obstante su popularidad, es incomprendido. De ahí modalidades que contradicen sus intimidades, musitadas en monólogos solitarios.

Su mansión señorial caracteriza su existencia. Abierta de par en par, el público entra y sale sin permiso, con plena despreocupación de su dueño. Desde hace cuarenta años es centro obligado de todos los lances de honor. Diríase que ha monopolizado ese primado, sin que nadie intente reducir los privilegios que ejerce sin contralor. Todos, sin excepción, aceptan su fallo y consultan su sabiduría. Cuando, algunas veces, lo he visto en su indumentaria doméstica, — sin diferencia sensible con la que usara nuestro padre Adán, cuando todavía la simbólica manzana no había punzado su corazón y abierto sus ojos — me ha parecido un Júpiter bondadoso que, prevalente de su fuerza, impone su veredicto justiciero, para que todos resguarden su dignidad con la sentencia inapelable...

XXXI

EL CANDIDATO

En vísperas electorales, raro es el militante que no se sienta candidato. La candidatura es una institución que tiene sus adeptos, como afiliados inscriptos el registro de cualquier comité. Es más que difícil, imposible, que exista un político o, dicho con exactitud, un hombre que hace de la política una profesión, que no se sienta candidato "para todo". En cualquier es-

fera en que actúe y cualquiera que sea la jerarquía que tenga, su candidatura es una imposición de los hechos, no obstante las violencias que esa situación le provoca, según dice en rueda de amigos que, también se sienten candidatos, sin que se les haya ocurrido que el interlocutor pueda tener las mismas aspiraciones.

No todos tienen la indiscreción de proclamarse candidatos. Muchos guardan, aparentemente, una discreta reserva. Gastan, a veces, posturas de "niña interesante". Son monosilábicos y afectuosos, discretos al opinar, mejor dicho, discretos al no opinar, para alcanzar, con esa conducta, el voto tácito, si no expreso, en el ambiente del comité, en las antesalas de la Presidencia, si vuelan muy alto, o, en los corrillos de los corredores, si aspiran a concejal de parroquia o a juez de paz de sección.

Mi candorosidad era terrible, por lo ingenua, en los lejanos días de mi pasada juventud, cuando me encontraba con algunos de estos "candidatos del propio sufragio". Recuerdo uno de los episodios, si no ofensivo, por lo menos molesto, que, en parte, me hizo más cauto y previsor. Las convenciones debían reunirse para elegir candidatos para diputados y senadores. El cabildeo era movido y azaroso. Todos los convencionales eran candidatos. En esas condiciones, elegir diez sobre sesenta, no es tarea fácil. Hay que desplazar sesenta ambiciones, que tienen los mismos títulos que las diez satisfechas.

Don Feliciano María Sandoval, era siempre candidato "para todo". Suave, perfumado, con su raya impecable de peluquero de campaña, retinto el bigote, enguantadas las manos, con el clásico "jaquet" y el nudo de la corbata, magistralmente hecho, resplandeciente sobre la blancura inmaculada de la pechera, bien planchada, era, sin duda, el prototipo del "paquete", que excluye la elegancia, según la definición irónicamente bondadosa, con que don Bernardo de Irigoyen calificaba a todos los "acicalados de su tiempo"...

En amable compañía, don Feliciano María Sandoval, se entretenía en conversar de los temas del día, analizando, con escrupulosa corrección, la imposibilidad que existía para satisfacer tantas aspiraciones, si bien legítimas todas, prematuras unas y poco viables otras. El enfocaba la única senaturía vacante. Fué, poco a poco, desechando candidatos, sin nombrarlos, para que, con las eliminaciones sucesivas, quedase sólo en pie, al final, su propia candidatura.

"Niño terrible", como dirían las abuelas, sin pizca de mala intención, no puede menos que expresar con claridad, mi pensamiento, al terminar don Feliciano. "Todo lo que acaba de decir, señor don Feliciano, — dije — redunda en su provecho. En el partido, según usted, no hay más candidato que usted. Naturalmente, — agregué — no me extraña. Usted es siempre candidato. Tiene la vocación del sacrificio. Lo felicito y cuente con mi voto".

Han pasado muchos años, cinco, diez, quince, veinte, treinta, quizás. Con todo, no puedo borrar la impresión estereotipada en mi retina, producida por mis palabras, sinceras y espontáneas. Don Feliciano María Sandoval, desde aquella fecha, me niega el saludo. Yo recuerdo el episodio y sonrío, cuando lo veo, cualquiera que sea el lugar en que me encuentre y la situación en que me halle. Sonrío por dentro, al representárseme la escena provocada por mi candorosidad ingenua y desconcertante, en el ambiente político, en los días en que se fraguaban candidaturas, con la inevitable contradicción que los hechos exteriorizaban en el proceso eliminatorio...

Don Feliciano María Sandoval, hoy, como hace treinta años, es siempre candidato. No elige jerarquías para aspirar. Aspira todo. Lo mismo acepta un juzgado de paz que un puesto de concejal de parroquia, una diputación al Congreso que una representación en el extranjero, una senaturía nacional que un simple nombramiento de árbitro; tanto un ministerio como la Presidencia de la República. El es siempre candidato. Cuando, por cualquier circunstancia, el partido en que milita, se conmueve y trepida, al dividirse o subdividirse en pequeños círculos que giran alrededor de influencias preponderantes, don Feliciano María Sandoval adopta posturas de "coquetuela", creyéndose, con sus escarceos, irresistible. Medias palabras, frases murmuradas al oído de todos, equilibrio entre los extremos, sonriente siempre, sentencioso por falta de ideas, va, llega y vuelve, recorre círculos, se entremezcla en ellos, para presentar, siempre, con el procedimiento de hace treinta años, la fórmula con que propicia su candidatura...

BALTASAR GRACIAN.

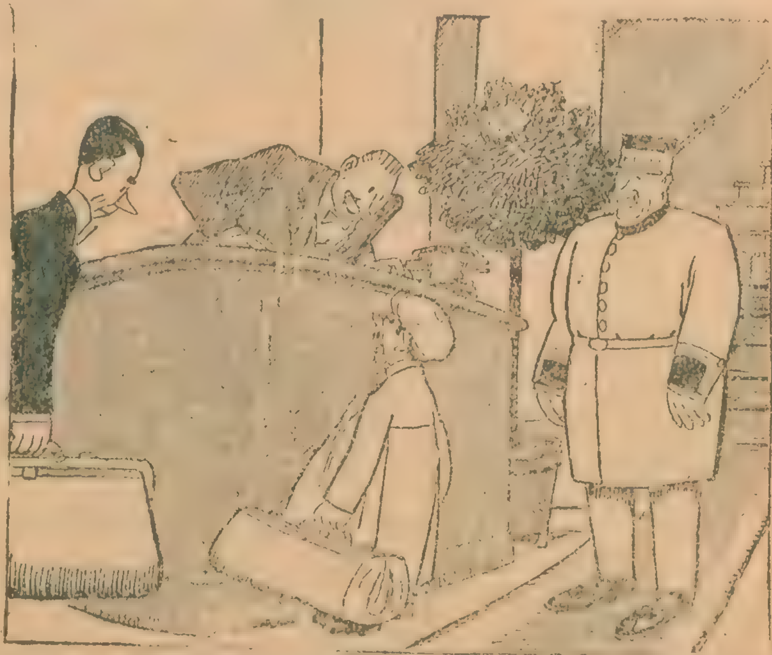
LA SIMPATIA

Es el radio espiritual de la persona. Hay simpatías subjetivas. Un hombre cae en la gracia de otro. Esto depende de encontrarse en el mismo plano y, sin embargo, el radio espiritual de ambos puede ser insignificante.

Coincidencias de gustos, de aptitudes... La simpatía objetiva es ya otra cosa diferente. Las simpatías de primer grado pueden dimanar del desequilibrio de un órgano. Un vicio desmesurado engendra simpatías en todos aquellos que padecen el mismo defecto. En el mundo de la política, un hombre de los llamados de cuidado reune simpatías. Ello depende de la deformación de este mundo. Se crearon un espíritu imperfecto. Quien mejor lo representa es el ídolo. Un tenorio, un mundano, puede tener éxitos entre damas frívolas y gentes de sociedad.

Pero la simpatía objetiva es la expresión del alma, y su poder mágico actúa en el corazón de todos más o menos tarde. Siempre hay un instante para poder entrar en el corazón de las gentes. Aquella gracia que viene del alma es demasiado interna para que nadie se sustraiga. No es la abnegación todavía, ni el sacrificio, ni la generosidad; es una aptitud para esas virtudes. De todas las vías sensibles por que puede derivar la simpatía, ninguna tan amplia como el dolor. La felicidad es egoísta y pone coraza. El dolor es generoso y abre el pecho. Los hombres no se rinden acaso a un corazón que sangra, a unos ojos que lloran, a una boca que se queja; pero se rinden a un corazón que sangra y no cesa de latir, a unos ojos de melancolía que impiden el curso de las lágrimas, a una boca que ahoga las quejas y las transforma en bendiciones. ¡Es siempre el imperio del alma!

V. GARCIA MARTI.



—El señor estará muy satisfecho del alojamiento. Le instalaremos en el piso doce, el más alto del hotel, para que cuando se asome el señor a la ventana vea que todas las personas que pasan por la calle son más pequeñas que él.

Nuevo sistema para conservar el alimento y el tabaco

El uso de los gases inertes para la preservación de los alimentos, es el tema de un trabajo publicado por el *Scientific American*, de Nueva York.

Desde hace años venían haciéndose experimentos, que al fin han dado buenos resultados. El principio y proceso es el siguiente: Todos los alimentos que contienen aceites oxidables o sustancias condimentadas, se logra mejor su preservación si se les quita el oxígeno y se les coloca en una atmósfera inerte de carbono dióxido o gas nitrógeno, esto es, un gas que no entre en combinación química con el alimento. De esta manera pueden preservarse alimentos como nueces de todas clases, le che desecada, dulces conteniendo mantequilla, etc.

Para librar de la acción de las baterías y del fermento a los productos que están expuestos a ello, es necesario deshidratarlos en parte. Esto es lo que hace con el coco que se envasa en latas, a razón de diez millones de latas al año. Fué el primer producto al que se aplicó el proceso con pleno éxito. Cuantos intentos se habían hecho antes para conservar el coco en latas no dieron resultado. El coco no tardaba en ennegrecerse, por la acción de los óxidos metálicos de la lata producidos por el oxígeno.

No se han obtenido ventajas en cuanto a la preservación de la leche en su estado natural o en forma condensada, pero sí en la leche desecada, o sea en la leche convertida en polvo por la evaporación.

En la gran industria del tabaco se han llevado a cabo buen número de experimentos para su preservación, y en la actualidad ya hay dos o tres manufacturas que envasan el tabaco en gas inerte. Se estima que dentro de un año, el 75 por 100 del tabaco torcido del Canadá, será empacado en envases herméticamente cerrados. Con esto se evitará que los largos y secos inviernos de aquella colonia inglesa, deterioren el tabaco.

El proceso puede aplicarse a toda clase de tabacos y cigarros. Las excelentes cualidades que va adquiriendo el tabaco en el transcurso del tiempo cuando se conserva en condiciones apropiadas, se benefician con el nuevo sistema de preservación, debido a que no pierde ninguno de sus aceites aromosos, envejeciendo el tabaco en la atmósfera que más le conviene.

LA CITA

Por Leo Darrey

Santiago estaba enamorado de Anita. Desde hacía quince días que ambos veraneaban en casa de sus amigos los Durand, entre numerosos invitados, no por timidez del joven o por la imposibilidad de tener una entrevista, el caso es que aún no le había declarado su amor.

Miradas lánguidas, furtivos apretones de manos, era lo único que había podido traicionarla, y resuelto a explicarse mejor se decidió a pedir una cita a la joven. Y escribió:

"Mis miradas han debido traicionarme. Creo que usted sabe que la amo; pero permítame que al fin se lo diga. Esta noche, a las once, cuando todo el mundo duerma, la aguardaré en el pabellón del fondo del parque. No tema nada de mí. Sólo quiero expresarle mi amor. Si rehusa usted, destruya esta carta junto con mi esperanza. Si acepta, déjela aquí. Al verla sabré que accede usted a hacerme el más feliz de los mortales. Suyo para toda la vida, *Santiago*".

Bastante satisfecho de sus dotes de escritor, deslizó la carta debajo del secante sobre el cual no tardaría Anita en despachar su correspondencia.

La linda Anita fué, en efecto, como todas las tardes, a escribir unas cartas, aprovechando las horas de siesta. Vió la carta y sonrió.

—Es verdad; parece que me quiere. ¡Es muy simpático! Acudiré a la cita. Nadie se enterará.

Y salió del salón, dejando la carta en el mismo sitio.

Pero inmediatamente entró en el salón su institutriz, solterona sin sexo y sin edad, para escribir también una carta, y vió la de Santiago al abrir el secante.

—¡Oh! — exclamó. — ¿Es posible?

Y después de leerla varias veces salió con una sonrisa misteriosa e inquietante.

Apenas había salido, entró Claudina, joven vaporosa, que tenía igualmente necesidad de escribir.

—¡Qué raro! — dijo al leer las líneas de Santiago. — ¡Nunca lo hubiera sospechado!

Y dejándola debajo del secante, salió riéndose a carcajadas.

Poco después entró a escribir la corpulenta generala, y abrió el secante.

—¡Es inaudito! — exclamó al leer la declaración de Santiago. — ¡Esta generación es de una audacia!... ¿Sus miradas?... En efecto; ahora que recuerdo... ¡Imprudente! ¡Si el general supiese!...

Y salió precipitadamente con aire victorioso.

Después fueron la dueña de la casa, que tenía que comprobar unas facturas; la poetisa Aramanda Davalle, que quiso aprovechar un momento de inspiración; la hermana de Anita, que fué a hacer su traducción de inglés. Todos leyeron la carta de Santiago, se conmovieron y salieron sonrientes.

Por último entró el general.

—¡Rebombas! ¿A quién ha podido escribir esto? No ha puesto el nombre, ni hay la menor indicación... ¿A quién entonces? ¡Pues eso lo averiguo yo esta noche!

Cuando Santiago, a quien tal desfile de gente había impedido acercarse, pudo penetrar en el salón, vió su carta, pensó morir de alegría.

A las once se dirigió al pabellón. Detrás de él, intrigado, iba el general, ocultándose y provisto de una linterna eléctrica.

Santiago empujó la puerta del pabellón y murmuró en la oscuridad:

—¿Estás ahí, ángel mío?

En aquel momento el general alumbró su linterna y Santiago retrocedió dando un grito de horror...

Frente a él, alineadas en la sombra que les había impedido verse, no una mujer, sino ¡siete! (siete, como Barba Azul) le aguardaban tendiéndole los brazos.

El lobo y la aveja

Las ovejas se hallaban en seguridad en su vallado; los perros dormían; el pastor, a la sombra de un árbol, se entretenía con su flauta.

Un lobo hambriento vió la situación del rebaño. Una oveja sin experiencia, que no había visto nunca lobos, se acercó a él y le preguntó:

—¿Qué es lo que vienes a buscar aquí?

—La yerba tierna y florida, — respondió el lobo. — Ya tú sabes que no hay nada más hermoso que pacer en una verde pradera llena de florecillas, aplacar en ella el hambre, e ir después a beber en un arroyuelo; yo he encontrado aquí ambas cosas. ¿Qué más puedo apetecer? A mí me gusta la filosofía, que enseña a contentarse con poco.

—¿Pero, es verdad — le preguntó la oveja, — que tú no comes carne de animales y que un poco de yerba te basta? Porque, si es así, podemos vivir como hermanos y pacer juntos.

Y en seguida salió del vallado a la pradera, donde el sobrio filósofo la hizo pedazos.

"Desconfiad de las palabras suaves de las gentes que se precian de virtuosas; juzgadlas por sus acciones y no por sus discursos."

FENELON.

Frente a frente

Por Pedro Descaves

Debíamos decir por turno qué recuerdo habíamos conservado de nuestras faltas más graves, y los remordimientos nos perseguían siempre.

El médico - mayor contó:

"Yo estaba en aquella época en Marruecos, en un pequeño puesto. En aquel tiempo lejano, se llamaba puesto a una especie de baluarte perdido en medio del desierto. Un centenar de hombres permanecían encerrados durante ocho meses. Yo tenía por único compañero el capitán que mandaba el destacamento, un valiente muchacho que yo había conocido en Argel. Me felicité más bien del encuentro, porque, al fin y al cabo, teníamos que vivir un año uno junto al otro...

"El primer mes todo marchó bien. Estábamos instalados, lo más confortablemente posible, en la choza del campamento. Pasábamos el tiempo de un modo bastante agradable. Cambiábamos proyectos para el porvenir, nuestras esperanzas, nuestros recuerdos, y a veces también opiniones e ideas. Pero la provisión no era inagotable. Es preciso haber vivido solo con otra persona para medir la pobreza de nuestro equipaje intelectual. Pronto gastamos nuestros recursos y no encontrábamos ya placer en las conversaciones. Por el contrario, una sorda animosidad nos agriaba, como la levadura a la pasta.

"Pronto, haciéndose el calor más y más insoportable, fuimos condenados a pasar nuestros días en una cubeta, cuya provisión de agua se renovaba cada cuarenta y ocho horas. No era una posición a propósito para conversar. Nos observábamos con silencio huraño, y en la pequeña pieza, donde estábamos encerrados, yo sentía como un vacío de abismo, que correspondía exactamente al vacío de nuestro silencio. Nuestra compañía estaba, además, envenenada, por pequeños malentendidos, por picaduras de mosquitos, que hacíamos dolorosas a fuerza de rascarlas. Llegamos pronto a tal punto, que nos costaba menos esfuerzo escribir que hablar. El capitán se servía del cuaderno de informes para comunicarse conmigo y, por mi parte, yo anotaba en el cuaderno de enfermos el resultado de mi visita cotidiana. Nos odiábamos, y con un odio sin motivo, que es el más torturante de los odios. El solitario tiene el recurso de replegarse en sí mismo. Un compañero de cadena aumenta el peso de ésta. Nuestra aversión se volvió de pronto repugnancia física. A mí me hacía sufrir su barba sucia, mientras que él observaba con mirada oblicua el lobanillo que tengo en la nariz.

"A la hora de la mesa no nos conteníamos más. El capitán tenía un foxterrier ordinario y voraz al que dispensabe una solicitud irritante. Cosa incomprensible: cuanto más el perro se apresuraba a alejarse, miedoso, de mí, yo le tomaba más rabia porque no me quería. Se hubiera dicho que me robaba algo.

"Un día, con una violencia que me hubiera avergonzado en cualquier otra circunstancia, estallé.

"—¡Es innoble — exclamé — comer en compañía de un perro! No nos falta más que comer lo mismo que él come.

"Quedó sorprendido por la aspereza de mi voz. Sin decir palabra, el capitán arrojó todo lo que había en la mesa por la ventana. Luego me miró y... comprendí que estaba dispuesto a hacerme seguir el mismo camino.

"A aquel estallido del trueno, siguió una calma aparente; pero el tiempo tormentoso continuaba excitándonos los nervios.

"La disciplina se oponía a nuestra separación. Teníamos poco espacio en torno nuestro, y nos parecía que con estirar el brazo tocábamos los muros de nuestra prisión.

"Una noche de insomnio concebí la idea de herir al capitán en su más cara afección, matando el perro. Según mis previsiones, el animal se precipitó a la mañana siguiente sobre una bolilla en la que yo había introducido un veneno violento. El odio es ciego: calculé mal. La dosis era, felizmente, muy fuerte. No bien el pobre animal tragó la bolilla, se puso a vomitar. Lanzaba gritos plañideros, de niño. Corría en todas direcciones por la pieza, implorando gracia con sus ojos expresivos. El capitán acudió como un torbellino, tomó al animal sobre sus rodillas, le habló, le mimó... y pronto se horrorizó al ver las convulsiones que sacudían a la víctima. Sufría realmente con ella.

"Bruscamente, aquel hombre que, desde hacía mucho tiempo no me dirigía la palabra, exclamó con voz desgarradora:

"—Germán, no vas a dejarlo morir así!

"Nunca, mi nombre, en una boca humana, tuvo amplitud tal... La súplica era tan imperiosa que no la resistí. Me hice un deber de cuidar al perro. Fuí bastante feliz para salvarlo.

Por la noche, en la velada, obedeciendo a un sentimiento idéntico, hicimos simultáneamente el mismo gesto el capitán y yo, nuestras manos se encontraron para ayudar a levantarse al animal enfermo, cuyas fuerzas volvían. Dimos vuelta simultáneamente la cabeza para ocultar la emoción que nos ahogaba...

"Tregua pasajera, ¡ay! Apenas si fué suficiente para mitigar en el futuro nuestra incompatibilidad. Y, sin embargo, había ahora entre nosotros un lazo de unión, capaz de endulzar nuestro árito "tete a tete".

"No éramos ya dos sino tres, y sobre el tercero, el más dulce, el más inteligente, el más afectuoso en el reparto de sus caricias, fijábamos a veces, mi enemigo y yo, una mirada llena de agradecimiento y de emulación.

Cincuentenario de la fundación de la Compañía de Tranvías Anglo-Argentina

Conmemorando el quincuagésimo aniversario de la fundación del Tranvía Anglo Argentino, la Administración General de la Empresa organizó diversos actos que se llevaron a efecto en la estación Jorge Newbery de la mencionada compañía.—El presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, acompañado del ministro del Interior, doctor Tamborini, del intendente municipal doctor Noel, del administrador general del Tranvía Anglo Argentino, ingeniero Marcelo Rongé, y de algunos miembros del directorio, al llegar a la estación Jorge Newbery.





El presidente de la República y demás miembros de la comitiva oficial, oyendo la ejecución del Himno Nacional.



El administrador general, ingeniero don Marcelo Rongé, leyendo su discurso ante el primer magistrado.



Una instantánea obtenida al servirse el lunch con que la Empresa obsequió a los invitados al acto conmemorativo.

Fiesta de fin de curso en la Escuela de Mecánicos del Ejército





Con motivo de finalizar los cursos de la Escuela de Mecánicos del Ejército, la dirección del establecimiento organizó una fiesta para despedir a los estudiantes que terminaron su preparación profesional.—A la izquierda: el jefe del cuerpo, pronunciando su discurso.—A la derecha: los mecánicos formados en el patio de la escuela.

Kermesse de beneficencia



Organizada por una comisión de señoritas de nuestra sociedad, realizóse en los jardines del Museo Nacional de Bellas Artes, una kermesse de caridad a beneficio de los pobres del Parque Patricios.—Las señoritas Raquel Noceti Achával, Elena Quirno, Julia Elena Pueyrredón, María Zulema Castro Cranwell, Rosa Gondra, Susana Frers y Carmen Gondra, atendiendo uno de los quioscos.





Señoritas Giselle Shaw, Mercedes Isabel Elortondo, Susana Frers, Beatriz Llambí Campbell, Sara Pueyrredón y Zulema Noceti Achával, en otro de los puestos.



Señoritas Sofía Santamarina, Sofía Sara Madero y Carmen Sánchez Terrero, en la "rueda de la fortuna".



Un grupo de niños frente al quiosco de los juguetes.



Gente menuda presenciando las representaciones del teatro guignol.

Banquete al doctor Grandi



La cabecera de la mesa en el banquete organizado en honor del doctor Amadeo E. Grandi y servido en el restaurant "El Tráfico".

Círculo Argentino de Publicidad



Concurrentes a la asamblea del Círculo Argentino de Publicidad, realizada en los salones del Plaza Hotel.

Lo que se hace en Harrods



Como siempre, Harrods presenta a nuestra ciudad notas interesantes y completamente originales. En sus vidrieras que dan sobre la calle Florida, ha reconstruído la bíblica leyenda de los Reyes Magos. El camello cargado de juguetes, los tres reyes magos: Baltasar, Melchor y Gaspar, y el modesto africano que actúa de camellero, han sido ejecutados magistralmente y en tamaño natural, por artistas de Harrods. Esta exposición significa un verdadero acierto, pues convierte en realidad el acariciado sueño de los niños, que en estos días de Navidad, constituye una verdadera obsesión.



Festival deportivo en el Club Atlético Zabala





Siguiendo una práctica establecida, el Club Atlético Zabala llevó a efecto, en su campo de deportes, la fiesta atlética que acostumbra a realizar anualmente.—A la izquierda: un momento interesante durante la carrera de agujas.—A la derecha: los cultores del baile, en el apogeo de este número clásico e imprescindible.



Un núcleo de competidoras en la carrera del huevo.



La llegada en la carrera de 60 metros llanos, para señoritas.

Bibliografía



Dr. Carlos A. Leumann, autor de la novela "El empresario del genio", recientemente aparecida.



SOCIALES



Enlace de la señorita María Teresa Cantilo con el señor Eduardo Bravo Menéndez.



Señorita Clotilde Biscotto, recientemente desposada con el señor Santiago Cano.



La señorita Herminia Valerosi y el señor Gustavo Sosa, después de su matrimonio.



La señorita Rica López Domínguez y el doctor Luis Pondal, recientemente desposados.



La señorita Olivia Esther Coscia y el señor Roberto Peyrou, cuyo matrimonio se efectuó últimamente.

GENTE MENUDA



Horacio Mendía.



Santiago Ernesto Schiavone.



Fernandito Gon Daner Degeo.



María Teresa Caballero.



Antonio Mendía.



Néstor Mendía.



Actualidades cinematográficas



John Smith y Claire Horton, en "Besos a granel", cinedrama que la Corporación exhibe desde ayer.



Hoot Gibson y Blanche Mehaffey, en "El rayo tejano", film Jewel que la Universal estrenará el 6 de enero.



Earle Foxe y Florence Gilbert, celebrados artistas de la Fox Film.





Dos escenas de la serie de 13 comedias en tres actos, denominadas "El niño de los de Pérez", que tienen por protagonista al purrete Snoo-Kums, y que la Universal estrenará en la temporada próxima.



Richard Barthelmess y Dorothy Mc Kail, en el film "En puerto y franco de servicio", que Glücksmann distribuye desde anteayer.



Clara Bow, Robert Edenson y Helen Ferguson, en "El oeste escarlata", film que Glücksmann estrenará el viernes próximo.

NOTAS MENDOCINAS




El pintor Neli Marchese, acaba de realizar con buen éxito, una exposición de sus obras pictóricas.—A la izquierda: uno de los cuadros exhibidos.—A la derecha: el artista Neli Marchese.



Banquete servido en honor del señor Jorge Godoy Vergelín, con que un grupo de amigos le obsequiara, en ocasión de su próximo enlace.

Capital Unión Cultural de Villamarín



Organizada por la Unión Cultural de Villa Marín, realizóse en las playas de San Isidro una animada fiesta campestre.—Vista de la concurrencia.

Fatal accidente automovilístico en San Rafael



Debido a una desgraciada maniobra, chocaron dos automóviles en el camino al Río Diamante, los cuales eran ocupados por un núcleo de conocidas personas que se dirigían a una fiesta. De resultas del grave accidente quedó muerto el señor Héctor M. Valdés, secretario del juzgado, y gravemente heridos el doctor Emilio García, fiscal del crimen; el doctor Alberto Bisceglia, médico de los tribunales; el doctor Antonio Giordano, defensor de menores y de menos consideración otras cuatro personas más.—Vista del estado en que quedaron los dos vehículos.



Posición de uno de los automóviles después del choque.



El señor Héctor M. Valdés, en el hospital, asistido por el director del establecimiento, doctor Etchegoyen.

Fots. Capra, Giraz y Pi.

FRAY MOCHO en Rosario de Santa Fe





Grupos de señoritas que tuvieron a su cargo dos de los quioscos que funcionaron durante la kermesse organizada con objeto de allegar fondos en beneficio de la Escuela Alemana.



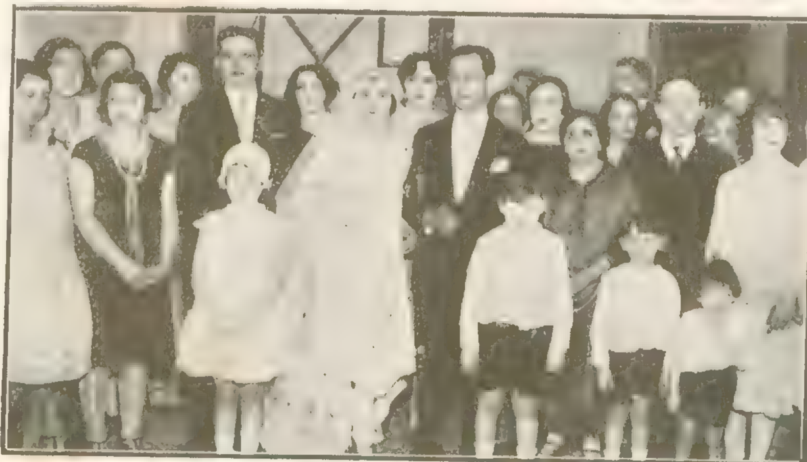
Concurrentes al acto inaugural de la exposición de cuadros del pintor Ramón Subirats, instalada en el Museo Municipal de Bellas Artes.



La señorita Rosa Strada, directora de la escuela Leandro N. Alem, que ha sido felicitada por los padres de los alumnos, debido a la buena educación dada a los niños.



ENLACES.—González París - Sacchi.



Rina N. Pescio Degasperi - Santiago Carattini.



Elvira Yolanda Rusconi Cogorno - Emilio Hueso Krafft.



Elvira Guzmán - Félix Camarero.



Margarita L. Butty - Héctor Laborde.



María E. Oliver - Juan J. Gschwind.



María E. González - Ernesto Hevia.



Información gráfica del interior



SANTIAGO DEL ESTERO.—Primeros técnicos mecánicos egresados de la Escuela Industrial de la Nación.





LA PLATA.—Señoritas María Luisa Servente y Laura Blanca Merlo Gornila, de la sociedad platense.

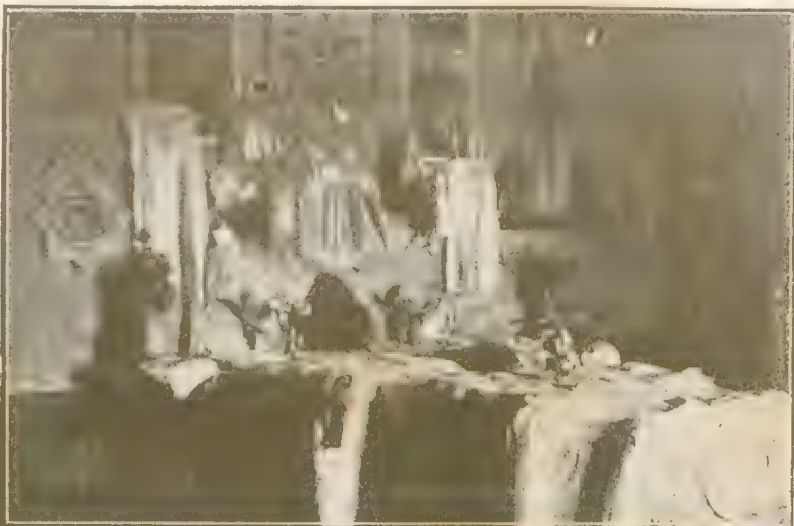




DEL CAMPILLO.—A la izquierda: el doctor Daniel Morra, médico de la localidad, rodeado de los vecinos que contribuyeron a la adquisición de un automóvil que le fué regalado por los mismos.—A la derecha: el acto de la entrega del vehículo al doctor Morra.



CORDOBA.—Durante el acto del sepelio de los restos de la señora Julia Parlanti de Ruibal.



SAN JUSTO (Santa Fe).—Exposición de labores realizada en la escuela número 67 que dirige en Esquina Grande, la señora Adela C. de Arévalo.



QUEMU - QUEMU.—Concurrentes al enlace de la señorita María Sánchez con el señor Lorenzo Irazabal.



Personas que asistieron al banquete con que fué festejado el cumpleaños de los señores Julio Jordán y Hugo E. Fornarien.

LOS NÁUFRAGOS

Por Diego Prado del Aguila

I

Fuera de los muelles extendíanse las dos playas, enormes, inmensas. La de Levante, monótona, desnuda, como una raya de acero, con una acre impresión de abrumada, aun en las horas oscuras, por el terrible sol del Mediodía. La de Poniente, salpicada de oquedades minúsculas, prisioneras entre dos montecillos, formando guaridas donde el mar, cansado de rugir y de azotar la quilla de los barcos, refugiábase entre un remolino de espumas para tornar prestamente a su sitio, más furioso que nunca.

Pero entre los dos muelles, blanco el primero, umbrío, sosegado, como un remanso el segundo, escondíase un trozo de playa, seco, desolado, agobiado por una espesa y sucia tolvanera. Hasta allí llegaban los espumarajos del mar; algunas familias bajaban en el estío para bañarse; sonaban los martillazos y las voces de los calafates, ocupados en el arreglo de alguna embarcación. Pero siempre aparecía el lugar como un desierto, con sus peñascos bravos y deformes, ensombrecidos por los detritus verdes de las olas.

Hacinábanse en él los altos bergantines y los humildes barquichuelos. Los que un día fueron esbeltas balandras, andariegos faluchos, airosos pailebotes. Todos rotos, calcinados por el sol, carcomidos por el agua, con los enhiestos mástiles desmantelados, como si las agudas flechas del viento les hubiesen roto las alas.

Era un enorme cementerio, un tétrico osario de maderas, de altiveces, de sueños que habíanse disipado bajo el huracán bravío de la vida...

En las noches de invierno, cuando el viento silbaba entre las muertas moles varadas, había allí un estruendo ensordecedor, un alarido agudo de triunfo. Movíanse los viejos navíos y las ventrudas barcazas; agitábanse sus mástiles como crines al viento; gritaban, reían, lloraban, daban rudos zarpazos contra el suelo. Parecía que iban a encresparse, a lanzarse a las olas negras con las blancas velas abiertas, como un tropel de águilas o de cóndores. La playa adquiría un tono magnífico; el mar bramaba amenazador y estrellaba su furia contra la arena; brillaban más rojas las luces de los navíos anclados en el puerto. Hasta que nacía la mañana, alba, luminosa, como una paloma de paz. Y allí estaban los barcos rotos, quietos, mudos, con sus sarmentosas manos abiertas, con sus ojos trágicamente cerrados...

II

Todos los días venía el señor Tomás a la playa. Era un viejo alto, enteco, quijotesco. Andaba muy derecho, como un mástil. Vestía traje azul, de mar nocturno. Iba siempre muy rasurado. Sobre el ámbar del rostro, entre la alcantarilla de los labio, la pipa enorme trazaba una rúbrica azul.

Venía primero al viejo cafetín, local ancho, oscuro, sin más claridad que la de las mesas de mármol. En él las palabras sonaban como con sordina, ahogadas por el humo de las pipas, asustadas por su propia reciedumbre.

Viejos marinos — pilotos, timoneles, patrones de cabotaje — reuníanse allí a charlar de sus futuros viajes unos, de sus viajes pasados otros. Bajo las voces broncas, el absurdo cafetín tomaba movimientos de película. Parecía todo él una nave, con las velas de las mesas desplegadas, navegando por un mar de chaquetones y volutas azules. Las más opuestas visiones desfilaban ante su proa. Palmeras de Africa, brumas inglesas, islas doradas, rascacielos neoyorquinos, luminosidades latinas... Suspiros, quejas, añoranzas de las playas remotas, de los grandes puertos negros arrullados por el chapoteo verde de las olas...

Luego, a la salida del café, el señor Tomás dirigíase a la playa. Los que le veían pasar le saludaban respetuosamente:

—Buenas taldes, señol Tomá.

—Buenas tardes.

Apenas si los miraba, indiferente. No tenía ojos más que para aquel navío roto, deshecho, que se alzaba entre todos con un gesto alto y dolorido. Era la "Isabel", su barco, el más bonito de todos, el más marinero, con el que volaba bajo los cielos calmos, sobre las olas bravas... ¡Ah! ¡La "Isabel"!

III

¡Qué vieja estaba! Le acariciaba los muslos del costado en una caricia intensa, delicada, llena de unción..., como si hundiera sus dedos en los cabellos perfumados de la amada, como si en las extremidades de su mano hubiesen hecho nido una bandada de besos... La miraba con una mirada honda, indefinible, llena de ternura, llena también de lágrimas... ¡Qué vieja estaba! Su quilla, que tantas veces rasgara la luna lámina del mar, ahora se empotraba en la tierra, hundiéndola, horadándola, como si ella mismo pretendiera cavarse su fosa; sus mástiles habían desaparecido; sus velas habían volado..., ¡quién sabe adónde!..., acaso al cielo, que tantas veces tocaran, retadoras... Sólo quedaba la rueda del timón. ¡Era bastante! Estaba allí, sobre la popa, incólume, triunfante, con las huellas aún de sus manos, que tantas veces habíanse trenzado sobre ella, enérgicas y amantes a la par. ¡El timón! Era el alma de la fragata, su corazón, su cerebro..., toda ella rauda, majestuosa, resbalando dulcemente por el mar en calma, saltando sobre las olas tumultuosas, con las banderas del velamen desplegadas, con la trompeta del portavoz intimando a los vendavales...

El viejo timonel había rejuvenecido; sus ojos se cargaron por un momento de azul. Pero otra vez volvió el cansancio a su rostro y huyó la luz de sus pupilas. La balandra, antes blanca, era ahora negra, como una noche de borrasca en el océano. Y, al revés, la cabeza de él, oscura un día, era de nieve, de cal, de rostro de payaso, de hueso de cadáver... ¡Bah! El y la balandra no eran más que dos náufragos arrojados contra las rocas por el temporal de los años y de la vida.

IV

—¿Tampoco vino hoy?

—Tampoco.

Serrolte, el viejo patrón de la "Gaviota", arrugó el entrecejo.

—¿Qué le pasará? — murmuró, dirigiendo la pregunta más a sí mismo que a los demás.

El lóbrego cafetín estaba aquella noche invernal más lleno de humo que nunca.

Terció el marinero Ferri en la conversación:

—Creo que está malo — apuntó.

Valdivia, el timonel de la "Joven Lolita", dió un fuerte chupetazo a su pipa.

—¡Corcho! ¡Es de esperar! Cuando vararon la "Isabel" por vieja, por inútil, porque hacía más agua que una canal en día de lluvia, él se empeñó en quearse en tierra. Tonterías... Toavía estaba fuerte...

—¡Y tanto! — apoyó el Rata, marmitón de la "Joven Lolita".

—¡Cállate tú, corcho! Entre los atunes no se mezclan las sardinas.

El chicuelo quedó encogido, mirando fijamente a un punto colocado providencialmente en los ladrillos. Reanudó su discurso el timonel:

—Pues, como decía, toavía estaba fuerte, como ya quisierais algunos de vosotros, los que presumís de fuerza—añadió encarándose con un grupo de marineros jóvenes que jugaban al dominó y habían suspendido momentáneamente su tarea. — Pero él, aferrao a su vela, ¡corcho! ¡Cuidado que se lo advertí yo!... ¡Mía que te carenas, Tomá! ¡Que te vas al fondo! No me hizo caso. Se emperró en quear-

DEBER FILIAL

El hijo no tiene más que una manera de reconocer dignamente los beneficios de sus padres y de pagarles lo que les debe y es: perfeccionarse en la fe, si no lo está; en la moral si tiene malas costumbres; en la liberalidad, si es avaro; en la ciencia, si es ignorante.

BUDHA.

se en tierra, por aquello de que no había conocío más barco ni había tenío más cariño, ni más mujé, ni más hijo, ni más na que su *Isabel.* Se queó en tierra, y se carenó, ¡corcho!

Y dió un formidable puñetazo sobre la mesa.

—¡Pobre señol Tomá! — lamentóse el palero Ignacio.

Y Serrolte, con voz opaca, resumió la conversación en un término marinero:

—¡Es hombre al agua!

V

El día había amanecido gris, desapacible. Un viento húmedo habíase enseñoreado del ambiente, poniendo un trazo de difumino sobre los objetos. Luego, mediado el día, había aparecido un sol blanco, cadavérico, que dejaba una estela de palidez sobre las cosas. Pero habíase el viento retirado. El parque frontero al mar tenía la desolación enervante de las tierras africanas; daba una intensa impresión de cansancio, de mendigo trashumante que se recuesta en una cuneta del camino. Rodaban las hojas amarillas con un agrio chirrido de falda de seda restallante. Los gigantes pinos, los delgados eucaliptos, las blancas acacias y las esbeltas palmeras ofrecían sus ramajes enjalbegados de polvo. Y, al fin, a la noche, estalló la tempestad, brava, ruidosa, jaranera, llena de voces broncas y de silbos estridentes, como si en ella habitase una legión de serpientes voraces, como si en su seno durmiese, pespertando de pronto, una manada de lobos famélicos, con las resecas fauces abiertas, con el cuerpo pronto a saltar sobre unos enemigos invisibles.

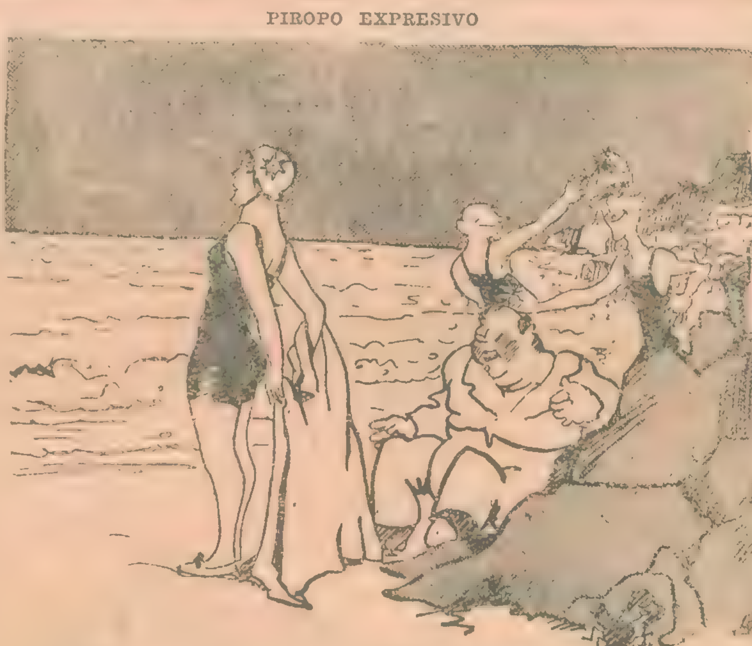
En la bahía, las olas negras saltaban alborotadas, estrellándose contra la quilla de los vapores, saltando sobre los muelles, salpicando de espuma los tinglados. Gritaban las sirenas, oíanse roncas maldiciones y potentes voces de mando.

—¡Forzad las amarras! — gritaban desde todas las embarcaciones, con una voz aguda, escalofriante, que rasgaba el espacio como un puñal.

Y a la imperativa voz del peligro sucedía un crujido de cadenas y el golpe seco del ancla contra el fondo.

Y, de pronto, a la lívida luz de los relámpagos, surgió un hombre junto a la "Isabel". Asióse a la borda de la balandra, suspendióse sobre las manos, penetró, al fin. Gateando casi a rastras, llegóse a la rueda del timón. La aprisionó fuertemente..., estrechándose contra ella en una caricia larga, deseseperada. Era el señor Tomás. Allí quedó, asido a la rueda, insensible al frío húmedo de la noche, a los rugidos de los truenos y de las olas, con la mirada perdida en el mar. Poco a poco se fueron cerrando sus ojos y amortiguándose los latidos de su pecho. Tenía una expresión tranquila, serena, como si soñase en que la "Isabel" estaba fuerte y en que él corría con ella por el mar azul, bajo los cielos calmos, sobre las olas bravas, en un viaje más largo que todos..., ¡en el último!

PIROPO EXPRESIVO



EL GORDO.—¡Con una mujer como usted, me quedaba yo en los huesos!

Origen del aguinaldo y su etimología

La palabra "aguinaldo", tan corriente en estos días, es palabra española, pero procedente de Francia, que la adoptó de los antiguos dialectos bretón y escandinavo.

La estructura de esta palabra se halla íntimamente enlazada con prácticas emblemáticas, consignadas en libros sagrados de cultos y religiones que han dejado de existir sobre la haz de la tierra.

Para los antiguos galos, así como para los demás pueblos de origen címbrico, la recolección del muérdago de la encina, que tenía lugar el 1 de enero, era una de las fiestas más solemnes. En semejante ocasión los sacerdotes druidas, seguidos del pueblo en masa, se dirigían hacia los bosques situados entre Chartres y Dreux, lanzando esta exclamación: "¡Al gui del año nuevo!". "Gui", como no ignoran nuestros lectores, es el nombre francés del muérdago.

La fiesta comenzaba con esta procesión. De ella formaban parte los bardos, cuyo oficio consistía en cantar los himnos en los sacrificios, y los eubagos, que eran los sacrificadores y adivinos. Detrás de éstos seguían dos toros blancos destinados ál sacrificio. A continuación, un heraldo de alba vestidura y tocado con un sombrero de plumas en forma de alas, conducía en su mano un ramo de verbena rodeado de serpientes y capitaneaba a los novicios o jóvenes que aun no habían recibido la iniciación y se hallaban dispuestos a adquirirla.

Los tres druidas más antiguos iban delante de estos neófitos; uno de ellos llevaba el pan que debía ofrecerse; el segundo, un vaso de agua, y el tercero, un bastón rematado en una mano de marfil. El pontífice rey, o gran sacerdote, vestido, igualmente, de blanco, caminaba a pie cerrando el acompañamiento con el resto de la nobleza y druidas del pueblo.

Cuando la procesión había llegado al pie de la sagrada encina de donde iba a cortarse el muérdago, el gran sacerdote entonaba una plegaria, quemaba el pan, y derramando el agua sobre el fuego, repartía aquél entre los circunstantes.

Subía en seguida al árbol, y con un tranchete de oro cortaba el muérdago, que caía sobre la túnica de uno de los druidas. Este lo exponía a la veneración pública sobre el altar.

El gran sacerdote bajaba luego del árbol, recitaba una oración corta y daba por terminada la ceremonia con el sacrificio de los dos toros y distribución al pueblo, por vía de aguinaldo, de fragmentos del muérdago que poco antes había sido cortado.

De aquí provino, sin duda, la costumbre entre los bretones de llamar "gui-llán" a los regalos que se hacen mutuamente en los primeros días del año.

Todavía en nuestros días, en algunas poblaciones cercanas a Burdeos, los jóvenes, vistiendo sus más nuevos atavíos, se dirigen en masa, el primer día de enero, a cortar ramas de encina, con las que tejen coronas que colocan sobre sus sienes entonando canciones que ellos llaman "guilanos". Si a esta palabra añadimos la partícula "al", que era el llamamiento de los druidas cuando exclamaban: "¡al muérdago, el año nuevo!" ("au gui l'an neuf!"), sacaremos la voz corrompida "aguilanos", que, trasladada a nuestro idioma, vino a significar con "aguinaldo" los presentes de Pascua.

El dolor de los viñedos

En la soledad de los valles arenosos, Tú nos pusiste, Señor, para solaz y protección de los buenos montañeses. Sombreando las casitas rústicas, verdeando en los huertos humildes, bordeando las acequias cantarinas, nuestros brazos se entrelazan amorosos para ofrendar sombras y rumores y prometer frutos y canciones.

En la paz, sin igual, de los crepúsculos serranos, sentado a la puerta de su cabaña, el labrador sueña con la madurez de los verdes racimos, maná de su mesa y bendición de su hogar.

Nuestras hojas, anchas de bondad, guardan el secreto de su ilusión y el color de su esperanza...

Pero el estío es cruel, Señor. En las siestas caliginosas el sol finge llamaradas en el aire y su ardor implacable nos roba savia, nos arrebata vida... Y el agua de la tierra es insuficiente...

Y así nuestras guías se doblan mustias, y las hojas, tristes, apenas responden al halago de las brisas. Los racimos tienen sed y los vástagos se retuercen impotentes para aquietar su agonía. El agua de la tierra es insuficiente y aguardamos el agua de tu cielo, Señor. Pero las nubes se alejan, se alejan siempre... y nunca llega el bautismo de tu lluvia, Señor.

Si ayer, al primer anuncio de los brotes nuevos, lloramos dulces lágrimas de dicha... Señor, ¿desprenderemos hoy nuestros granos, apenas cuajados, en desolado llanto de muerte?

Los niños ríen inocentes aguardando la alegría de la vendimia, los frutos dulcísimos, los lagares repletos. Las mujeres rezan...

Señor: las nubes se alejan, los labradores lloran... ¡Señor, piedad!

ROSA RIO.

Chilecito (La Rioja).

El beso de honor de una princesa

Por Mateo Bandello

Carlos VII, rey de Francia, tuvo un hijo llamado Luis, más tarde el onceno de este hombre, el cual libertó el reino de Francia de la larga y ruinosa opresión de los ingleses, que lo habían saqueado y casi destruído en su mayor parte; y además de esto, de tal manera supo reducir a los barones rebeldes que con las pasadas discordias se habían hecho a vivir con licenciosa libertad, que no quedó magnate o señor, por grande y poderoso que fuese, que se atreviera al menor gasto o palabra cuando veía a un ministro de la corte; que era la voluntad de dicho rey, obtener para sus oficiales la misma reverencia que a su persona se tributaba.

Ahora bien; todavía siendo Delfín de Viena, título y principado de los hijos primogénitos de los reyes de Francia que han de suceder a la corona, ese Luis se casó con Margarita hija del rey de Escocia, mujer de bellísimas prendas y real presencia, de exquisita educación y gran riqueza, de ánimo elevado y sutil perspicacia, y tan bien adornada en fin, de todas aquellas dotes que convienen a una dama real como lo era ella, que en su tiempo gozaba fama de ser la virtuosa y discreta señora de su reino.

Distinguíala de todas estas nobilísimas partes, su inclinación y acierto en honrar a los hombres de valer así en letras como en las demás artes, y hacíalo con admirable bondad y seductora lisonja, que jamás hubo quien, valiendo por su saber recurriera a ella en balde.

Vivía por entonces en la corte, maese Alano Carretieri, hombre entendido en muchas ciencias y el más elegante escritor francés de aquel tiempo, tanto en prosa como en verso, de suerte que por todos era llamado el padre de la lengua galicana y tenido por tal razón en gran reverencia del rey y de los vasallos. No se metía el tal a celebrar en sus versos a una dama con preferencia a otra, sino que todos los días componía algunas rimas dedicándolas alternadamente ya a una gran señora, ya a un joven doncel, según se los inspirba una frase que oyese o una acción que observase, dignos a su entender de ser celebrados; y estos versos recitaba luego con suavísimo y claro acento. Madama la Delfina gustaba grandemente de conversar con él, como discretísimo interlocutor y sabio hablista que era; pues no se hallaba en la corte otro que mejor supiese narrar un sucedido, ni que con más finura acertase a decir una chanza siempre que a ello se veía requerido. Con igual deleite leía la Delfina las composiciones de maese Alano, honrándole a todas horas y celebrándole sin medida.

Y aconteció un día de los calurosos del estío, que a la hora de la siesta, vencido del sueño, maese Alano se quedó dormido en el salón, sobre un banco en el cual se había sentado para reposar de la fatiga de su vegez y de la vigilia de la precedente noche, que no la había dormido toda. Ocurriósele a la Delfina salir a aquella hora de su cámara y pasar por el salón; al hacerlo descubrió a maese Alano que dormía y no bien lo vió, aproximóse a él, hizo con la mano señal a los que le seguían, para que no moviesen el menor ruido, ni de otro modo despertasen al poeta, e inclinándose medrosamente sobre él, le dió bonitamente un beso en la boca sin turbar ni por un segundo su placidísimo sueño.

Al mirar esta noble y distinguida acción, muchos de los allí presentes, emponzoñados por el pestífero sentimiento de la envidia, se dirigieron a la Delfina y dijéronle:

—Señora, ¿cómo habéis tenido valor para besar a ese hombre tan feo y tan deforme?

Y fuerza es consignar, que era, en efecto, maese Alano, aún aparte su vejez, que siempre es poco atractiva, un varón de rostro muy feo y casi, casi, atemorizante.

Madama Margarita volvióse a los que de aquel modo la interpelaban y les dijo así:

—Vosotros, salvo vuestro respeto, cometéis gran villanía reprochándome lo mismo que, si fuérais cuerdos, tendríais que haberme alabado; pero sois unos necios, y no sabéis ver aquí más que estas apariencias exteriores. Que no hemos Nos besado esa boca que tan fea os parece, antes con nuestro beso hemos prestado reverencia y honor a la bellísima boca del preclaro ingenio de este divino poeta y fecundísimo decidor; esa boca de la cual todo el día sin cesar manan perlas y rubíes, y tantas piedras preciosas de elocuencia con que se enriquece nuestra habla galicana. Y yo os doy palabra de que mil veces preferiríamos ver nuestro nombre mezclado con sus doctos y bien limados versos y con los períodos de su elegante prosa y en ellos vernos celebrada, que ganar los títulos y las grandezas de un ducado. Que Nos abrigamos la firme creencia de que así, sus escritos ilustres nos librarían del olvido de los que tras de nosotros vengan, cuando la muerte ya haya reducido a triste polvo este cuerpo flaco y perecedero. Ellos, los escritores, son los que perpetúan la memoria de todos aquellos que le han merecido mención en sus escritos; e infinitos son los que hoy alcanzan renombre y sobreviven a su muerte en nuestra memoria, sin que se le deban a otros que a los poetas e historiadores que les han mentado, sacándoles de las tinieblas del olvido en que de otro modo yacerían sepultados. Hemos tenido, pues, por cosa justa, agradecer a maese Alano la merced que le debemos, de habernos nombrado algunas veces en sus versos, gratitud que en igual medida le deben todas las damas a quienes de continuo anda en la corte celebrando. El rey, nuestro suegro y señor, y monseñor nuestro consorte, la han remunerado largamente en dones y bienes de fortuna; Nos hemos querido honrarle en la forma que más grande honor repres[illegible] entre nosotros. Y sépase, [illegible] uando sea costumbre de [illegible]e reino, que varones y hembras se besen familiarmente, los pares nuestros, sin embargo, no suelen dejarse besar sino de personas reales y de algún príncipe extranjero, que de muy alta extirpe provenga. Y es que no menor, ni menos distinguida muestra ha parecido a Nos conveniente testimonio para honrar el saber y la elocuencia de tal alto varón, cuyas luces merecieran haber brillado en aquellos antiguos tiempos, cuando la ciencia alcanzaba el debido premio y merecido honor, como lo relatan las historias, henchidas de brillantes ejemplos.

Divulgóse en seguida por la corte, cuanto había dicho y hecho la Delfina, y no quedó hombre cuerdo que dejase de calificar aquel proceder, de sabio, cortés y digno de un generoso y noble espíritu. Maese Alano vióse desde aquel día aun más respetado y tenido en estima que antes lo era, pues propagado el conocimiento de su valor y mérito, con las palabras y el acto memorable de la Delfina, todo el mundo dentro y fuera de la corte se sintió poseído de reverencia por él, y honraban su nombre, y le dedicaban toda clase de acatamientos.

SENTENCIAS

* *El lenguaje del condenado tiene palabras, pero no fuerza.*

* *El bien que se ha podido dar, puede recobrarse.*

* *Del enemigo no debes hablar mal, sino pensar mal.*

* *Deliberando se aprende la sabiduría.*

* *Toma lo que te conceda un día, porque otro te lo arrebatará.*

* *Debe despreciarse todo lo que puede perderse.*

* *El mayor consuelo es no tener culpa.*

* *Difícil es conservar lo que agrada mucho.*

* *Los peores consejeros son el deseo y la ira.*

* *Dividido, se apaga más pronto el fuego.*

* *Grato es el recuerdo de los males pasados.*

* *El dolor del alma es más grave que el del cuerpo.*

* *Sustraerse a las pasiones es vencer un reino.*

* *La paciencia es el puerto de la miseria.*

* *Debe llamarse pérdida a la ganancia realizada a expensas de la fama.*

* *Oirse censurar, y obrar bien, es comportarse como rey.*

* *La multitud adopta siempre el peor partido.*

* *Cuando se vive feliz, se está en excelentes condiciones para morir.*

* *Frecuentemente es un mal acostumbrarse al bienestar.*

* *Conveniente es cumplir la palabra hasta con el culpable.*

* *Reconvenciones cuando se necesitan socorros, es condenar a morir.*

PUBLIO SYRO.

JOSE GOMEZ



Un nombre que así, a golpe de vista, no dice nada.

Alguien se preguntará: ¿Quién es Gómez? Y rememorando recordará el caso estupendo de un actor que representó "Los espectros" más de setenta veces seguidas. Y "Los espectros" fué la obra que mató al gran actor Talaví, al eximio intérprete de los dramas fuertes y hondos. Un caso de resistencia estupenda que asombró a la prensa diaria, fué el de José Gómez.

Gómez, que siempre había actuado en los teatros de provincias, que había recorrido pueblos y aldeas, respirando el tonificante pampero, llegó a la capital lleno de bríos. Se lanzó a la batalla con la muerte y venció. Más de setenta noches el público llenó la sala del Marconi.

Gómez, después de quince años de actuación en los teatros del país, fué una revelación sorprendente.

Más tarde alcanzó gran éxito con "Juan José" y "Muerte Civil", obras donde fueron puestos a prueba formidables actores europeos, gloria de la escena mundial.

Cuando estas líneas salgan a luz, Gómez se hallará en Mar del Plata, donde hará una buena temporada. Dará veinte funciones.

Este actor interpretó protagonistas de varias obras nacionales, entre ellas "Alma Gaucha", de Alberto Ghiraldo, —que fué donde pudimos apreciar las altas cualidades interpretativas de este actor, que es nuestro.

La fotografía que publicamos no nos da la vera efigie del Gómez de hoy, en cuyo semblante hay menos frescura. Quedan, en su rostro, las huellas de las obras fuertes que representara.

¿Volverá Gómez a Buenos Aires? Difícil. Siente nostalgia de las aldeas y de las ciudades chicas.

Que continúe su noble misión; que siga haciendo conocer, en todos los rincones del país, las obras más hondas.

Eso es sembrar cultura artística.

L. A. BAZZANO.

LAS MUJERES

Por S. Ramón y Cajal

Procuro ser justo con el bello sexo, y sin embargo encuentro en él algunas debilidades que me desconciertan: una de ellas es esa comezón irresistible de lucir alhajas valiosas y trajes costosísimos.

Semejante afición a los anillos vistosos y a los alfileres fulgurantes, me la explico mejor en el hombre que en la mujer. Responden a un movil utilitario: son los arreos y las armas del seductor. Goethe se mostró psicólogo sagaz al significar que las ingenuas Margaritas ríndense mejor al brillo de los diamantes que al perfume de las flores.

¡Pero en la mujer casada...!

¿Es que las ricas joyas constituyen el espejuelo de cazar alondras o de atraer palomos torcaces?

No; suponerlo fuera, además de inexacto, injurioso.

¿Revela el insano afán de causar, según opinión corriente, envidia y despecho a las amigas y conocidas?

Ello sería muy humano, pero poco piadoso, tratándose de damas irreprochables.

Prefiero creer en una exigencia imperiosa del instinto ornamental, que ya Heriberto Spencer advirtió en los salvajes, donde hasta la sucinta indumentaria representa codiciado atavío. Nuestra cara mitad propendería, pues, a constelar sus orejas, cuello y manos, con perlas, oro y pedrerías, con la misma inconsciencia con que se adornan de policromas plumas o de nacaradas escamas, respectivamente, el loro y la mariposa.

Hay, empero, una diferencia esencial en contra de la mujer: el decorado de flores y de aves es obra espontánea y gratuita de la naturaleza, y las joyas femeninas representan creaciones del arte que, en ocasiones, arruinan al amante o al marido.

La risa en el hombre sólo tiene una acepción o, a lo más, dos: el contento y la ironía. Pero en la mujer constituye casi un diccionario. Con ella lo expresa todo, con la ventaja inestimable de no soltar prenda y estar dispensada de pensar.

Si, como lo ha dicho Bufón, la risa es privilegio del hombre, convengamos en que la mujer es lo más humano que existe.

Las pobres mujeres son víctimas resignadas de la moda, a la cual se adaptan, sin tener para nada en cuenta sus defectos físicos y el tono de sus cabellos y piel.

La tiranía de los modistos parisienses impuso, hace algunos lustros, a nuestras bellas, la exhibición de *clavículas* y *pectorales*.

En el teatro y en las *soirées* exigía, y creo que exige, amplio y rasgado descote posterior (amén del provocativo anterior), revelador de la *columna vertebral*, los *trapecios* y los *omoplatos*. En otras ocasiones ha decretado la desnudez del brazo hasta el *deltoides*. Ahora priva la moda de lucir por calles y paseos el *tendón de Aquiles* y el *cuadriceps de la pierna*, bien que velados por sutilísima tela de araña; con lo cual, muchas infelices, ignaras en cuanto a estética femenina, en vez de torneadas pantorrillas, ostentan fúnebres canillas o exageradas redondeces. Si la imposición de los modistos sigue por este camino, ¿qué extensión de anatomía inédita quedará reservada al futuro marido? ¿Cuál será en lo porvenir el paralelo del pudor?

Huye de las jóvenes frívolas y pretenciosas que sueñan con trenes lujosos, trajes deslumbradores y joyas rutilantes. De cien veces, las ochenta son cortesanas en estado de canuto.

Reserva, en cambio, tus homenajes para las doncellas modestas que adoran a los niños, y se entregan alegres al tráfago del hogar y a las inexcusables exigencias de la higiene casera. Y ten por seguro que las muchachas cuyo orgullo se cifra en tener la casa como una "tacita de plata" suelen tener también un corazón de oro.

Cómo se va la vida

¡Cómo se va la vida! ¡Con qué enorme tristeza
al mirarme al espejo busco cada mañana
el hilo inevitable de la primera cana
y el surco prematuro que ajará mi belleza!

¡Cómo pasan las horas!, yo las siento una a una,
desfilar por mi lado lentas y silenciosas,
deshojando mis sueños como pálidas rosas
bajo la misteriosa sonrisa de la luna.

Juventud que te alejas con tus tiernos capullos,
tus suspiros ardientes, tus divinos arrullos,
tus quimeras doradas y tu loca embriaguez,

hoy que dejas en mi alma tu caricia postrera,
vacilante y llorosa, yo no sé lo que diera
por sentirte en mis venas y apresarte otra vez...

ROSARIO SANSORES.

MI CANCIÓN

Mi canción te envolverá con su música, hijo mío, como los tiernos brazos del amor. Te tocará en la frente, cual un beso de bendiciones.

Si estás solo, se sentará a tu lado y te hablará al oído; cuando estés entre la gente, te cercará, para alejarte de ella.

Mi canción, cual las dos alas de tus sueños, se llevará tu corazón hasta el fin de lo inefable. Cuando la noche negra se tienda en tu camino, mi canción, será sobre tu cabeza, como una estrella fiel. Se sentará en la niña de tus ojos y guiará tu mirar al alma de las cosas.

Cuando mi voz enmudezca con la muerte, hijo mío, mi canción te seguirá hablando en tu corazón vivo.

RABINDRANATH TAGORE.

Peces portadores de luces

Se ha venido diciendo desde tiempo, que en las profundas regiones del mar reinaba el frío y la oscuridad, regiones inhabitadas donde la vida era imposible; pero en el siglo pasado, la flota del príncipe Alberto de Mónaco nos ha hecho conocer las sombrías profundidades del océano.

Estas exploraciones han demostrado que hay peces en todas las profundidades, hasta seis y siete mil metros bajo la superficie de las aguas.

Los peces que nadan en la superficie del mar son generalmente de un azulado metálico por el dorso, como defensa de las aves que se alimentan con ellos, y de un color blanco plateado por la parte inferior, para hacerse invisibles de los enemigos que nadan bajo ellos, a cuyos ojos aparecen del color del cielo.

LUZ SIN CALOR

Los peces que viven cerca de la orilla tienen varios colores, de acuerdo con el medio en que viven, colores que les sirven para pasar desapercibidos. Los pececillos de brillantes colores se encuentran nadando entre los arrecifes y bancos de coral de los trópicos. Estos seres no necesitan de color protector, pues tienen hendeduras y escondites múltiples entre los corales.

Entre las rocas y algas a pocas profundidades los peces presentan colores azulados, verdosos, pardos; a la profundidad de las algas rojas abundan los peces de rojo colorado; más abajo toman el de púrpura oscuro, y a mayor profundidades aparecen negros, color dominantes desde los trescientos metros de profundidad en adelante.

El primer pez de estas grandes profundidades fué pescado en 1810, criatura completamente negra, de grandes ojos, con manchas blancas en el cuerpo que en vida despedían luz. Se le dió el nombre de Myctophum, queriendo significar "luz nocturna"; después se le bautizó con el de Nyctophos.

Después se ha pescado infinidad de variedades de este tipo, que abunda en todos los mares, pero siempre a grandes profundidades. Casi siempre se pescan durante las tormentas, que los empujan hacia la superficie.

Se les conoce con el nombre de "peces linterna" porque sus manchas blancas despiden fulgores luminosos en la oscuridad. Su luz no despide calor; por eso se encabeza estas columnas con el título de "Luces frías del mar".

Todos ellos tienen ojos muy grandes y encuentran sus rutas en el mar por las linternas de que van provistos, focos de luz colocados en diferentes partes del cuerpo, según las especies. Generalmente van colocados en hileras a los lados del cuerpo o en la cabeza. En dos especies las luces van al frente de la cabeza, cubriendo toda ella.

Las manchas o puntos luminosos se conocen con el nombre de fotóforos o "portaluces". En la mayor parte de los casos éstos son redondos y pequeños, del tamaño de la cabeza de un afiler, ya en prominencias como granitos, ya hundidos en la piel. Cada uno de ellos contiene, por lo general, un brillante reflector.

A veces cada fotóforo se divide en pequeñas secciones que adoptan la forma de la letra griega delta.

La mayor parte de la sustancia del órgano luminoso es granular, y segrega una sustancia que a veces es más o menos luminosa, y, aunque esta luz sea producida por oxidación, no desarrolla calor alguno.

NO ES PRODUCIDA POR BACTERIAS

Muchos de los fenómenos de fosforescencia, como los producidos por la madera podrida o por la carne y huesos de la merluza y otros pescados, son debidos a la presencia de bacterias luminosas; pero con los fotóforos de los peces no es así. Recientes estudios han demostrado que todas las luces animales se deben a dos sustancias llamadas luciferina y liciferasa. La primera es un combustible; la segunda, un fermento necesario para la oxidación o para la combustión que produce luz fría, sin producir ondas caloríferas. Es de esperar que con el estudio de la luciferasa se encontrará la manera de producirla artificialmente, y, por lo tanto, luz fría.

Según parece, nada de común hay entre los órganos productores de luz de las luciérnagas y otros insectos análogos. Además, parece evidente que los cinco tipos de estructuras fosforescentes que se encuentran entre los peces obedecen a una necesidad común y no a una herencia común. Aparecen en diferentes grupos de peces sin aparente relación de uno a otro, pues cada grupo desarrolla su estructura particular.

Otro tipo de linterna completamente distinto, tanto en estructura como en el fin a que obedece, nos lo muestra el cebo que presentan unas pocas especies de peces que habitan en las grandes profundidades del mar, que llaman peces pescadores y diablillos del mar.

En estos peces, la primera aleta dorsal se alarga y prolonga hacia adelante y lleva en su extremidad una serie de tentáculos en forma de pluma. En el centro de este cebo hay una glándula luminosa. La suelen inclinar hacia adelante de su enorme bocaza y los peces que acuden a la luz son devorados rápidamente.

Un tercer tipo de órgano luminoso ha sido recientemente hallado en el "Malacocephalus laevis", pez de las grandes profundidades, que fué examinado en el fondo del mar en la zona que se extiende entre el occidente de Marruecos e Irlanda, en donde el rápido declive de las costas les permite llegar a grandes profundidades en poco tiempo.

Este pez pertenece a los Macrúridos, que se caracterizan, entre otras cosas, por su larga cola, que recuerda la de una rata. Tiene unos cuarenta y cinco centímetros de largo y vive a enormes profundidades. La linterna es una glándula bastante grande, colocada en la piel del abdomen. Si esta glándula sufre una presión cualquiera, despide una materia luminosa en abundancia. Todo lo que esa secreción toca lo envuelve, se pega al objeto que, a su vez, despide luz: la red, las manos del pescador, las bordas de la embarcación despiden un resplandor azulado. Si el pez se vuelve a arrojar vivo al agua, en el punto de contacto de aquél con la superficie se forma un disco luminoso del tamaño de un plato sopero, bajo el cual desaparece el animal. Con la luz producida por esta secreción mezclada con agua, se puede leer en la oscuridad un periódico de letra menuda.

PECES CANTORES

Hay un cuarto grupo compuesto de unos pocos peces que habitan en las profundidades de los mares tropicales, llamados "Anomalópidos", que tienen grandes manchas luminosas a los lados de la cabeza, compuestas, al parecer, por bacterias luminosas como las de las luciérnagas.

Otro tipo diferente de fotóforos lo encontramos en el pequeño grupo de los "Porichthys", conocidos en California con el nombre de peces cantores. Este nombre se debe al ruido que producen al acumular aire en la vejiga natatoria, ruido que, más que canto, parece un gargarismo o gruñido. Sus fotóforos son esféricos, de un blanco brillante, y cada uno se compone de cuatro partes, la lente, la glándula, el reflector y el pigmento.

Los "Porichthys" pertenecen a la familia de los peces sapos y no viven en las grandes profundidades, pues no sienten la misma necesidad de luz artificial de los peces linterna.

Si las especies de las costas de California que viven en aguas poco profundas son de color pardo, pero no negras, de carne y piel duras, las especies de Panamá viven en grandes profundidades, su color es negro y su carne más fofa.

En las condiciones de vida ordinarias, los "Porichthys" no emiten luz; pero ésta aparece muy brillante si se le estimula con amoníaco o por una corriente eléctrica.

Hay otro quinto tipo bien diferente de peces luminosos, también habitantes en aguas muy profundas. Uno de estos animales, el "Etmopterns lucifer", de unos treinta centímetros de largo y piel como el azabache, se encuentra, aunque no en gran abundancia, en el Japón; uno de ellos, magnífico ejemplar, fué pescado hace poco tiempo en la bahía de Sagami.

El naturalista ruso Pedro Schmidt, hizo en Misaki un dibujo de uno de estos peces en medio de la oscuridad de la noche, alumbrado por la luz que despedía otro ejemplar de la especie.

Esta potente difusión de luz verdosa se ha notado en otros pequeños tiburones de aguas profundas, especialmente en el poco conocido género de los Isistius, en los cuales no se ha podido aún descubrir la estructura que produce su luminosidad.

La gran serie de fenómenos de luz fría en las aguas del mar es sumamente interesante y ofrece ancho campo a la investigación, así como la de sus afines peces torpedo o grimotos, que producen formidables descargas eléctricas.

Júpiter y la abeja

Por haberle regalado a Júpiter cierta abeja un plato de sabrosa miel, ofrecióle el dios que le concedería una gracia.

—Quiero — dijo ella — que la herida de mi aguijón sea venenosa, para castigar a los hombres que me persiguen.

Júpiter, que amaba al hombre, sintió haber ofrecido tan de ligero; mas obligado a cumplir su palabra, añadió a la abeja:

—Venenoso será tu aguijón, como lo pides; pero cuida de usarlo con parsimonia, porque la primera vez que lo claves perderás la vida.

TZU-KUNG

Por María Alicia Domínguez

(Del libro "*Idolos de bronce*", recientemente aparecido).

Sucedió que perdida la confianza del marqués de Lu, a causa de los envidiosos manejos del señor de un Estado vecino, Confucio salió a peregrinar por los caminos del Celeste Imperio. Estaba ya cansado de ver florecer los cerezos cada primavera y su cuerpo se sentía atraído hacia el lecho de tierra. Con su sagaz razón y su sutilísimo conocimiento de los hombres y de las cosas, iba meditando sobre la ingratitud del Marqués, cuyo estado él moralizara, e hiciera florecer.— De veras — se decía el filósofo — repitiendo aquello mismo que en una ocasión dijera a sus discípulos: "Nunca he encontrado un carácter verdaderamente fuerte". Y de la debilidad del hombre, nacen todos sus defectos. Mi protector ha sido débil al dejarse envolver en la red sutil de su vecino envidioso que veía prosperar demasiado el pequeño reino sometido a mi administración. Yo, a mi vez, soy débil porque no le perdono su ceguera. — Y el maestro, iba sonriendo para sí, mientras adelantaba camino por avenidas polvorientas, bordeadas de cedros antiquísimos entre cuyo verdor oscuro relucían al sol las pagodas de porcelana verde y amarilla salpicadas de oro.

Al cabo de largo andar y sintiendo que el cansancio pesaba sobre él, se tendió bajo un árbol, quedándose profundamente dormido.

Y soñó hallarse en el corazón de un bosque milenario y silencioso, surcado por raudales de agua muerta. Entre el ramaje, acechaban los ojos de fuego de monstruos de piedra y bronce, animados de una extraña vida hostil; y más lejos, se levantaba la mole de un antiquísimo templo.

En su sueño, el sabio se contemplaba, vencedor de todas las acechanzas de la selva fantástica, penetrar al sagrado recinto en cuya penumbra, los ídolos parecían sonreirle entre las altas columnas de laca roja y las pesadas colgaduras de seda amarilla. Y se veía avanzar hasta detenerse frente a un altar sobre el cual en letras de oro aparecía escrita una de sus sentencias: "La Literatura de lo porvenir, será la literatura de la piedad".

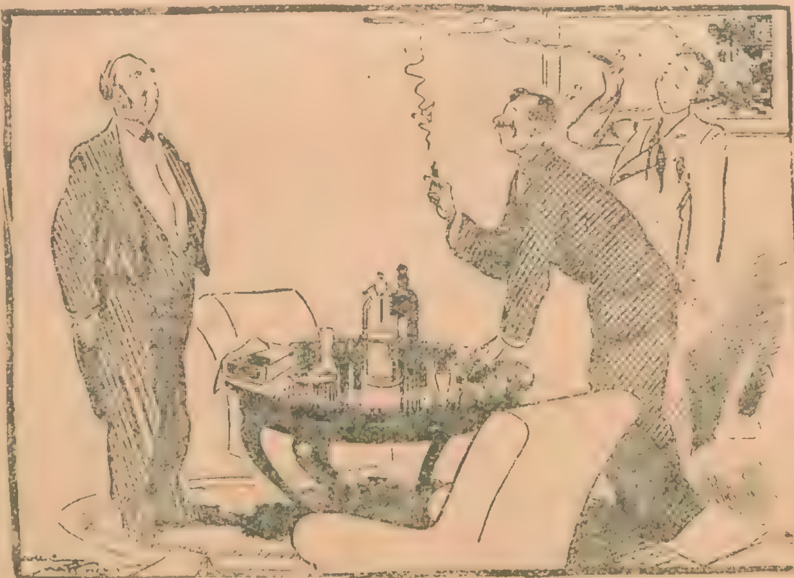
II

Cuando Confucio despertó de su sueño, era ya de noche. Y la sombra sutilmente extendida, desdibujaba los contornos de los árboles. Repuesto de su fatiga, levantóse y prosiguió el camino. Un júbilo de niño le alborozaba interiormente. Y en el aire nocturno que olía a cedros mojados de rocío, le parecía beber nuevamente su confianza ingenua en los hombres y en las cosas. Pensaba: *Nunca me he atribuido origen divino ni trato con los dioses*, pero acabo de tener un sueño que me descubre algo muy bello: no en vano habré arrojado por los caminos del mundo, la semilla de mi buena voluntad. Y siendo así, ¿qué importa el mayor o el menor agradecimiento de los seres? A todo esto, alcanzó a pasar frente a la casa de uno de sus discípulos más amados y como vió la luz que se transparentaba en celeste pálido a través de la seda azul que revestía una de las ventanas, decidió detenerse allí a fin de pasar la noche. Y llamó a la puerta del que amaba muy de veras:—Yen-Yuan, soy yo, el Maestro!

Pero no obtuvo respuesta. Entonces repitió: Abre, Yen-Yuan; vengo emigrando de Lu a través de todos los caminos y estoy cansado.

Lentamente se abrió la puerta y en el vano apareció la alta figura pálida del discípulo, sosteniendo en alto una lámpara que irradió su luz sobre el rostro de Confucio. Pero ni la más leve emoción conmovió el gesto de Yen-Yuan, que se limitó a decir:

—¿Qué buscas en mi casa, señor? Yo no te conozco.



—¿Llamaron los señores?
—Sí. ¿Quiere decirnos cuál de los dos vive en este hotel?

—¿Que tú no me conoces? — preguntó a su vez el filósofo con asombro. — ¿No te he iniciado yo en el conocimiento del Ta-Hio, del Gran Estudio?

—No venero más escuela filosófica que la del sabio Lao-Tseu. Estás equivocado: sigue tu camino, señor.

Y la alta figura de Yen-Yuan desapareció, cerrándose la puerta tan silenciosamente como se había abierto.

—No ha querido reconocerme, tal vez temeroso de caer en desgracia con el señor de este reino — pensó el filósofo prosiguiendo su camino. Y sentía una amargura inmensa, sorprendido por primera vez ante la más dolorosa de las ingratitudes: la de aquellos a quienes se ama y en quienes se espera porque se confía.

Pero, resuelto como siempre, a sacar una experiencia aún a costa de una desilusión, se dirigió a casa de su rico discípulo Chang. Era noche de fiesta en la espléndida morada. Los faroles de papel pintado vertían luz dorada, luz rosa, luz verde sobre los tapices de rica seda. Y en jarrones de porcelana languidecían lirios morados y lotos blancos.

Sintiéndose cohibido frente a aquella atmósfera de color y de perfume, Confucio recordó que el soberano de Tsi no había querido confiarle nunca un alto puesto en su estado, por considerarlo poco distinguido.

—Dí a tu señor que el Maestro desea hablarle — murmuró casi al oído de uno de los servidores que pasó rozándole. Y reconociendo él mismo timidez en su pedido, retiróse con humildad, a la penumbra, fuera del círculo de luz.

Al cabo regresó el emisario:

—Dice mi señor que no le es posible hablar contigo porque debe hacer los honores de su fiesta; pero que si así lo deseas, puedes pasar la noche en su palacio, siempre que sigas viaje mañana al rayar el día a fin de que nadie te vea salir de aquí.

Esta vez el filósofo sonrió ya con menos amargura.

—Contestarás a tu señor — dijo irguiéndose en su túnica de seda blanca — que mi última enseñanza para él es esta: No hay bastante oro sobre la tierra como para que el injusto compre la virtud que no nació con él.

Y volviéndose con digno continente, siguió su camino. Llevaba mucho menos dolor. Tal vez porque el alma como a todo, se habitúa a recibir heridas. Sólo que mirando la noche azul y estrellada se le ocurrió pensar en la posible inutilidad del sacrificio de todos aquellos años de juventud y de entusiasmo, dedicados exclusivamente a predicar el bien y a exaltar la moralidad de reino en reino. Desde los días lejanos en que el gran Lao-Tseu, a quien fuera a visitar, formara un concepto mezquino de su capacidad filosófica, hasta la hora en que perdidos sus esfuerzos fuera expulsado injustamente por su protector.

Pero de pronto, el recuerdo de su hermoso sueño presentóse a su alma como una suprema visión consoladora. Y fortalecido, encaminó sus pasos a la morada de su sabio discípulo Ma-Niu, versado en las antiguas escrituras sánscritas y mandchúes. El que conoce el alma y medita sobre la Eternidad ¿cómo no tendría para el que fué su maestra la palabra cordial?—pensaba el desengañado. Y débilmente llamó a la puerta de su última esperanza.

Una voz de adentro, le instó a que pasara.

Casi con timidez traspuso el umbral y penetró en la casa. Ma-Niu, ensimismado en la lectura de viejos manuscritos levantó la cabeza al verlo entrar. Y una sonrisa animó su rostro pálido:

—Los dioses permiten que yo pueda decirte, oh Confucio, lo que pienso de tu filosofía. Siempre ví ingenuidad en ella. Tus máximas son los consejos de un honrado gobernante. Tus ideas las de un perfecto moralista. Pero, ¿qué más? De la Eternidad nada nos anticipaste. A los que te preguntaron por las Divinidades, les diste preceptos de moral. Y el hombre ama que se le hable de lo ignorado, y no que se le recuerde que debe ser justo. Tu virtud, oh, Maestro de Gobernantes! te ha acarreado la pérdida de la dignidad.

—¿Tú crees en las calumnias del marqués de Tsi? — preguntó Confucio, dolorido. Y el discípulo con ironía, replicó:

—¡Si bastara ser sabio! Pero no basta. Hay que parecerlo. El gran Lao-Tseu, habría sabido evitar lo que te abruma. Ejemplo poco edificante se desprende de tu doctrina. Y no hay sabiduría en ella. Por lo tanto, ¿qué nos exigirías a tus discípulos?

Confucio lo interrumpió con una sonrisa triste:

—Es cierto; ¿qué exigiría? Para enseñar hay que saber y yo me convenzo de que no conozco la Vida. ¡Y qué cosa complicada es la Vida, Ma-Nieu! Siempre nos equivocamos en ella. Yo vine a tí en busca de consuelo y me voy desconsolado. Cuánta verdad en el antiguo proverbio japonés: "Hasta el árbol bajo el cual pensabas hallar refugio contra la lluvia, estaba calado de agua".

—En la verdadera Sabiduría se esconde el consuelo, señor — respondió el otro, acompañándolo hasta la puerta.

Y aquella noche, antes de entregarse al reposo, bajo el amparo de un cedro del camino, se preguntó el filósofo:

—Entonces, ¿no hay Amor, ni Justicia, ni fidelidad?

III

El amanecer encendía en el cielo de color verde malva la hora rosa que precede al día, cuando despertó Confucio. Con los brazos cruzados bajo la cabeza se puso a mirar los retazos de cielo a través del en-

caje oscuro del árbol que lo había cobijado durante la noche. Una rica fragancia a lilas y a tierra húmeda flotaba en el aliento fresco de la mañana.

¡Qué buena es la vida!—pensó, sintiendo reverdecer en su alma la planta del sano optimismo. — Por maldades que manchen la tierra, no deja el sol de madurar los frutos. Y por oscura que sea la noche, siempre la sigue el amanecer. Hasta sobre negras aguas muertas ví abrirse la nivosa candidez de los lotos. ¡Qué buena es la vida a pesar de todo!

Abstraído en sus meditaciones, no vió acercarse a él la figura de un hombre joven.

—Maestro...

—¡Tzu-Kung! — exclamó, reconociendo en el joven a uno de sus discípulos. — Tzu - Kung, ¿tú aquí?

—¡Oh, señor! Desde ayer te sigo. Te ví cuando llamabas a la puerta de Yen-Yuan. Creyendo que te quedarías allí, perdí tu camino. Luego supe que él no había querido conocerte.

El Maestro sonrió amargamente, quedándose en silencio.

Despertaba la Vida en medio de una luz admirable, en un aire purísimo y azul. A lo lejos las montañas ligeramente sonrosadas, aparecían envueltas como en un velo tejido de bruma y sol. Más cerca alegraba el paisaje la mancha clara de un bosquecillo, con su arroyo de agua límpida y su puente de junco graciosamente curvo.

Tzu-Kung observaba con ansiosa ternura el rostro pálido y triste que tenía frente a él.

De pronto escuchó la voz de su maestro como fatigada e infinitamente dolorida:

—Sábelo, hijo mío: *nadie me conoce en lo que soy.*

El discípulo lo miró con asombro:

—*¿Cómo es, señor, que nadie te conoce?*

Y el maestro respondió:

—*No me quejo al cielo ni culpo a mis conciudadanos. En el estudio de la virtud, empiezo por el fondo y camino arriba.*

Ciertamente, el cielo sabe lo que soy. Pero tú, Tzu-Kung, ¿me consideras como un hombre que ha estudiado y adquirido distintos conocimientos?

—*Sí, lo creo. ¿Estoy acaso equivocado?*

—*Lo estás* — dijo el maestro — *Todo mi conocimiento está ensartado en un hilo. Yo solía pasar días enteros y largas noches sin dormir para poder meditar. Pero no hice progresos.*

Con el rostro abatido, Tzu-Kung escuchaba y comprendía la queja.

Escuchando alternativamente las voces de la vida y de su decepción, el filósofo se abismó luego en un silencio casi hostil.

—Señor, — dijo al cabo el discípulo, dulcemente — tu sabiduría está sobre toda la miseria, como la flor del loto sobre toda linfa. Tú decías que la ciencia de la humanidad consiste en conocer a los hombres. Nunca más grande tu sabiduría que ahora que has tenido ocasión de ver en tantas almas. Lección amarga, pero saludable lección. Sólo te pido que no me arrojes de tu corazón como a los otros, porque yo te amo.

El filósofo miraba a lo lejos, sin responder.

Desalentado, Tzu-Kung, le asió suavemente una mano:

—Señor, ¿por qué no me contestas? Fuerza es creer que tu desilusión no quiere reconocer el amor que triunfa de las mezquindades, el amor con que yo te amo?

Pero el desengañado, continuaba silencioso.

Lentamente el discípulo se arrodilló a sus pies y besó la orla de la túnica de seda.

—Al destierro te seguiré, para probarte mi fe.

Y continuaba arrodillado, cuando se sintió ceñido por los brazos del Maestro y escuchó su voz:

—Los Espíritus del Cielo y de la tierra sean contigo que me reconcilias con lo que empezaba mi alma a repudiar. Tú eres la fidelidad, Tzu - Kung, hijo mío. Por tí no volveré a lamentar que los hombres no me conozcan; *sentiré no conocer yo a los hombres.*

Y dicho aquello, el Maestro partió solo.

III

Pasaron muchos años, y un día en el Estado de Lu, floreciente de nuevo a la sazón, se supo que el gran filósofo había vuelto.

Tzu-Kung, que desempeñaba un alto cargo militar le hizo traer a su presencia. Y luego de besar con su antigua devoción la mano temblorosa, dijo:

—Señor, si aún abrigas aquellos sueños que tenían por único fin el bienestar de la Patria y el triunfo de la moral, fácil te será cumplirlos ahora. Yo mismo puedo contribuir a que recobres tu antiguo prestigio.

—Absurdo es pedir a la noche, la luz y el entusiasmo del día. Soy ya viejo; he visto morir a mi mujer y a mis hijos unos tras otros. Además no en vano se recorren los caminos del mundo; ahora conozco a los hombres.

—Todos te veneran.

—Y muchos no me conocerían, llegado el caso.

Está cansado; está viejo — pensó el discípulo. Y tomándolo con ternura del brazo lo llevó a una alta terraza del palacio desde donde se contemplaban los jardines y las pagodas circunvecinas.

Agonizaba la tarde en un lento crepúsculo.

A través de la fronda se veía a trechos centellear el oro del cielo. Entonces, viendo entre el ramaje la cúpula de esmalte de un templo, Confucio se acordó de aquel sueño lejano. Y lo refirió a Tzu-Kung.

—Oh, señor, — dijo el discípulo al cabo de unos instantes de religiosa meditación — ello es una prueba celeste del triunfo de tu doctrina. Las dificultades que venciste en aquella selva son los obstáculos que opone la Vida a todo el que persigue un fin. Venerado maestro mío, la Tierra y la Eternidad te sonríen! Los espíritus del cielo son contigo! — exclamó Tzu-Kung, retrocediendo para caer de hinojos.

Confucio dilató su mirada, sobre la extensión plácida de los estanques de agua verde, sembrada de lotos rosas; sobre los jardines, donde se abrían lilas al aire azul; sobre los graciosos puentes de mármol tendidos de una orilla a otra; sobre los techos de esmalte deslumbrante coronados por quimeras de bronce y de mármol... Y la mirada se le ahondó de ternura. Como si en el aire vivo de la altura, hubiera vuelto a él la confianza dispersa por los caminos.

—Tzu-Kung, hijo mío, escúchame: La sabiduría y la experiencia deben un legado a la fidelidad y al entusiasmo de la juventud.

—La fidelidad y el entusiasmo de la juventud lo recibirán con amor de tí — dijo Tzu-Kung, oprimiendo entre las suyas, las manos temblorosas de su maestro.

Y dichas por el dolor y el perdón, teniendo por testigos la Naturaleza siempre bella y la fe siempre justa, aquellas palabras sonaron religiosas:

"La virtud de la humanidad consiste en amar a los hombres".

Del Huerto Lírico

—La magnificencia y el brillo son disfraces de pobreza moral.

—El egoísta aridece su propia existencia.

—La dulzura no debemos perderla ni aún en medio de las más tremendas aflicciones.

—Quienes acrecientan la desolación serán bien miserables en horas futuras.

—Todo lo puede, cual por milagro, la bondad inefable.

—La presunción es el arma que usan los mediocres.

—Los superficiales creen deslumbrar a base de relumbrón ficticio.

—La pereza mental engendra la envidia, y ésta se deshace en propagar la murmuración contra los que van triunfando buenamente.

—Dilapidamos nuestras mejores horas, por ser esclavos del mundo exterior.

OSCAR ALBERTO IBAR.

Llamada al Año Nuevo

Año Nuevo avanza, llega con premura
con tus doce meses como doce flores,
colma de contento nuestros sinsabores,
danos alegría, bríndanos ventura.

Torna el corazón pozo de ternura,
fuente de la dicha, manantial de amores,
que no nos ahoguen mortales dolores
que llenan el alma de triste amargura.

Año que te acercas, arriba ligero,
que truequen mis penas tus días, espero
y colmen las almas de dicha certera.

Reduce con prisa los duros tormentos
y muda en cantares mis tristes lamentos
haciendo viable mi dulce quimera...

JOSE GUERRERO LOCAMOUX.

La cruz de San Luis

Por Andrés Lichtenberger

Como en un día de tormenta, una nube sangrienta pesaba sobre París. Eran días espantosos y sublimes, como tal vez la tierra no había visto nunca. Hervían furores, amores y heroísmos. Desde el 20 de junio, la bestia popular rugía; impulsada por Brunswick, había mordido el 10 de agosto; y, y cegada por el gusto de la sangre, se había saciado en septiembre. Ahora, el monstruo estaba ebrio y oscilaba entre atrocidades desconocidas y abnegaciones sobrehumanas.

Pandillas horrorosas recorrían la ciudad, ávidas de sangre, dando gritos de muerte y blasfemando. Otras, heroicas, corrían a los comités de reclutamiento y de allá a la frontera. Había verdugos con alma de apóstoles y mártires en cuyos espíritus anidaba la traición Los hombres que sobrevivieron a aquellos días de horror, los recordaron siempre con un estremecimiento, como una pesadilla o como una apoteosis.

—¿Qué queréis, Picard? —preguntó la condesa de Trévan, disimulando una media que estaba zurciendo.

—Señora condesa — dijo, respetuosamente, el anciano criado que constituía toda la servidumbre, —las provisiones se han acabado...

—Y bien, Picard — intervino la marquesa de Lorgis, — que vayan por otras.

—Es que, señora marquesa, yo.., yo no tengo más dinero.

—¡Ah! — dijo el conde, volviéndose hacia su mujer.

Cambiaron una mirada de muda interrogación. habían comprendido.

—Está bien, Picard; pronto tendréis dinero.

Picard se retiró.

Un pesado silencio reinó entre los seis personajes que estaban en la habitación. El marqués y la marquesa de Lorgis; su hija, la condesa de Trévan; el marido de esta y sus hijos: Renato, que tenía diez años, y la pequeña Teresa.

No había más provisiones...

Un día, el castillo de Trévan había sido asaltado por una banda feroz; el parque había sido saqueado, las cabañas desvatadas; después, habían puesto fuego al castillo. Había sido necesario huir con los niños, los ancianos padres de la condesa y el fiel Picard. ¿Qué hacer? La frontera estaba muy lejos y, además, el conde y el marqués odiaban la emigración; filósofos y sensibles, ambos soñaban con una nación nueva, gloriosa y fuerte, que saliera rejuvenecida de aquella fiebre pasajera.

Se habían refugiado en un pequeño departamento de la calle l'Arbre-Sec, en París, y allí esperaban los acontecimientos. Algún dinero llevado, algunas alhajas salvadas y vendidas, y, después, algún trabajo, les habían impedido morir de hambre; pero el delirio popular se inflamaba: había llegado el 20 de junio, después el 10 de agosto, después septiembre. Vivían encerrados en el departamento, como bestias perseguidas, no sabiendo si al día siguiente alguna pandilla de forajidos llamaría a su puerta. No habían hecho nada: ¡qué importaba! El conde y el marqués estaban señalados como sospechosos. Ya había perdido su fe en la regeneración. No quedaba ya en sus corazones más que una vaga esperanza: la victoria de los aliados.



—Creo, señora, que con una ligera modificación, ese modelo le sentará a las mil maravillas.

La marquesa fué la primera en romper el silencio.

—Es necesario avisar — dijo con una mueca decidida. — ¿No podrías vos, señor — continuó dirigiéndose a su yerno, — hacer saber al rey vuestra situación? Seguramente su majestad, sean cuales sean sus propias desgracias, podría ayudaros...

El conde tuvo un gesto de impaciencia. Jamás la marquesa se había podido acostumbrar a la idea de que el rey estaba prisionero y próximo a ser guillotinado.

—¡Miserables! — dijo la condesa. — ¿Hasta cuándo seremos juguetes de esa plebe?

El marqués la hizo callar con una mirada. Quería que su nieto fuese más tarde un hombre de progreso, sin rencores. Y había prohibido que, delante del pequeño, se hablara de asesinatos y cosas horribles...

El conde dijo en alta voz:

—Trataré de salir para buscar algún trabajo.

Los otros tres protestaron.

—Eso es lo mismo que arrojaros y arrojarnos todos a una muerte segura.

No osó responder, sabiendo que ello era verdad.

Hicieron una miserable comida con las migajas que quedaban, y aun dejaron una parte para Picard. Cuando terminaron, no quedaba ya nada para otra comida. El conde y la condesa pasaron la noche buscando alguna cosa que vender. Trabajo inútil. Todo lo que tenían, ya había sido vendido.

A la mañana siguiente no tuvieron con qué desayunarse. Los niños no lloraron, presintiendo la gravedad de la situación. El marqués puso a su nieto sobre sus rodillas y le contó historias militares: las grandes guerras de Luis XIV y las victorias de antaño; y el niño escuchaba, con ojos ardientes, suspenso de los labios del anciano. De repente, el pequeño palideció, inclinando la cabeza. Quiso sonreír.

—Son vuestras historias, señor— dijo el yerno.

—Es el hambre — repuso el marqués.

Picard, que entraba, salió al oír esto. Volvió al poco rato con el pan que se le había dejado la víspera, y que no había comido. La condesa se enjugó una lágrima, y la marquesa confesó:

—Yo también siento algunos mareos... ¿Tendremos, verdaderamente, que morir de hambre?

El marqués se levantó y dijo:

—Yo os daré de comer.

Todos le miraron.

Entonces, de un cofre, sacó un objeto que brillaba. Era la Cruz de San Luis. El rey Luis XVI la había colocado con sus propias manos sobre el pecho del marqués, cuando éste llevó a Versalles las banderas hanoverianas conquistadas en Hastenbek. Era el honor más grande de su vida. La joya tenía engarzados algunos brillantes hermosísimos.

—Es necesario que venda esto— dijo con voz desfallecida.

—¡Padre mío! — protestó la condesa.

—Es necesario, hija mía; pero, ¿cómo haremos para no despertar sospechas?

—Yo conozco un joyero en la calle Saint Honoré. Iré a verlo.

La condesa repuso:

Enviad a Picard.

—El desgraciado no tiene ya fuerzas; iré yo.

—No — dijo el marqués. — Aquí está quien irá.

Y designó al pequeño Renato.

—¿No es verdad?

El niño enrojeció de orgullo y fué a colocarse ante su abuelo.

—Hoy por hoy — dijo el marqués al niño, — tú eres un hombre. Escúchame. Hay gente malvada que nos persigue a tu padre y a mí. Nos hallaríamos en peligro saliendo de casa. Serás tú el que irá a casa del joyero. Solicitarás hablarle particularmente, y le darás esta cruz con la esquela que tu padre va a escribir. Nos traerás lo que te dé... Y si sucediese que alguien te detuviese en al calle — aquí la voz del anciano flaqueó, — y bien, harás lo que tu corazón te inspire. ¡Que Dios te proteja!

El niño besó la mano del anciano.

* * *

El pequeño había partido hacía tres horas... y apenas necesitaba una para ir y venir. El conde caminaba febrilmente. La condesa cosía

ÉXTASIS

Al poeta Fermín Estrella Gutiérrez.

Los últimos destellos vespertinos
se posan quedamente en mi ventana,
y una vieja canción, triste y lejana,
los pájaros modulan en sus trinos...

Abierto el libro y en el pecho el hada
de la noche que avanza sigilosa,
mis ojos se pasean en su prosa
sin que yo entienda ni asimile nada...

Leo y vuelvo las hojas, inconsciente,
ajeno el corazón y el pensamiento,
mientras escucho el habla de la fuente...

De pronto, cae el libro de la mano,
y en la quietud propicia del momento,
me vencen los acordes de tu piano...

ARMANDO FERRETTI.

con la cabeza baja. La marquesa, para distraerla, la entretenía comprándole las proezas del señor Lauzan con el extinto duque de Richelieu. El marqués permanecía inmóvil en su sillón, tapándose los ojos con las manos. La pequeña Teresa lloraba silenciosamente a los pies de su madre. Los minutos transcurrían lentos, largos, mortales... Desde la calle llegaban hasta ellos gritos, cantos y blasfemias.

La condesa levantó la cabeza prestando oído. Un paso ligero subía por la escalera. Se oyó un grito de alegría de Picard. El niño entraba. Pasó de mano en mano, colmado de caricias. Después lo miraron; tenía los pies desnudos y llevaba un gran pan bajo el brazo.

—¿Qué significa eso? — interrogó el conde.

—He comprado el pan con mis zapatos — respondió el niño.

—¡Cómo! ¿Ese canalla de joyero?...

—No he estado en su casa.

—Entonces, ¿qué has hecho de la cruz?

—No la tengo.

—¡Desdichado! — dijo el padre.
— ¿Hablarás?... — El marqués intervino:

—Veamos, Renato, explícanos por qué no has ejecutado lo que yo te encargué.

El niño levantó los ojos hacia su abuelo y, mirándolo a la cara, contó lo que sigue, mientras todos le escuchaban en silencio:

...Al salir, había ganado en seguida la calle de San Honoré, que empezó a recorrer apresuradamente. Llegó a una plaza. Allí le había sido imposible avanzar. Una muchedumbre se agitaba alrededor de un estrado donde había hombres con uniformes y otros que escribían. Allí se gritaba, se cantaba, se lloraba, y todos se abrazaban. Algunos jóvenes subían sobre la tarima, escribían sus nombres en medio de grandes aplausos, y volvían a descender con cintas azules, blancas y rojas. Muchas mujeres y algunos hombres de edad llevaban dinero, alhajas, víveres. El niño estaba cerca de una buena mujer de pueblo; le preguntó: "¿Qué hacen allí?" La mujer le respondió: "¿De dónde sales tú, pequeño? Es el comité patriótico, donde se hacen inscribir lo voluntarios para combatir a los prusianos y a los austriacos, y a donde los ciudadanos van a depositar sus ofrendas". El niño insistió: "¿Los prusianos atacan a Francia?" "Están en la Champagne y marchan sobre París. ¿Cómo, no lo sabes?"

—Entonces — continuó el niño, dirigiéndose al marqués, — yo me acordé, señor, de lo que vos me habíais contado, y pensé en la vergüenza de Francia, si los prusianos venían a París. Y como vos me habíais dicho que si me detenían en la calle podría hacer lo que mi corazón me dictara, yo he... obedecido.

—¿Qué has hecho? — preguntó la condesa, turbada.

—He visto a una mujer que llevaba un paquete de ropa blanca. Se abría paso entre la muchedumbre para llegar al estrado. La seguí; subí detrás de ella. Y un hombre, con palabras groseras — el niño enrojeció, — me preguntó lo que quería. Entonces yo dije, como la mujer: "Para los voluntarios patriotas", y le dí vuestra cruz, señor. Creí que, puesto que Francia os la había donado después de una victoria, vos debíais devolvérsela ahora, que ella se encuentra pobre y necesitada. Después he comprado el pan, dando en cambio mis zapatos...

Siguió un silencio profundo y prolongado. De la boca infantil, las palabras graves habían brotado removiendo las conciencias. Y en aquellas almas heroicas detuviéronse los espectros inolvidables de las pasadas glorias francesas. Y les pareció que el honor, que los antepasados, que la patria, hablaban por boca de aquel niño. El vencedor de Rossbach sintió que sus ojos se humedecían. Atrajo hacia sí al niño, y le dijo:

—¡Bendito seas! ¡Has comenzado bien tu vida de hombre!

Comieron el pan seco para almorzar. En aquellos tiempos de dolor, los sentimientos piadosos habían vuelto: a la noche, el marqués, en voz alta recitó la plegaria y, con acento solemne, agregó:

—¡Que Dios bendiga a las armas francesas y que haga de nosotros lo que le plazca!



Reglas para la vida

Si un sabio, encontrándose entre personas de baja estofa no alcanza crédito con sus palabras, no debe extrañarse, pues el sonido del arpa no puede ahogar el ruido del tambor; y la fragancia del ámbar gris es absorbida por la fetidez del ajo. El ignorante podría estar orgulloso de su estentórea voz, si con ella hubiese confundido a un hombre de entendimiento. ¿No sabes que la música de Hijaz se confunde con el ruido del tambor guerrero? Si una joya cae dentro del fango, conserva aún todo su valor; y aunque el polvo vuele hasta los cielos, no deja de ser polvo.

De lamentar es entendimiento sin educación, pero la educación sin talento es cosa perdida. Las cenizas, aunque de elevado origen (pues el fuego es de noble naturaleza), por no tener mérito intrínseco no valen más que el polvo. El azúcar no es apreciado por la caña, sino por su innata cualidad. El almizcle tiene la fragancia en sí mismo, y no por ser llamado perfume por los droguistas. El sabio es lo mismo que el cofre de los drogueros: silencioso, pero lleno de virtudes; y el necio parécese a un tambor: ensordecedor, pero vacío parlanchín. Un sabio rodeado de ignorantes, ha sido comparado a una hermosa doncella en medio de ciegos, o al corán en casa de un infiel. Cuando en la tierra del Canaán no existía al virtud, no mejoró su fama ni aún el nacimiento de José. Muestra tu virtud, si posees nobleza; pues las rosas brotaron del espino, y de Azur nació Abraham.

SA'DI.

Zeleoleoscopómetros

Este nombrecito corresponde a ciertos aparatos inventados por el ingeniero español don Eloy Noriega y Ruiz, que sirven para determinar el lugar preciso de las corrientes o también los yacimientos petrolíferos que hay en el subsuelo, hasta una profundidad de mil quinientos metros, indicando, además, la profundidad exacta a que cada una de ellas se hallará y la cantidad mayor o menor de agua o aceite minerl (agua y petróleo) que cada corriente tiene en su origen.

Esta invención, que estriba en las alteraciones observadas en las vibraciones eléctricas de unos aparatos transmisores en combinación con las ondas hertzianas y en los rayos catódicos, ha llegado a penetrar los secretos del subsuelo hasta la enorme profundidad que queda citada y cuyos aparatos recogen, determinando de una manera precisa, clara y exacta, el volumen y profundidad a que se hallan las mismas. Por medio de estos aparatos se pueden descubrir hasta los mil quinientos metros los yacimientos bituminosos, las cavernas o manantiales de aceite crudo (petróleo), el agua en todas sus manifestaciones y, en general, cualquier cuerpo líquido o gaseoso.

Las condiciones para la aplicación de su sistema están plenamente confirmadas por mediciones practicadas en el laboratorio y por infinidad de trabajos (confirmados todos ellos con certificados que así lo acreditan), practicados durante cuatro años en la América septentrional, Estados Unidos, Méjico y España, donde tiene descubiertos *treinta y dos* yacimientos de aceite mineral, que, según los aparatos inventados por dicho distinguido ingeniero, arrojan volúmenes de más de *cien millones de toneladas.*

Los almanaques y sus curiosidades

No es fácil precisar el origen de los almanaques. La necesidad de ellos se dejó sentir en todos los pueblos y en todas las épocas, siendo tan remotas sus primeras manifestaciones, que éstas aparecieron grabadas en los monumentos públicos mucho tiempo antes del empleo del grabado sobre tablillas de madera. Seguramente que el almanaque más antiguo que se conoce es el que se encuentra en Egipto dentro de la tumba de Ramsés IV; data del siglo XIII, antes de Jesucristo, teniendo, por lo tanto, unos tres mil años.

Los egipcios, como la mayor parte de los pueblos del Oriente, tomaron como base para medida del tiempo las fases de la luna, estableciendo las semanas y meses lunares. Estas mismas fases lunares sirvieron a los israelitas para dividir el año en doce meses.

Inspirados los árabes en la ciencia egipcia, adoptaron su calendario, supliendo la falta de concordancia entre el año solar y el civil egipcios, intercalando un día cada cuatro años.

En al antigua Grecia, casi todos los pueblos tomaron, como base de su cronología, los años lunisolares.

Los romanos solamente designaban en sus almanaques los días fastos y nefastos. Posteriormente, como resultado de sus estudios astrológicos, no solamente añadieron los accidentes de las estaciones y las variaciones del tiempo, sino que indicaban también los acontecimientos de la vida, en relación con los astros, marcando, a este efecto, los días propicios para contratar, sangrarse, etc. Estos calendarios eran de madera cortada a escuadra y pulimentados, en cuyas caras estaban escritas las indicaciones.

El calendario de los aztecas, uno de los más curiosos que se conocen, dividía el año en 18 meses de cuatro semanas, y cada una de éstas, en cinco días de 16 horas.

Distínguese el calendario eclesiástico, entre otras particularidades, por siete letras, de la A a la G, que marcan los siete días de la semana. El año común termina el mismo día de la semana en que empieza y el bisiesto, un día antes.

En el siglo XVI, aparecen los almanaques escritos en pergamino, aunque en número muy escaso. El más antiguo de los de la Edad Media cristiana es, seguramente, el de Estrasburgo, que data del siglo X, siendo muy numerosos los que se conocen de los siglos XIV y XV. En la Biblioteca de Munich se conserva el *Ein Manung der Cristenheit widder die Durken*, que es el de fecha más antigua entre los ya impresos.

Ofrece el almanaque una serie de particularidades que exponemos a continuación.

Ningún siglo puede comenzar en miércoles, viernes o domingo.

El mes de octubre empieza en el mismo día de la semana que enero; el de abril, el mismo día que julio, y el de septiembre, lo mismo que diciembre.

El primero y último días del año son siempre el mismo, no siendo aplicables estas reglas en los años bisiestos.

Cada veinte años puede utilizarse el mismo calendario.

En el gregoriano, enero y octubre comienzan en igual día de la semana; febrero, marzo y noviembre también, así como septiembre y diciembre; pero mayo, junio y agosto empiezan en distinto día entre sí y diferente de los demás meses del año. En los bisiestos, enero abril y junio empiezan en el mismo día; febrero y agosto, igualmente, ocurriendo lo propio a marzo y noviembre, y a septiembre y diciembre, siendo distintos mayo, junio y octubre.

Por qué el mar es salado

Para tratar de explicar por qué es salado el mar, hay necesariamente que entrar en consideraciones sobre el origen de la Tierra. La introducción de la astronomía matemática y de la geofísica en la discusión del tema sobre el origen de la Tierra, ha tenido por consecuencia colocar al oceanógrafo en la posición de los que mantienen que la superficie geológica, igual que la volcánica, no necesitan las temperaturas excesivas que forzosamente tendría que alcanzar este planeta por proceso gaseoso de la hipótesis nebulosa. La posición del oceanógrafo en este aspecto, está originada por la necesidad de explicar cómo tiene ese océano el volumen que actualmente existe sobre la Tierra.

Cubiertos más de dos tercios de la superficie y elevando todavía a muy poco más de una milésima parte del volumen total del globo, el océano, con su promedio de dos millas de fondo, está representado por una extensión de agua de un espesor de sólo un cuarto de milésima del diámetro de la Tierra. No carece de importancia señalar que este fondo no es más grande que el espesor de la membrana de agua que se adheriría, por la atracción capilar, a una esfera de caucho de diez centímetros de diámetro.

Por la hipótesis nebulosa o gaseosa, la primitiva nebulosa de la Tierra contenía los materiales del actual océano y de la atmósfera. Cuando la materia sólida de la Tierra se hubo enfriado lo suficiente, tendría efecto la condensación del agua de la atmósfera primitiva, para formar el océano. Pero, es indudable, que por este procedimiento resultaría mucha más agua de la que el mundo contiene.

Por esto, probablemente, el océano no ha tenido su origen en la primitiva atmósfera. Como el conocimiento avanza, las viejas creencias no sólo pueden perder su valor, sino que también pueden impedir el progreso. Se precisa siempre el espíritu crítico del investigador.

Se ha llegado a una definición más racional del origen del océano. Se considera la Tierra como habiendo sido producida por el aumento planitesimal alrededor de un núcleo condensado desde parte de la sustancia de una erupción del sol. Es mucho más probable que proceda del agua químicamente combinada y absorbida por el polvo planitesimal. Cuando se solidificó y desintegró, el agua se separó.

Al principio, cuando la Tierra era pequeña, el agua se escaparía como vapor en el espacio intersideral, a consecuencia de la deficiencia de la embrionaria gravitación de la Tierra para obtener el vapor del agua como atmósfera. Es dudoso, si Marte, con un volumen de una décima parte tan grande como la Tierra, puede hacer esto. Pero crecido su actual volúmen, es aun posible que la Tierra continuamente capture moléculas de agua del mundo exterior y, es también probable, que el agua incluída en el último aumento planitesimal esté aún filtrándose. Si es así, el océano aumenta muy lentamente en volumen.

Cuando el primer océano dependió de las leyes de la evolución de la Tierra, en la cuenca que fué el origen en que se destiló la primera célula viviente, sus aguas ya contenían sustancias salinosas disueltas desde las materias que se unieron para formar el núcleo de la Tierra, y los aumentos de sal del mar han sido continuados por los ríos. Pero, o las materias que así formaron el mar en el pasado fueron diferentes o bien ha sido su proceso de formación lo que ha hecho diferente la sal del río de la sal del mar. Ahora, las dos composiciones en disolución no son las mismas. En el océano, la relativa abundancia de cloro, azufre y carbono siguen este orden, y también la abundancia de sodio, magnesio y calcio, mientras que respecto a la sal del agua de río existe un orden contrario de abundancia de estas sustancias.

Cuando la joven naturaleza comenzó a escribir la historia de la Tierra sobre la columna geológica, el mar se hizo salado al principio, como un designio del sublime sistema de adaptaciones terrestres. Hay ejemplos de que el océano en la primera parte de la época Paleozóica fué muy salinoso. La sal del mar se ha movido a través de las edades, de innumerables cosas que se han amontonado y cuyos restos forman ahora las rocas del continente o se han extendido sobre las capas de desconocido espesor sobre una extensión del fondo del océano de unos ochenta millones de millas cuadradas.

Alba de ensueño

A María Angélica Andrade Rivadavia.

En marcha por la vida, triste y solo
el destino tejió nieve en mi sendero.
Pero un día tal vez cambie este dolo,
por la dicha infinita que yo espero.

Y aunque dulce tristeza me consume
perdona, el corazón abre sus puertas,
quiero del alba el místico perfume
que gozan los nidales de otras huertas.

Y quiero del alba en mi dolor callado
un pedazo de cielo nacarado
bajo la comba del jardín galante,

que un volido de alondras presentidas
te brindarán las rosas más floridas
para tu pecho de mujer amante.

ENRIQUE BRAVO.

Regalo de Año Nuevo

Por Rafael Barrett

En aquella época éramos muy pobres todavía. A mí me habían dado un modesto empleo en el Ministerio de Finanzas, a fuerza de intrigas y de súplicas.

Mi mujer, cuando nuestros tres niños la dejaban tranquila, bordaban para afuera. De noche, mientras mi pluma rascaba y rascaba el papel y los niños dormían, la madre daba una lección de modistería en la vecindad. Y, con todo, estábamos siempre contentos. Eramos jóvenes.

—Teníamos — y creo que los tenemos aún — dos tíos ricos, beatos, viejos, bien pensantes, fundadores de capillas, y que no hacían caridad más que a Dios.

Nos daban muchos consejos, procurando debilitar mis ideas liberales, y nos invitaban a cenar dos o tres veces al año. En su casa había lujo burgués, y nos aburríamos mucho con ellos.

El tío era flaco, amarillo, amojamado; en él brillaba la moderación. La tía era gorda, colorada, imponente; su charla insulsa e incesante nos fastidiaba más que la solemne circunspección de su esposo.

Yo no sé por qué aguantábamos a nuestros tíos, por qué les respetábamos y hasta les escuchábamos con recogimiento; tal vez nos hipnotizaban las apariencias; se mostraban tan avaros, que nunca nos habían regalado nada. Por otra parte, ni siquiera nos era dado alegrarnos con su muerte probable... Los tíos tenían un vástago. El heredero de las virtudes de los tíos (y de su oro) se llamaba Alfredo; se habían fundido en él los rasgos de sus padres; no era flaco ni gordo, charlatán ni callado. Comía y bebía con apetito, y confiaba en la Providencia.

Año nuevo. Almorzábamos en nuestra humilde casa. Nuestra mesa no ostentaba vajilla de plata ni cristales tallados, pero las risas volaban libremente en la claridad del sol de enero.

Paulina y yo mirábamos en éxtasis las cabezas rubias de los tres diablillos, cuyas manitas untadas de dulce pedían más, siempre más golosinas para festejar Año Nuevo, la vida eternamente nueva que corre embri... dora por las venas del mundo...

De pronto, un ruido de carruaje, de caballos refrenados que se detienen a nuestra puerta. Corremos a la ventana. Son los tíos que vienen a visitarnos. ¡Extraño fenómeno! Los niños anhelan ver también aquello. Hay que alzarlos.

El tío baja primero y tiende la mano a la tía obesa, que hace crujir el estribo y ladearse el coche. Pero ¿qué es esto? El lacayo arrastra en pos de la tía un fardo colosal, atado con múltiples cuerdas, y se lo echa al hombro penosamente. ¡Un regalo! ¡Los tíos por fin nos regalan algo! ¿Qué será? ¡Una cosa tan grande! Casi bailamos los cinco.

Al cabo, después de rechinamientos de escalera, entran los tíos y el lacayo, y el famoso paquete...

Abrazos. Felicitaciones. Besos a los nenes. La tía, en medio de un silencio ansioso, nos dice:

—Hijitos míos, os traigo como regalo de Año Nuevo algo muy útil en una casa como la vuestra..., os servirá para mil menesteres...

—Pero, ¿qué es?... ¿qué es?...

—¡Periódicos viejos! ¡Todos los diarios del año!

CAMALOTES

(Para FRAY MOCHO).

Después de las tormentas van sombríos,
reunidos, en montón, los camalotes,
que parecen esmeraldinos botes
siguiendo, del gran Plata, el albedrío.

A veces llevan un jaguar bravío
oculto entre las flores los islotes
que, contraenqo alargan, los azotes
de las corrientes aguas del gran río...

Igual que camalotes voy siguiendo
el triste curso de esta vida mía
que la desilusión ya combatiendo.

El jaguar que hay en mí, sin osadía
de mostrar su fiereza, va durmiendo
en marcha al mar sin miedo ni alegría.

FRANCISCO GALLARDO SARMIENTO.

En el jardín, vestido de rosas rojas, de rosas blancas, de margaritas ingenuas. Sombras suaves ponen la pincelada en la tarde muriente; una estrella pensativa prende su luminaria en el horizonte...

Don Juan.—Amada mía: cuando te encontré junto al mar dormido bajo la quietud del viento, tus ojos profundos, de oscuras violetas, hirieron violentamente mi corazón, y al arrancármelo del pecho lo puse en tus manos de seda para que viviera en su dulce calor. Yo, que soñé en el lejano Egipto a la sombra de sus augustas esfinges; que contemplé cien noches maravillosas en los "fiords" de Noruega, donde suena aún la flauta de Pan; yo, que he paseado mi "spleen" de enfermo romántico por los cafés de Shangai y los "dancings" de París, quedé enredado, como un niño, entre el sol de tus cabellos y el deslumbramiento de tu sonrisa turbadora.

Circe.—¿Y por eso estás triste, don Juan? ¿No amas, acaso, tu prisión? ¿No es dulce para tí, la amorosa tiranía? ¡Te amo, héroe mío, te amo!

Cuéntame, muy quedo, los romances de tu vida de peregrino aventurero; dime las poesías que dejaste en las rejas andaluzas, perfumadas de naranjos, y bésame, bésame como nunca has besado a tu exótica amiguita de Shangai. Quiero que sea un cuento raro, que nunca se haya oído otro igual, y que hable de un amor maravilloso, sublime, tanto, que de ganas de morir oyéndolo!

(Hay una breve pausa. Besos, suspiros, emoción).

Don Juan.—Oye ahora. Era un galán que un día fué apuesto y joven.

Cuando cumplió diez lustros, estacionóse en la edad de Cristo y teñíase los cabellos, se componía el rostro y erguía su talle para que nadie reparase que su apostura declinaba irremediablemente. Castigo de sus antiguas seducciones, encontró en su camino la más hechicera criatura, y su corazón, muerto por haberse consumido en llamaradas de hoguera, ante el altar de sus amores y de sus caprichos, ardió con su último fuego, pues la deidad que, ya sonriente, ya esquiva, repetía ante sus ojos de incansable amador, la comedia de su coquetería, mezcla de candor y perversidad.

Inconstante y engañadora, como las olas, cambiante como las nubes, sus veleidosas hermanas...

Circe.—¡Oh, don Juan, no seais tan cruel con tu heroína; mas perdóname la interrupción, escucho.

Don Juan.—...envolvía en la trama de oro de sus encantos al que osaba amarla, para después convertirle en un muñeco de trapo, arrojarlo de sí con desdén de reina.

CIRCE Y DON JUAN

Por Xenia

Inútiles fueron las joyas suntuosas que el galán puso a sus plantas; ella las recibía como el obligado tributo de un esclavo; inútiles también las sedas raras, las flores que no se sabe de dónde traía él para adorno de su ídolo, que como uno de piedra, inerte, insensible, era aquella mujer!

Circe.—¿Y después?

Don Juan.—Después, Circe encantadora, el galán de mi cuento, cuya vida había perdido su ritmo, tardíamente enamorado, torturada su alma gélida y despiadada, no sabiendo qué otra cosa quedábale en el mundo, qué podría contra la crueldad de su adorada, fuése a morir lejos, al querer alcanzar una de las llamadas "flor del aire" que se balancean, como imposibles estrellas, al borde de los más profundos abismos.

Circe.—¿Y nada más sucedió?

Don Juan.—Sí, amada. El cuerpo de ese romántico, que no fué el último pues aún vivo yo, fué entregado en un precioso sarcófago a su única amada, cual a Salomé la cabeza del Bautista. Ella guardó el sarcófago que era todo de oro, diamantes y záfiros, y el cuerpo del viejo amador fué eterrado como el de todos los hombres.

La hermosa siguió encantando a muchos con su sonrisa y con el fuego de sus miradas, y contaba con orgullo que aquel por quien fué tan querida, burlóse de todas, pero fueron vengadas en su desdén. La coqueta no sabía que su triunfo, era todo de la vejez disimulada del galán.

Circe.—¿Querrás decir, quizás, que ninguna mujer puede burlar a ustedes?

Don Juan.—No, pero...

Circe.—Basta, don Juan. Déjame. Tu vanidad, que es la de todos los hombres, excita mis nervios, provoca mi mal humor...

... ...

Circe, sola, en el saloncito muy siglo XX, murmura para sí: "¡César mío, amor mío, cuándo, cuándo volverás de tu Italia!"

Mario me importuna; Carlos me divierte; Don Juan es mi "flirt". Llena agradablemente mis horas con sus desplantes de Romeo, pero está ya tan viejo como el de su cuento; lástima que cuando muera no me dejará un obsequio tan valioso, pues no es tan rico. (Bosteza discretamente). Bueno, saldré con Carlos, es muy cumplido, muy elegante. ¡Y la vida es tan corta!...

Don Juan, en su biblioteca, envuelto en una bata de estilo cubista, las piernas extendidas sobre la mesa escritorio, monologa:

—Circe es una mujer-joya, una mujer con alma de niña, ¡y me ama! ¡Cómo no amarme a mí, que amé a la mujer en todas sus razas, en todos sus colores, desde el lejano Oriente a la América del Sud; desde la puerta del Sol a la calle Florida (sonríe irónicamente). Ella cree que la amo! Si de tanto que he querido ya no sé lo que es amor!...

Ambos en un solo pensamiento: Sigamos la farsa. Yo te amo. ¿Tú me amas? ¿Cuánto? ¡Mucho! ¡Para siempre! ¿Me olvidarás? ¡Nunca! ¡Ni al morir!...

Y así ayer, hoy, mañana...

LA FE

No temas nunca, en los casos angustiosos, decir una palabra optimista. No receles que el destino te contradiga; el destino jamás contradice a los hombres que esperan en él, y siempre cumple las promesas que en su nombre hacen lo fuerte.

Tu buen deseo ayuda, por otra parte, a manifestarse a todas las bellas posibilidades de la existencia.

Las hadas propicias, con los cofres invisibles llenos de mercedes, están siempre esperando la voz segura y tierna que las solicita en favor de una vida cara, de un ser querido y precioso.

Pero es indispensable que esa voz no tiemble desconfiada.

¿Cómo quieres que la buena fortuna se detenga a tus puertas si no crees en ella?

Tu fe le abre los caminos de tu morada.

La duda es un malezal inexplicable por entre el cual no pueden pasar los genios del bien.

Coge tu hacha y corta enérgicamente las malezas: hablo del hacha de la fe. Verás entonces cuán espaciosa se vuelve la ruta y cómo convida a recorrerla a todos los aventurados.

AMADO NERVO.




Solo entonces

(A mis amadas hijas Celia y Leonor).

Si bajo sus alas
Me cobija el sueño,
Para mis pesares
Lenitivo encuentro...
¡Sólo entonces me otorga una tregua
Mi destino adverso!

Ya tanto he sufrido,
Que, cuando despierto
Y de la existencia
A la lucha vuelvo,
Exhalando un suspiro, deploro
No seguir durmiendo.

R. de Iturriaga y López.




FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — **Buenos Aires**

De 9 a 12 y de 14 a 18 — U. T. 428, B. Orden
Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . . „ 5.00	Semestre. . „ 6.00	Semestre „ „ 4.00
Año . . . . „ 9.00	Año . . . „ 11.00	Año . . „ „ 8.00
N.º suelto. . 20 cts.	N.º suelto. . 25 cts.	
N.º atrasado. 40 „	N.º atrasado. 50 „	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

PAPEL Y TINTA

Emociones con «Llama Interior», por Félix B. Visillac.

Noviembre. De noche. Los prados cercanos echan bocanadas de aromas silvestres hacia las ventanas de este cuarto breve que conoce mis sueños. Entre mis manos nerviosas, un volumen de versos: "Llama interior" del noble amigo Visillac.

"Yo no sé hasta cuándo has de quemarme, llama interior"... Es la voz armoniosa del poeta... El se siente esclavo, encadenado sin remedio a la inquietud incesante del sentir.

¡Llama interior!... ¡Llama que sube, sube siempre; que alimenta y enerva, que enciende y asfixia estrellas!... Ya ondula tranquila como una bandera, ya crepita y abrasa... ora es chispa fugaz, ora inmensa hoguera donde la inquietud del poeta toma el rayo del supremo desasosiego...

La ansiedad de la espera... La sed de alegría abrasando al alma inexplicablemente triste... Consuelo de tener un amigo en nosotros mismos, encerrado en el pecho... El lejano aletazo de la sombra que hace pensar en el puerto inevitable... Divina inconsciencia de amor... "El inexplicable gozo de querer lo distante"... La preocupación de violar el secreto de la última fecha. Un invencible deseo andariego... Y el alma que se sacude y ansía afirmar su libertad:

Como el río que canta quiero libertarme;
que ave libertada sea el corazón,
y no la sujeten ni el mal de los hombres,
ni los eslabones de un profundo amor.

Libremente al río que corre entre juncos
da bajo los cielos su dulce canción,
mientras el espejo de sus aguas locas
copia con firmeza las nubes y el sol!

Los ojos se humedecen. Las manos tiemblan. Es que los versos se van anudando en mi alma... Es que la emoción del libro se diluye en mi emoción.

Hay un dulce coloquio entre la Soledad y el poeta... Después la despedida melancólica a una barca que se aleja sedienta de nuevos horizontes. Y hay rimas que acarician libros entristecidos y polvorientos, y otras amigas de la lluvia. El poema al arroyo pequeño es la síntesis de la vida del cantor, este cantor brujo que nos va atando a sus versos con fuertes nudos de emoción.

El corazón de Visillac late al unísono del corazón del mundo: todo comprende, todo ama, nada desdeña, porque sabe que en todo hay por lo menos una gota de miel... y él, que da estremecido el panal de sus ensueños es, a la vez, ávido de belleza, de ternura; padece una gran sed eternamente insatisfecha, terriblemente abrasadora...

"Llama interior"... suavidades de seda, caricias, voces hermanas!... ¡Sencillamente nos hablas, sencillamente nos emocionas... "Llama interior"... Estás en mí! Te siento en mis manos que, al dejar el volumen que te contenía, quieren irse a vendar frentes agobiadas y a acariciar la áspera corteza de los árboles hermanos...

Te siento en estas lágrimas que se han enhebrado en mis pestañas y en estos vivos deseos de acercarse al mar para decir adiós a las barcas andariegas que quien sabe si volverán...

"Llama interior": estás en mí!...

Alicia PORRO FREIRE.

Montevideo.

«Idolos de bronce», por María Alicia Domínguez.

Artista consumada, la señorita Domínguez, que domina el difícil arte del verso en forma admirable y poco común, esta vez se ha propuesto con idéntico entusiasmo que en otras oportunidades evidenciar sus indiscutibles condiciones de prosista de buena ley. Páginas verdaderamente de antología son las que constituyen este su nuevo volumen titulado "Idolos de Bronce" y en el que ha reunido una larga y original serie de narraciones y leyendas orientales a cual más interesante y curiosa.

Dotada de una exquisita sensibilidad a la vez que estudiosa y tenaz investigadora en el campo de las viejas literaturas y las añejas filosofías, la señorita Domínguez, en algunos de sus relatos alcanza una perfección no igualada por los maestros que en Europa, especialmente en Inglaterra y Francia, se han dedicado a este género literario. "Krisha Gotami" y "Tzu-Kung" para no citar otros de sus admirables relatos, constituyen piezas únicas en el género y que no dudamos han de merecer el honor de inmediatas versiones al francés y el inglés, lenguas que cuentan con devotos intelectuales ávidos de saborear estos manjares que no se encuentran ciertamente al alcance de todas las mentalidades.

El elogio más sincero que de este interesante volumen que acaba de publicar la notable escritora, es decir que, si estos cuentos alguien los llegara a traducir respetando su belleza de forma e intensidad de intención, fácil seríale hacerlos pasar como originales de cualquiera de los maestros que con la literatura oriental han adquirido fama. Y, con esto dicho está que nuestra joven y animosa escritora se halla en inmejorables condiciones para el disfrute de una merecida fama en el exterior. Que "Idolos de Bronce", repetímoslo, es libro que dignifica nuestra incipiente literatura.

«La virgen de los siete dolores», por Mario Mariani.

Entre los modernos cuentistas italianos, Mario Mariani es uno de los contados, si no el único que se puede comparar con el notable Pitigrilli. Frescura en el estilo, amenidad en el relato y habilidad para la pintura de tipos femeninos verdaderamente interesantes y seductores, tales las características de este fecundo novelista que comienza a ser traducido al castellano y del cual la Editorial "Las Grandes Obras" a caba de publicar su "La Virgen de los siete dolores".

Obra más sugestiva y colmada de lozana alegría no han podido elegir con más acierto los editores. Conflictos amorosos y sentimentales en los que la agilidad del novelista, naturalmente, sin mayor violencia, se apodera de la atención del lector hasta arrebatarlo completamente. Momentos de pasión, pintados con extraordinario acierto y hasta determinada picardía que, no obstante, pueden ponerse bajo todas las miradas.

«Almas sedientas», novela por Sofía Espíndola. Buenos Aires, 1926.

"Almas sedientas" es una hermosa novela. En ella se descubre, desde el primer momento, que es obra de una mujer de talento. En cada línea, en cada personaje, se revela el temperamento exquisito de su autora.

Justo es reconocer el valor innegable que representa esta novela dentro de la labor intelectual femenina en nuestro país. "Almas sedientas" es una obra vigorosa y valiente.

La señorita Sofía Espíndola está hondamente compenetrada de los ambientes que describe y conoce a fondo el tipo de personajes que pinta. La trama, complicada e interesante, es llevada hasta su desenlace con suma habilidad.

Conocíamos a la señorita Sofía Espíndola como buena poetisa y ahora no podemos menos que aplaudir en ella a una de nuestras excelentes novelistas.

E. M. de O.

Almanaque «Sol y Tierra»

Los señores Merello Hermanos y Cía., editores del difundido y acreditado Almanaque que indícase en el epígrafe, anuncian la próxima aparición del número correspondiente al año de 1927. Ejemplar enciclopédico que merece la atención constante de sus editores. El nuevo volumen constituirá un valioso documento para la gente de campo en particular, aparte del interés que ha de despertar entre el público en general, que ha sabido responder, desde su principio, a la obra editorial que se propusieran sus editores.

El ejemplar constará de más de trescientas páginas, con abundante material gráfico y de lectura. "Sol y Tierra" es un libro que no puede faltar en ningún hogar. Constituye, ante todo, un manual de enseñanza práctica, y contiene artículos que son verdaderos ensayos de diversa índole, donde se condensan multitud de pareceres, siempre interesantes y de actualidad.

Su carátula es un bello dibujo en colores original de la señorita María del Carmen Merello.

EL MECANISMO DE LA TRASMISION

Antes de dar comienzo a la descripción de circuitos y a la forma de construírlos, vamos primero a hacer una ligera reseña de la forma como funcionan éstos y el mecanismo de la trasmisión, a objeto de que nuestros lectores puedan luego con el auxilio de estas nociones, llegar a un perfecto conocimiento del asunto, para luego remediar con facilidad los inconvenientes que puedan presentárseles, en el curso de prueba de un trasmisor cualquiera.

Por cierto que no pretendemos hacer el desarrollo total de la forma de producción de las oscilaciones eléctricas que estaría fuera de lugar aquí, pero sí la forma en que actúan los diversos elementos y la forma de hacerlos actuar en la condición debida. A propósito de esto debo permitirme hacer las siguientes consideraciones. Si bien es admisible que el señor padre de familia o la señorita que desean comprar un aparato con altoparlante, no deseen tener mayores conocimientos de la radio, que los necesarios para hacer funcionar el aparato, no es posible admitir que el que desee hacer funcionar un trasmisor, pueda ignorar la forma de funcionamiento del mismo, pues sino éste no rendirá ni la mínima parte de lo que es capaz, sino está ajustado en óptimas condiciones.

Por ello recomendamos que aquellos que por afición o necesidad necesiten hacer trasmisiones de cualquier potencia, tengan los conocimientos teóricos suficientes, para comprender el funcionamiento de los diversos elementos del trasmisor, no en una forma completamente empírica, en base a lo que se dice o se ve, sino un conocimiento aproximado de su forma teórica de funcionamiento. Vamos a dar aquí en la forma más sencilla posible, estas bases, eliminando todos los cálculos y desarrollos que impidan la fácil compresión del asunto.

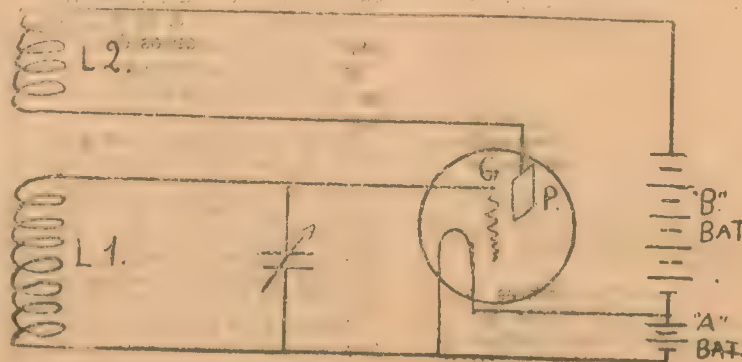
En principio debe hacerse notar que todos los circuitos de trasmisión, tienen por objeto la producción de oscilaciones, es decir, que la lámpara y los demás elementos del circuito, producen una corriente alternada, de la frecuencia marcada por los valores de los mismos y el basamento de esto, salvo en los casos de osciladores de cristal, consiste en la misma acción que se nota en los simples circuitos regerativos.

Así analizando la figura 1, que, es la base de todos los circuitos trasmisores, encontramos lo siguiente: Sabemos que cuando existe un circuito formado por un condensador y una bobina conectados en la forma en que se encuentran la bobina L1 y el condensador C, se producen oscilaciones, cuyo número está determinado, por el valor de ambos elementos. Estas oscilaciones debido al funcionamiento de la lámpara, producen una diferencia de voltaje que cambia de acuerdo a estas oscilaciones, entre la grilla y el filamento. La variación de voltaje en la grilla, como esta es el órgano regulador de la lámpara que cambia la corriente de placa de acuerdo a su propio voltaje, produce en la corriente de placa variaciones, también concordantes con la frecuencia originada por L1 y C.

RADIOTELEFONIA



Como es natural, estas variaciones corriente alternada de altísima frecuencia, pasan por la bobina L2, la cual esta colocada en forma que halla indución con la L1, en esta forma es fácil ver que las variaciones de corriente de placa influyen en la nueva oscilación que se producirá en L1 y C, formándose desde entonces una fuente de oscilaciones que teóricamente solo podrá cesar cuando los elementos dejen de funcionar en la debida forma y hasta tanto las baterías correspondientes, produzcan la energía suficiente.



Como se ve esto no puede ser más sencillo y es la base de todos los circuitos trasmisores aún los más complicados, salvo los que su funcionamiento está basado en las oscilaciones que produce un cristal, este descubrimiento de última data, ha venido en parte a revolucionar el asunto de la trasmisión, sobre todo en las ondas cortas, por razones que daremos más adelante, pero su aplicación en las ondas largas, no ofrece por el momento ninguna ventaja.

Una vez hallado este principio de funcionamiento, que se verá más claro a medida que entremos a explicar la forma de comportarse, los diversos circuitos derivados de éste, vamos a hacer una clasificación general de ellos, para así hacer un estudio más detenido. Una vez analizados los circuitos, desde un punto de vista teórico, pasaremos a ver la forma de llevar a la práctica estas nociones y la manera de sintonizar y eliminar los defectos de los tipos de trasmisores más comunes.

Naturalmente que es difícil poder hacer un estudio detenido de los tipos de trasmisores e indicar los defectos principales de ellos, puesto que los defectos en la mayoría de los casos, no responden sino a pequeñas causas, que no están en las manos el poderlas analizar, por la carencia de elementos de medida y accesorios de recambio, que permitan darse cuenta con rapidez, que las fallas no se deben a que los elementos no están en las condiciones requeridas.

No obstante esto, daremos luego la forma de sintonizar los elementos y la forma de encontrar las fallas más comunes en ellas. En el próximo número daremos la división de los circuitos de radio trasmisores.

Circuito amplificador

Material necesario para la construcción de un amplificador de una etapa para ser utilizado con cualquier receptor:

Un panel de ebonita del tamaño necesario.

Un portavávula, según la válvula que se utilice.

Una válvula amplificadora.

Un reóstato según válvula. 30 ohms para válvulas de mínimo consumo.

Un transformador de baja frecuencia, con relación 1:5 a 1:9 de buena calidad.

Ocho bornas: dos para entrada; dos para salida de altoparlante; una para positivo de alto voltaje; una para positivo de filamento y negativo de alto voltaje; una para negativo de filamento y positivo de batería "C"; y uno para negativo de "C".

Batería de filamento. (Acumuladores o pilas, según consumo de la válvula).

Batería de placa: 45-90 voltios.

Batería "C", de 4 1|2 voltios. (Una pila de las utilizadas para linternas de bolsillo sirven para este objeto).

Aunque no imprescindible, es muy conveniente utilizar en el amplificador otras baterías que las usadas en el detector. En caso de hacer uso de las mismas baterías para el detector y amplificador, téngase en cuenta de cómo está conectada la batería de filamento con el negativo de la placa, a fin de evitar cortocircuitos.

Para la construcción de un amplificador a dos válvulas son necesarios: dos transformadores, uno de relación 1:9 y uno de 1:4 o 1:3; dos portaválvulas; un reóstato; dos válvulas, ocho bornas, etc.

Es de suma importancia el uso de una batería "C" en todo amplificador, pues además de mejorar grandemente la amplificación, actúa como organizadora de consumo de batería de placa.

La forma de conectar los distintos elementos entre sí puede verse claramente en los grabados. El número 1 corresponde a un amplificador de una etapa y el número 2 a uno de dos etapas.

En la colocación de los transformadores de este último amplificador hay que tener presente que ambos deberán colocarse lo más alejados posible entre sí y que sus núcleos se hallen en ángulo recto.

La caza del leopardo

Un deporte arriesgadísimo

De todos los felinos, el leopardo es el más interesante. Su malicia, su ligereza, su crueldad, su manera de luchar hacen de él un animal verdaderamente magnífico. Al fijarse en sus ojos, al estudiar su mirada acariciadora a veces, a veces fiera y terrible, se comprende que los africanos le hayan atribuído pasiones humanas.

—Recordaré toda mi vida — nos dice un cazador de fieras — el leopardo que cogí con trampa en Sierra Leona. Los indígenas le temen y respetan. "Es muy malo, dicen; se come una cabra de un bocado; sale de la selva y se lleva a los niños, ataca a los hombres enfermos y se los come; es muy malo".

Llegué a Kainkorda — añade el cazador, — y fuí a ver al reyezuelo del pueblo; le hice varios regalillos y le pedí autorización para cazar leopardos, a tiempo que imitaba el grito semihumano que lanzan estos animales.

El jefe reconoció el grito y me comprendió al instante, y haciendo un signo negativo con su mano adornada con bisutería barata, me dijo: "Gran Bo, masen". Es decir, el leopardo no se puede matar; está protegido por el tabú.

"No los mataré, repliqué; los cogeré vivos y te pagaré por cada uno de ellos".

Aunque aquel salvaje no podía comprender el que nadie quisiese tener vivo un animal tan peligroso, me alargó la mano, y para cerrar el pacto me dijo: "Seré buen amigo tuyo".

Al día siguiente me proporcionó quince muchachos para que me acompañasen a la expedición, y nos internamos en la selva buscando el rastro del leopardo, del que encontramos huellas entre las altas hierbas que, siguiéndolas, nos condujeron a otra espesa selva de vegetación exuberante y rica.

Allí decidí colocar las trampas.

Tres días tardamos en cortar los maderos necesarios para hacer las cuatro trampas que tenía pensado.

Al día siguiente rociamos los maderos con sangre de gallina para quitar el olor a hombre y colocamos un ave muerta en cada trampa, que estaban separadas gran trecho unas de otras.

Al día siguiente recorrimos las cuatro trampas; las gallinas habían sido devoradas hasta las plumas. Las trampas no funcionaban, para inspirar confianza. El leopardo es tan sagaz y desconfiado que hay que proceder con gran cautela.

Ya estaban las trampas preparadas con su correspondiente cebo. Cada una de ellas tenía nueve pies de largo, ocho de ancho y siete de altura.

Empezaba a amanecer y me dirigí al puesto, acompañado de Kojo y Amnes, dos muchachos que me inspiraban confianza.

En la primera trampa no había señal alguna de leopardo; estaba tal y como la habíamos dejado la noche anterior. En la segunda, tampoco. Después de media hora de penoso andar llegamos a la tercera, y luego a la cuarta. ¡Nada! Aquellos animales que se habían comido las gallinas cuando las trampas no funcionaban, no habían acudido aquella noche. Había que tener paciencia.

Regresamos un tanto avergonzados al poblado. El jefe nos dijo: "Leopardo, protegido por tabú". Me acosté pensando en aquellos animales. No era posible que nos hubiesen olido, pues todos los días rociábamos todo con sangre de gallina, y antes de tocar nada en las trampas nos impregnábamos las manos con la misma sangre y hasta las habíamos desinfectado con amoníaco.

Al levantarme de la siesta envié a Kojo y a Amnes a las trampas para quitar las gallinas viejas y poner otras frescas, pues los leopardos no comen carne podrida.

Una hora después salí con otros jóvenes en busca de los dos primeros.

Camino de las trampas, desde una pequeña elevación, vi a Amnes a unos cincuenta metros de mí, que regresaba de la selva. Venía trotando.

De repente se detuvo y se quedó con la mirada fija en el suelo, junto al tronco de un árbol corpulento.

Lleno de terror observé: al pie del tronco, dos crías de leopardo, menores que un gato, jugueteaban y saltaban. Amnes se agachó para coger uno; pero sin duda le arañó, pues lo soltó al momento.

—¡Corre, Amnes; corre, muchacho! — grité con todas mis fuerzas, pues sabía que el leopardo nunca se separa mucho de donde están las crías y que regresaría furioso a defenderlas.

El chico no me hizo caso y seguí gritando; pero en balde. Por la rama más baja del árbol avanzaba gateando la madre sobre el lugar en que se encontraba Amnes.

Era un hermoso ejemplar de leopardo; se arrastraba con elegante flexibilidad; sus negras manchas se destacaban sobre el amarillo brillante de su piel; los ojos, fijos en el muchacho; la boca, abierta, roja, como manchada de sangre. Se encogió como si formase una pelota.

Llegaba el momento fatal; no llevábamos armas; no podíamos hacer sino gritar y volví a llamarle; pero ya era tarde. El animal, de un salto, cayó sobre Amnes, y de un zarpazo le rompió el espinazo. El pobre muchacho cayó sin vida, mientras que la terrible hembra huía con sus cachorros y se internaba en la selva.

Regresamos al poblado, en donde reinaba una atmósfera de superstición y desagrado. El jefe sólo dijo: "¡Tabú, tabú. Mala cosa luchar con el Gran Bo!".

Si no demostraba pronto mis condiciones de cazador, me negarían su apoyo aquellas gentes y tendría que confesarme fracasado.

A la mañana siguiente, temprano, me levanté, y armado de un rifle me hice acompañar a la selva por Kojo y otros jóvenes negros.

En la primera trampa encontramos la gallina llena de hormigas; en la segunda, nada; pero al acercarnos a la tercera comprendí que algo había ocurrido.

En efecto, allí estaba un magnífico ejemplar dando vueltas en la trampa, buscando salida, y cerca, bajo la corteza de un árbol, un cachorrillo. ¿Sería la que mató a Amnes? Seguramente era ella, rugiendo sin cesar. El otro cachorrillo, algo más cerca, miraba sin comprender lo que hacía su madre.

Sujetamos al cachorro atándole las patas. A poco llegaron los negros con las herramientas y empezamos la construcción de la jaula que había de ser ocupada por el magnífico ejemplar cogido, que medía 2.15 metros desde la punta de la cola al hocico y cerca de 80 centímetros de alto.

Preparada la jaula, la colocamos junto a la trampa y, provistos de garrotes con punta, rodeamos la trampa y abrimos las puertas de ambas prisiones. En la jaula había colocado al cachorrillo, y en cuanto la madre vió las puertas alzadas se abalanzó a la jaula, seguida de la otra cría que había caído con ella en la trampa. Maullando y gruñendo como un gato lamió y acarició al pequeñuelo, sin darse cuenta, al parecer, de que estaban prisioneros.

UN DEBUT

No recuerdo dónde ocurrió el suceso. Estaba yo entonces en la más negra miseria y no vacilé en salir a un escenario para ensayar a ganarme algunos pesos necesarios para comer.

Yo tengo voz, como todo el mundo; pero ese título es insuficiente para cantar una gran ópera como *Favorita*.

Se presentó ocasión de que me contratara en calidad de tenor fuerte en una compañía que viajaba por América del Sur.

Para salvar mi falta de facultades dije que cantaría mi papel con la cabeza sumergida en un cubo de agua. Esta innovación fué muy del agrado de mi empresario, el coronel Bill Schop.

En realidad, mi número no pasaba de ser secundario, pues el *clou* del programa era el primer acto de *Manón*, interpretado por negros de Guatemala. Estos negros, al terminar el acto, devorarían a la cantante encargada de este ingrato papel.

El día del debut, el teatro estaba de bote en bote.

Todo el personal, actores y tramoyistas, estaba muerto de miedo, y con razón, porque la compañía estaba compuesta de un puñado de aventureros que, por decirlo así, no entendía nada en cuestión de teatro.

Para hacer economías, la empresa había acordado representar las óperas sin música.

Sonaron los timbres y comenzó el espectáculo por una obrita de un acto titulada *Las dos gemelas*. Era la historia de dos niñas que no se podían separar en toda la vida y acababan por morir una en brazos de la otra.

El acto terminó sin que se oyera ni un solo aplauso. El público que llenaba la sala parecía de hielo.

—Ya se animará ahora, cuando empiece *Manón*, — dijo el coronel Bill Schop.

Sonaron los timbres, y yo canté con mi cabeza metida en el cubo. Ni un aplauso.

—¿Ve usted? — me dijo el coronel. — Ya se lo había dicho. El público es idiota. Delante de un público inteligente no ocurriría esto.

Lo comprendí y se representó *Manón* con la escena del canibalismo por los negros.

Ni un rumor. Era increíble.

—¡Asombroso! ¡Inaudito! — decía Bill Schop. — ¡Yo no he visto nunca un público tan indiferente!

Entonces se oyó una voz que venía de lo alto: era la de un tramoyista que llamaba al empresario.

Cuando el coronel Bill Schop acudió, el maquinista le dijo desde lo alto:

—Señor Bill, hace ya cinco horas que busco la manera de poder levantar el telón, que no se alza ni un palmo. A menos de una intervención divina, no veo manera de poder levantar el telón esta noche, ni mañana, ni en unos cuantos días.

Efectivamente. El telón no se había levantado en toda la noche.

El empresario salió al público. Todos los espectadores, negros en su mayoría, escuchaban atentamente y miraban al telón bajado con los ojos en blanco.

—¡Ha terminado! — anunció Bill Schop.

Entonces se produjo tal cólera en los espectadores, que en menos de una hora el teatro, el empresario y la mayor parte de los artistas no eran más que un montón de cenizas.

Pierre Mac Orlan.

LA LECHE DE BURRA

Es un magnífico remedio para las afecciones pulmonares. Si no que lo diga el buen rey Carlos III, de España, que se curó con ella una fuerte tos y que, agradecido, dicen que improvisó los siguientes versos:

Por su excelente bondad,
la leche de una pollina
me curó una enfermedad
que errara la medicina.
Cúmpleme, pues, declarar,
y a nadie asombre el portento,
que debo más a un jumento
que a la ciencia de curar.

TEATROS

EN LO DE MANOLO FERNANDEZ

Vientos de fortuna corren por el Avenida. Los buenos elementos con que cuenta la compañía de Manolo Fernández, atraen siempre mucho público, porque aunque quedara muy poca gente en Buenos Aires y esa poca estuviese aturdida por los rigores de Febo, nunca faltaría un núcleo persistente de entusiastas de la buena zarzuela bien interpretada, como para llenar un teatro.

"La calesera" ha seguido gustando mucho y seguramente de encontrarnos en otra estación más propicia, persistirían sus representaciones durante mucho tiempo, pero el consabido calor debilita los organismos y se hace necesario refrescar el cartel y darle al público estimulantes para que no caiga en el marasmo de todos los renunciamientos. En la farmacia del Avenida se prepara el nuevo tónico que ha de levantar el ánimo del público: se trata de un específico del maestro Millán que se denomina "La gaviota", y que está constituído a base de buena música. Se está ensayando prolijamente y se dará a conocer en estos días.

LIRICA EN EL CENTRO

El teatro Sarmiento, que ha cobijado este año todos los géneros teatrales, batiendo un record en ese aspecto de sus actividades, sólo registra como espectáculos no dados aún, dos: la ópera y el circo. El primero ya lo ha conseguido, pues desde hace unos días viene actuando una compañía de ópera italiana que no se sabe cuánto durará.

Su elenco y repertorio, son los siguientes:

Sopranos: Matilde Stefanelli, Emma Flores, Lina Redel, Dora Cáceres Olomos; medios sopranos y contraltos: Cristina Salas Molina y Rosalía Pancrazi; tenores: Mario Rojo, Abel de Angeli, Salvatore Santorelli y Luigi Palmieri; barítonos, Arturo Presutti y Pablo Ansaldo; bajos, Giovanni Alsina y Venancio de Escobal Vértiz; bajo cómico, Atilio Milli; partiquinos, Luigi de Pascuale, Corrado Rendano, Elvira Palmieri y Rosario Lutter.

Obras:

Manon Lescaut, Massenet; La traviata, Verdi; Rigoletto, Verdi; Tosca, Puccini; Boheme, Puccini; Il barbiere di Siviglia, Rossini; Pagliacci, Leoncavallo; Il trovatore, Verdi; Cavallería rusticana, Mascagni.

REVISTAS DEL HIPPODROME

El Hippodrome sigue siendo circo, por más que la compañía que actúe en esa sala se titule de revistas. La última producción estrenada, "Feliz año nuevo", de Enrique Rando, a juzgar por los ensayos que vimos es una tentativa frustrada. Tiene de risa lo que no tiene de comedia o drama, pero le falta todo lo demás. Claro está que una compañía de cualquier cosa en la que figura Azucena Maizani, tiene que parecer una compañía de revistas, porque la artista mencionada no es más que eso: un número de lo que se llama "varietés", que puede llenar diez minutos de espectáculo en cualquier espectáculo. La Maizani es el tanguito arrabalero, dulzón y sentimental, cantado con gracia e intención, mucho sabor local y mucha eficacia en la galería. Después de ella, no hay en el Hippodrome nada de particular. Se diría un conjunto circense que para mayor broma hubiese cambiado de espectáculo e hiciera revistas como podría hacer dramas históricos o comedias mudas. La poca gente que asiste a las funciones no se anima a protestar por su escaso número y porque le da pena el impresionante espectáculo de su propia soledad.




EL VERTIGO DE LA REPOSICION

En estos fatídicos días de la famosa cuesta estival, cada compañía recurre a una argucia o maña para despertar el adormecido y cabeseante interés del público. Unos desnudan un poco más a la bataclana del coro; otros, aumentan la dosis de sustancias picantes y demás especias; algunos, rebajan a lo increíble el precio de las localidades y el Mayo ha puesto su punto de mira en la renovación frenética del catel. Se reprisa en el Mayo casi todas las noches, pero estilizando y hasta coqueteando con este "modus vivendi", se hace gala de arcaica erudición exhumando viejas obras que nadie conoce o que recuerda como los cuentos que nos contaron nuestras abuelas. Baste decir que una de las obras de más moderna data reprisada últimamente, es "Los diamantes de la corona", cuyo autor creemos recordar que era músico de cámara de la corte de Ptolomeo I o de Kokohito, último rey de la primer dinastía japonesa.

Pero lo cierto es que tiene público y que consigue ofrecer un espectáculo agradable.

SEMBLANZAS

—Mucho y muy bien, trabajó
igual que todos los años.
Tuvo muchos desengaños.
¿No sabe quién es?
—Casaux.

—:—

—En la escena arma tal farra
que ríen cuantos lo ven.
Y en el Concejo también.
¿Quién puede hacer ésto?
—Parra.

—:—

—Tiene un corazón de niño,
mas si está de mal talante
se lo lleva por delante
hasta el propio nuncio
—Muiño.

—:—

—Son dos. Cualquiera les vaticina que no ha de irles mal
y ganarán un platal
todos los años.
—Los Ratti.

—:—

—Si la boca no recata
y hace algún gesto, es tan feo
que se gana en un torneo
todos los premios.
—Arata.

—Igual que la piedra pómez
para el arte nacional,
sirve para hacer igual
un reo que un Hamlet.
—Gómez.

PINCHO.

EL REALISMO EN EL SMART

El teatro realista que se cultiva en el Smart, sigue acentuando sus tintas verdegueantes. El último estreno que se dió en la sala, está lleno de sugerencias.

"Ay, mamá, qué noche aquélla", es toda una promesa. No conocemos la obra, pero nos la imaginamos. Como el público, por lo general, tiene menos imaginación que los cronistas, es de suponer que siga frecuentando la sala del Smart para enterarse de las delicias de la famosa noche.

EL ATENEO, PICARESCO

No cabe duda de que el calor está influyendo decididamente este año en la producción teatral. Las altas temperaturas hacen volar la mente en busca de países y ambientes más benignos, dando margen a que una cantidad de compañías exploten lo fresco, lo picante y lo realista. La mujer, la divina mujer, norte de todos los pensamientos y obsesión de todas las horas, ocupa como no podía menos de ser, el eje de todas las piezas, pero en medio de las truculentas temperaturas que padecemos no se la concibe sino en sus formas menos ardientes, porque para calor ya tenemos bastante. Sin duda por eso, la última producción estrenada en el Ateneo lleva por título "Hembras de verano", y es una revista muy aligerada de ropa para evitar sofocones. Al público le gustó, porque hay cosas que cuanto menos haya es mejor, como ocurre con las viruelas y los ropajes femeninos.

TEMPORADA HOMEOPATICA

Dentro de las cosas raras que están ocurriendo este verano en los teatros y que demuestran la decidida voluntad de muchos actores y su empeño para reemplazar el café alacranesco por las nobles fatigas de la escena, marca un aspecto curioso la temporada que realiza en el Liceo el conocido actor italiano Gaetano Cavalli.

No tiene periodicidad fija para sus funciones, pero dentro de esa independencia con que actúa, se producirá el curioso fenómeno de que coinciden los días de labor de los actores con los de descanso del público. Debe ser uno de los tantos fenómenos de aquella famosa ley de las compensaciones, que hace que tenga siempre una pierna más larga el que tiene la otra más corta. Cavalli tiene su público que le aplaude siempre.

OJEANDO LAS CARTELERAS

—En el Nacional siguen a la orden del día las reposiciones que están dando a la temporada las características animadas de los comienzos. "Las margaritas" y "Palermo, competidores y montas", tuvieron mucho éxito.

—Siguen con éxito las revistas del Maipo, "Para todos los gustos" y "Mujeres, flores y alegría".

—Está resultando interesante la temporada que se realiza en el Porteño. "Muchachos locos" y "La muchacha de Montmartre" agradan al chachada.
público, siempre amigo de la mu-

—"La mujer que odiaba a los hombres", de Escobar, gusta mucho en la Opera.

—Los picarescos del Florida le están haciendo la competencia a los confiteros, a juzgar por el cartel que dice: "Aquí está el mejor pan dulce".

LAS DELICIAS DE LA PANTALLA

En el Gran Splendid.—Esta aristocrática sala se encuentra tan animada en estos días, que parece una estación balnearia. Mucha gente en vez de quedarse encerrada en su casa durante las fiestas o vagar aburridamente por Palermo o el Balneario, prefiere acudir al Grand Splendid para disfrutar de buena temperatura, de grandes comodidades, buena música y bellas películas. No se puede pedir más en medio de estos calores sofocantes.

En el Capitol.—El techo corredizo de esta sala, es una ventana abierta al paraíso. Allí se disfruta de un fresco admirable, que tiene muy poco que envidiar a las ventiladas playas atlánticas. Agregando a esto un programa cinematográfico de las más interesantes novedades y una orquesta nutrida y muy bien dirigida, se comprende que el Capitol sea una de las salas predilectas del público de buen gusto.

En el Cine Parc.—El cine más popular de Palermo, el de los mejores programas, el de la distinguida concurrencia familiar, el más cómodo y fresco de ese barrio, el que tiene siempre novedades en el cartel, el de los precios acomodados, es siempre el Cine Parc.

CORREO TEATRAL

H. J. R. Pergamino. — Puede encontrarlo en cualquier librería teatral de Buenos Aires. Pida catálogos, como se dice en la propaganda radiotelefónica.

Porfirio.—

Hace falta mucha cancha
y un corazón de ballena
para llevar a la escena
"Don Quijote de la Mancha".

Cuando su genio se eduque
llevará a las candilejas,
"La vida de las abejas"
o "El chivo de Tristifuque".

Porfiada.—¿En qué se parece usted a un tapón? ¿No sabe? Pues no tiene vuelta de hoja. En que el tapón es... corcho, y usted es... (la mujer del corcho).

K. Ch. T.—

No crea usted que es por nada,
ni se asuste, ni se asombre,
pero su drama y su nombre
merecen una palmada.






Ultimas creaciones de la moda femenina

Trajes para la estación otoñal, que actualmente se llevan en París.—1. Sastre "trotteur", clásico, de lana "grano de pólvora", negra, bordado con presillas de seda negra. Blusa-camisero de crespón de China rosa.—2. Sastre para la tarde, confeccionado en kasha rojo liso y kasha blanco cuadriculado rojo.—3. Conjunto compuesto de una blusa de terciopelo marrón y de una falda de lana escocés, color marrón sobre fondo crema.

TALL. GRAF. A. GARCIA & Cia. - PATAGONES 2490
INDUSTRIA ARGENTINA